



Università Ca' Foscari Venezia

Corso di Laurea magistrale (*ordinamento ex D.M. 270/2004*)
in Interpretariato e Traduzione Editoriale e Settoriale

Tesi di Laurea

***Azul Ruso* de Patricia Esteban Erlés: propuesta de traducción y análisis traductológico de cuentos.**

Relatore

Luis Luque Toro

Laureando

Antonia Mattiello

Matricola 816990

Anno Accademico

2011 / 2012

*Viens, mon beau chat, sur mon coeur amoureux;
Retiens les griffes de ta patte,
Et laisse-moi plonger dans tes beaux yeux,
Mêlés de métal et d'agate.*

CHARLES BAUDELAIRE

ÍNDICE	págs.
Abstract	5
Introducción.....	7
I PARTE	
Azul Ruso.....	12
- Criptonita.....	13
- Azul Ruso.....	20
- Hungry for your love.....	35
- Superwind.....	40
- Los zapatos de Margot.....	44
- Sesentamil.....	51
Blu di Russia	55
- Kryptonite	57
- Blu di Russia	65
- Hungry for your love	82
- Superwind	86
- Le scarpe di Margot	91
- Sessantamila	99
II PARTE	
COMENTARIO TRADUCTOLÓGICO	104
La autora y su obra	105
ASPECTOS LÉXICOS	107

- Los falsos amigos	107
- Los extranjerismos	111
- Los nombres propios	116
ASPECTOS SINTÁCTICOS	123
- Los adverbios y los marcadores del discurso	123
- Las interjecciones	128
- El orden de las palabras	132
- La puntuación	138
- Los tiempos verbales	139
ASPECTOS EXTRALINGÜÍSTICOS	144
- Los realia	144
- Las unidades fraseológicas	150
- Algunos factores peculiares de la cultura española.....	156
ASPECTOS FONOLÓGICOS	161
- Las onomatopeyas	161
- Las rimas	162
CONCLUSIONES	163
GLOSARIOS	175
BIBLIOGRAFÍA Y SITIOGRAFÍA	178

Abstract

This work is based on the translation from Spanish to Italian of six out of thirteen short stories contained in the book *Azul Ruso* written by Patricia Esteban Erlés. The author's style is characterized by narrative and descriptive sequences that tell us about stories in which reality borders imagination. The central thread of these short stories is cats that represent metaphorically human climate and behaviours. Therefore, we had to consider the main characteristics of the short story: concision, expressiveness and suspense.

In the first part of our work, both the source text and the target text are present in order to allow the reader to make a comparison between the two languages. The second part is a translation commentary which considers both translation strategies and stylistic approaches. The commentary was realized developing different topics, as such the syntactical one or the lexical one. We underlined the cultural aspect, which covers the main part of the commentary, giving that we believe that the comparison between two languages is a contrast between two different cultures at the same time. Above all, this kind of study could be useful in order to find differences between two languages commonly and wrongly considered very similar.

Our first aim is to propose a possible translation from Spanish to Italian of these short stories and comment our translation choices with the aim of explaining how and why we reached this final outcome.

Last of all, the main purpose of this work is trying to encourage a debate on this translation and on translation techniques, while giving our personal suggestion on this matter. We also believe that only sharing our outcomes and opinions, we can improve our knowledge and experience.

Introducción

La manera en la que encontré *Azul Ruso* y el origen de este trabajo tiene su propia historia. Mientras pensaba elegir el libro que traducir para mi tesis, Alberto Hijazo Gascón, un becario de la Universidad de Zaragoza con el cual colaboré durante mi estancia, me habló de los cuentos de una escritora zaragozana, Patricia Esteban Erlés. Hice algunas búsquedas por internet. Al final, decidí comprar uno de sus libros y lo elegí, como a menudo ocurre, por su título, *Azul Ruso*, desde que tengo en casa un gato de la misma raza.

Muy pronto llegó el libro y me puse a leerlo encontrando páginas tras páginas una gran sintonía con el texto y el estilo. Podía imaginar fácilmente las escenas, los diálogos y dibujar en mi mente los entornos. Además me parecía interesante poder traducir relatos, porque me permitía acabar cada cuento y realizar un trabajo más completo.

Ya desde hace tiempo tenía las ideas claras sobre el tipo de libro que elegiría y también lo que no me gustaría traducir. Si bien durante los últimos años practiqué traducciones de diferentes tipos, mi objetivo era traducir una obra literaria. Y aunque sea una tarea que implica mucho trabajo, compromiso y dedicación, además de una relación estrecha y una gran empatía con el texto de partida, quería enfrentarme a esto desafío. Por tanto decidí que *Azul Ruso* era EL libro.

Nuestra obra contiene trece cuentos que tienen en común la participación activa o pasiva de los animales en sus narraciones. En la mayoría de los casos estos animales son gatos y son la representación metafórica de algunos vicios o maneras de portarse típicamente humanos o, incluso, reflejan como un espejo, los sentimientos y los miedos cotidianos de los seres humanos. Además, las narraciones se sitúan en contextos remotos o fantásticos, llenos de descripciones que son capaces de describir un amplio abanico de emociones y situaciones de manera auténtica.

Nuestra tesis está dividida en dos partes distintas: la primera contiene una traducción del español al italiano de seis de los trece cuentos de Patricia Esteban Erlés que se

encuentran en el libro *Azul Ruso*, mientras que, el segundo bloque, está formado por un análisis traductológico con el fin de justificar las principales elecciones adoptadas durante la traducción. En concreto el trabajo contiene los siguientes apartados: en primer lugar, encontramos un apartado con el texto de partida de los seis relatos elegidos para la traducción, entre los trece de la versión integral de libro. El orden de los relatos sigue el mismo orden en el que aparecen en el original. En las páginas siguientes está insertada nuestra propuesta de traducción en italiano. En la segunda parte de nuestro trabajo se encuentra, tras un pequeño apartado sobre la autora y su obra, el comentario traductológico. Cabe decir que para el comentario elegimos solamente algunos de los temas de los que se habría podido hablar, debido al hecho de que teníamos que respetar un número limitado de páginas. Por tanto, este comentario está dividido en cuatro partes. La primera de estas, está dedicada a los aspectos léxicos y trata el tema de los “falsos amigos”, los extranjerismos y de los nombres propios. En la segunda parte comentamos algunos factores sintácticos para subrayar el contraste entre español e italiano dentro del marco de la traducción de *Azul Ruso*. Por ejemplo, tratamos el tema de los marcadores del discurso, de las interjecciones, del orden de las palabras, de la puntuación y del uso de los tiempos verbales. En la tercera parte, que dedicamos a los aspectos estralingüísticos, destacamos la importancia de la cultura y de lo extratextual a la hora de traducir una obra literaria. Este apartado se centra principalmente en algunos rasgos como la presencia de realia en el texto de partida, en la análisis de las unidades fraseológicas. Por último, analizamos dos aspectos fonológicos, las onomatopeyas y las rimas, sin pretender profundizar más allá el tema de fonología dentro de nuestro estudio.

Debido a mi afición por los cuentos de Patricia Esteban Erlés, pensé imponerme un método de trabajo preciso y riguroso.

El método adoptado para la traducción de los relatos fue, ante todo, el de familiarizarme con el estilo, el lenguaje, y las narraciones a través de una lectura repetida y profunda. Tomaba apuntes y evaluaba los contenidos y las peculiaridades lingüísticas, sintácticas y lexicales de cada uno y anotaba los obstáculos más evidentes. Este proceso me permitió elegir cuáles de los trece cuentos habría traducido. Luego empecé a traducir. Durante todo el trabajo tomaba nota de las dificultades que encontraba, creaba glosarios temáticos y se delineaban así los temas que trataría en el comentario.

Fundamentales durante esta fase fueron los diccionarios monolingües como por ejemplo el Diccionario de la Real Academia Española, el María Moliner o el Tullio de Mauro, los diccionarios bilingües como el Laura Tam, el Vox de Zanichelli, o el diccionario Collins (español-inglés). Cabe mencionar también el diccionario combinatorio REDES y algunas enciclopedias, como por ejemplo la Treccani. Consultamos también varios artículos, diccionarios online y sitios de lingüística que encontramos por internet.

Cabe decir que, sin embargo, mi propuesta de traducción no tiene la presunción de ser la única posible o la más correcta. Simplemente representa el resultado más satisfactorio que pude realizar con mis capacidades, compromiso y conocimientos.

Por lo que concierne al comentario, el trabajo se reveló más largo e intenso. Empecé de aquellos temas que conocía mejor o que había tratado con mayor frecuencia durante mis estudios universitarios.

El método que utilicé por tanto fue el siguiente: En primer lugar, recogí informaciones sobre los temas que había decidido tratar para disponer de una literatura amplia y satisfactoria para escribir mi comentario. Mientras encontraba obras y artículos, me anotaba y ordenaba sus datos bibliográficos. En segundo lugar, realizaba un corpus de ejemplos procedentes de los relatos que podían ser útiles para desarrollar una discusión sobre el contraste entre italiano y español, y para motivar las soluciones adoptadas.

Muchas veces las sugerencias de mi “relatore”, el profesor Luque Toro, junto a los consejos de los compañeros, de los amigos españoles, de algunos docentes y de la misma autora, me ayudaron a resolver mis dudas o a solucionar los problemas que sola no lograba superar. Esto me hizo entender mejor que el trabajo de un traductor no puede ser un trabajo aislado sino un confrontarse constante con las opiniones y las sugerencias de los demás, profesionales o no.

Algunas obras se revelaron fundamentales para la realización de todo el trabajo. En primer lugar, fue muy importante leer otras obras de la misma autora para poder entrar en contacto con el tipo de escritura, el ritmo y el léxico utilizado. Los textos paralelos, en este caso otros relatos, como los de Borges, de Ana María Matute y de Banana Yoshimoto, me

ayudaron a relacionarme mejor con el ámbito muy específico del cuento como obra literaria.

Por otra parte, las obras del teórico de la traducción, Umberto Eco y de la estudiosa y traductora Grazia Cavagnoli, fueron de inspiración y me proporcionaron muchos ejemplos útiles sobre las técnicas para solucionar algunos problemas de traducción. Sus obras, *Dire quasi la stessa cosa* y *La voce del testo*, constituyeron una ayuda constante durante todo el trabajo tanto para la traducción, como para el comentario.

Además, la atenta colaboración con la autora, que siempre estuvo disponible para aclarar todas nuestras dudas, fue muy importante para realizar esta tarea sin caer en errores debidos a una falta de comprensión del texto de partida y de su significado. No siempre un traductor tiene la suerte de poder comunicar y confrontar su opiniones y dudas con el escritor de la obra y tiene que dejar pendientes algunas cuestiones.

La realización de este trabajo cuenta también con la ayuda proporcionada de los hablantes de lengua española con los que me consulté durante todos estos meses para obtener un resultado final muy cercano con respecto al texto original. En particular, esto no habría sido posible sin el constante apoyo ofrecido por mi “relatore”, que me ha guiado y suportado durante la realización de todo el trabajo.

Azul Ruso

Patricia Esteban Erlés

*–Eran azules –dijo el niño negro–. Azules, como chocar de jarros, el silbido del tren,
el frío. ¿Dónde estarán mis ojos azules? ¿Quién me devolverá mis ojos azules?*

ANA MARÍA MATUTE

No son más silenciosos los espejos.

JORGE LUIS BORGES

Criptonita

Hay ciertas cosas que sólo ocultamos para mostrarlas

MONTAIGNE

HACE UNOS AÑOS COMPRÉ POR INTERNET un fragmento de criptonita. Antes de que ocurriera lo de mi gato Carygrant, aquella piedra supuestamente llegada de Kripton ocupaba siempre el mismo lugar en mi cajón de las bragas y podía verla nada más abrirlo, pegada a la esquina izquierda, ahí, justo encima del sobre de papel de estraza donde tengo por costumbre meter cada sábado la paga semanal del súper. A veces, sobre todo si había tenido un día especialmente atroz en el trabajo, me gustaba entrar en mi dormitorio, pararme ante el espejo de la cómoda con la blusa del uniforme medio desabrochada, abrir el cajón y buscarla a tientas. Me gustaba sentir su frío mineral entre los dedos, rozarme con ella el lóbulo de las orejas y la garganta, mientras el pobre Carygrant, tumbado sobre la cama, espiaba mi reflejo en el estaño carcomido, igual que un esposo paciente.

¿Que cómo descubrí que la criptonita existía? Pues de la forma más tonta y americana que uno pueda figurarse, la verdad. Sentada un sábado por la tarde en la penumbra de un ciber de mi barrio, rodeada de amantes de la pornografía infantil y los videojuegos salvajes, di por casualidad con Kriptonya, la página de dos geólogos yanquis de la universidad de Wichita, Wisconsin, llamados Parker Lewinston y Cole J. Bowles. La web contaba que aquel par de treintañeros de pelo pajizo que ahora mostraban impudicamente sus dentaduras caballunas mientras sonreían a la cámara, abrazados como viejos amigos de la escuela y con esa expresión radiante de quienes han conseguido forrarse a una edad razonablemente temprana, habían recibido una beca estatal para financiar su viaje al este de Europa y llevar a cabo una prospección experimental en la

zona sur de un pequeño país al que le habían cambiado el nombre después de la última guerra. Casi seguro que Lewinston y Bowles habían sido los dos hombres más felices del mundo durante su expedición, porque en aquel lugar recóndito todavía humeaban las hogueras de los bombardeos y sólo las ventanas vacías de las granjas deshabitadas que iban dejando atrás parecían espiarles con cierto aire censor. Lewinston y Bowles, acostumbrados a alimentarse con sándwiches de pavo y soledad de laboratorio, no echaron de menos su casi total ausencia de contacto con otros seres humanos durante el periodo que pasaron dinamitando el suelo como dos nibelungos febriles. Qué va. Apenas hablaban entre ellos y tampoco parecía impresionarles mucho aquel entorno fantasmagórico, donde de vez en cuando encontraban algún esqueleto de animal en el claro de un bosque, o un trozo de pierna infantil, con los cordones de la bota todavía perfectamente anudados, a la entrada de una aldea ennegrecida por el fuego.

Durante unos meses, Lewinston y Bowles habían seguido cavando agujeros por todas partes sin inmutarse hasta que al fin dieron con un pequeño pozo abandonado desde antes de la guerra. No fue necesario que utilizaran la fuerza en esta ocasión. Igual que una mujer desfallecida al pie del camino por culpa del hambre y el horror continuados, aquella mina se abrió para ellos sin ofrecer resistencia y dejó que los dos recorrieran excitados varias de sus galerías subterráneas y hallaran sus paredes recubiertas de un cristal semiopaco, sorprendentemente parecido en su tono verdoso y, según comprobaron luego, también en su composición química (hidróxido de sodio, boro y litio fusionado con flúor) al mineral radiactivo que conseguía dejar fuera de combate al pobre Superman.

Continué leyendo. Kriptonya avalaba la autenticidad de cada pedazo de piedra extraída en aquel yacimiento con un certificado firmado ante notario. Cómo resistirse. Yo al menos ya no pude hacerlo, cuando cometí el error de echarle una ojeada al catálogo de piezas de criptonita que se hallaban disponibles. Las había de todos los tamaños y formas, un surtido infinito de galletas verde ojo de pantera. Al final, medio deslumbrada por la luz fría que emanaba de ellas, me decidí a comprar un guijarro pequeño, un fragmento redondo y algo más oscuro de lo normal, que era el único cuyo precio podía permitirme pagar.

No me planteé, lo reconozco, que algo tan minúsculo pudiera resultar peligroso. La ciencia no lo había previsto, de hecho la página de Lewinston y Bowles aseguraba que la criptonita era inofensiva, totalmente inocua. No tóxica. Después de someterla a cientos de

pruebas clínicas, sus descubridores ratificaron que se trataba de un compuesto que no poseía ni medio átomo de radiactividad, duro como el diamante, sí, pero perfectamente inútil si no hubiera sido por su turbia belleza. Imagino que a muchos de esos ex niños de los años setenta que en su día habíamos acudido en manada al cine con anoracs y pasamontañas, y vimos sufrir a Superman un tremendo cólico de riñón cuando aquellos tres malvados que viajaban metidos en un prisma romboidal por toda la galaxia acercaron a su rostro un pedrusco made in Krypton, nos dio igual que la criptonita auténtica fuera tan inservible como el cristal de un culo de vaso. De hecho, a mí Superman me parecía irresistible sin el caracol engominado sobre la frente, cuando sentía que todos sus superpoderes se evaporaban como por arte de magia a través del tejido interestelar de sus mallas azules sin que él pudiera hacer nada para evitarlo; cuando, perplejo, miraba sus dedos, porque por primera vez en su vida le estaba saliendo sangre por la nariz, una sangre de color café americano, tras recibir la salvaje paliza de un camionero en un restaurante de carretera; cuando, en fin, miraba suplicante a Louis Lane tumbado en el suelo, como pidiéndole que por favor no lo abandonara en aquel tugurio, aunque tuviera una pinta tan lamentable, con esas gafas torcidas de miope y la camisa de cuadros abrochada hasta el último botón. No sé. Creo que a mí en el fondo me gustaba saber que un tipo tan formidable como Superman podía verse metido en apuros por culpa de algo en apariencia insignificante. La piedra de Krypton era un misterio de reducidas dimensiones y un alcance galáctico. Por eso, supongo, me gasté trescientos klanhams y pagué con la tarjeta de crédito mi rescoldo de criptonita, porque creía en ella y en sus poderes secretos, dijeran lo que dijeran aquellos dos bobos de Lewinston y Bowles. Recuerdo aún la emoción que sentí la mañana en que el cartero llamó al timbre y me sacó de la cama para entregarme en mano un paquete de cartón, cuidadosamente precintado y mil veces más grande que el tesoro que contenía. Era como si de pronto me hubiera llegado por correo el manual de instrucciones de la perfecta mujer fatal, y yo pudiera decidir libremente si quería o no utilizarlo. En ese instante elegí guardar mi trozo de criptonita en el cajón de las bragas, y no enseñársela nunca a nadie, ocultarla como se silencian algunos adulterios prolongados entre vecinos de rellano o la extraña fijación a la ropa interior equivocada de un honorable padre de familia.

Nada de lo que luego pasó había sucedido aún y yo fantaseaba a veces, me imaginaba que en cuanto esa zorra de la señora Curski se dignara por fin a pagarme las horas extra de las últimas navidades, llevaría mi criptonita al bazar de baratijas y babuchas

puntiagudas de la calle Dos y le pediría al dueño, un pakistaní enorme y silencioso con manos de color stradivarius, que la engarzara en un colgante de plata oscura, casi negra. Pero la verdad es que nunca llegué a hacerlo, igual que nunca he sido capaz de dejar de mordirme las uñas, por más que lo haya intentado. Después de un tiempo siempre acabo acostumbándome al sabor a azufre y al hedor de los remedios que me aconseja la rubia señorita Plenfes en la farmacia que hace esquina con la calle Lenin. Sigo comiéndome las uñas, a pesar de que aúllo de dolor cuando friego los platos y de que luego me da mucha vergüenza enseñar las manos. Miro mis dedos en carne viva y opto por esconderlos en los bolsillos del abrigo. Me resigno, del mismo modo que cuando al final la zorra de Curski accedía a abrir la caja fuerte de la oficina refunfuñando y saldaba su deuda con un puñado de billetes mugrientos. Para entonces yo ya necesitaba invertirlos en un par de medias, en un recibo atrasado del agua o en un frasco de champú especial para gatos albinos. Aun así, pese a las promesas incumplidas, mi pequeña criptonita me alegraba cada regreso a casa y me gustaba tanto el solo hecho de poseerla como atravesar descalza las baldosas frías del pasillo con Carygrant enredado entre las piernas, o comer a cucharadas una tarrina de helado de plátanos y nueces, robada por la tarde en la tienda de la bruja Curski, sentada a oscuras en el sofá, frente al viejo televisor en blanco y negro, con el cebrado de una película muda arañándose el rostro.

Sí, ahora lo sé. Éramos felices así, mi criptonita, mi gato blanco Carygrant y yo, al menos lo fuimos hasta que un viernes, casi a la hora del cambio de turno, Grandísimo Hijo de Puta apareció al final de una larga cola en el supermercado, con su paso lento, su pelo rojo y sus pestañas abrasadas. Llevaba puesta una viejísima camiseta gris que me recordó sin saber por qué a un pulmón enfermo, y en la mano sostenía un tomate bien colorado. Sólo uno. Al llegar junto a la caja hurgó en el bolsillo de su pantalón hasta encontrar dentro una moneda tan pelirroja como él, que dejó sobre el mostrador. Miré sus uñas mordisqueadas, sus dedos huesudos de músico mal alimentado. Y por primera vez hice caso omiso del reglamento de la casa que nos obligaba a cobrar las bolsas de papel a los clientes si compraban artículos por un importe menor a seis klanhams, y le tendí una para que metiera dentro su tomate.

Como era de esperar, Grandísimo Hijo de Puta agradeció el gesto y volvió otras muchas veces por el súper a hacer su monocompra. A veces se llevaba una manzana reineta, otras un paquete de espaguetis o una lata de la cerveza más barata. Nuestras manos

se rozaban, parecidas a las cabezas de dos pájaros de guiñol, cuando le entregaba su bolsa de papel. Por lo que pude observar, él continuaba supliendo las carencias alimenticias de su dieta mordiéndose las uñas. Los momentos en que nuestros dedos se tocaban eran cada vez más largos, y sentí que el suelo se volvía flan bajo mis pies la tarde en que él clavó sus ojos desnutridos en la pechera de mi blusa y leyó el nombre en la pequeña placa de plástico, *Señorita Mascu*, como si le apeteciera comérselo antes de despedirse musitando un *gracias de nuevo*.

¿Debo dar detalles de lo que ocurrió luego? Pues espero que no, porque en realidad, no podría hacerlo. De aquello guardo tan solo unas cuantas imágenes apenas entrevistas: el mismo tipo flaco, recostado contra un coche negro a la hora del cierre del súper un día entre semana, sin viernes, ni tomate, ni manzana esta vez, pero con una medio sonrisa de dientes tiznados por la nicotina asomándole torpemente a los labios. La sorpresa cuando comprendí que era a mí a quien esperaba, mientras una voz maldecía desde las paredes de mi estómago la facha que tenía esa tarde, con la coleta medio deshecha y el uniforme lleno de manchas de fruta. Una calle en sombras y el crujido de vinilo acompañando a nuestro pasos cuando comenzamos a caminar sin que ninguno de los dos precisara adónde íbamos. Y tras una pequeña elipsis, dos pares de pies asomando al final de una sábana, ajenos al sendero de zuecos dislocados, pantis, vaqueros, falda de tergal, converse mugrientas y camiseta gris cáncer de pulmón que habíamos dejado reptando por el suelo de mi cuarto. Él y yo con la mirada fija en nuestros pies, como esperando que nos contaran otra versión de los mismos hechos. Y de fondo, el sonido lastimoso de las garras suaves de Carygrant, que rascaba la madera de la puerta desde el otro lado, sin entender muy bien qué hacía pasando una noche (la primera de setenta y dos, en realidad) fuera de mi cama.

Pobre Carygrant, que había surgido en mi vida de la nada, tan radiantemente blanco como un esmoquin de gala en una cena de la Costa Azul. Aquel anochecer no pasaba ningún coche y nadie más caminaba por la acera, quizás porque había estado lloviendo hasta hacía poco rato. Yo acababa de mudarme al piso de la portería del número 33 de la calle Progom, y volvía a casa de un inventario interminable en el súper. Me metí por la calle equivocada de puro cansancio. Durante unos instantes me sentí como si unos extraterrestres bromistas me hubieran abandonado en un barrio cementerio, con los ojos vendados y cero céntimos de sentido de la orientación en el bolsillo. Sólo había cubos de basura negros, volcados en el suelo, y cajas de cartón semejantes a lápidas de una película

expresionista por todos lados. Estaba a punto de darme la vuelta cuando lo vi, en el centro de la calzada, blanco como un vaso de leche, y rodeado de charcos inmóviles en los que a ratos se colaban cielos silenciosos y trozos de nube. Un gato fantasmal que me miraba, con esa fijeza del antihéroe que espera a una mujer en la esquina de siempre a pesar de la tormenta, apostado bajo la ráfaga de luz amarillenta de una farola, dejando que la lluvia le arruine la chaqueta y encendiendo una y otra vez la mecha del cigarro mojado, sin arredrarse ni calibrar siquiera la opción de dar media vuelta y marcharse, aunque desde hace un buen rato ya sospecha que ella no va a venir. Entonces decidí seguir hacia delante, caminé entre cubos de basura y cajas de cartón, en dirección a la blancura fosforescente de aquel animal. Carygrant, el bueno de Carygrant, que se levantó bostezando, estiró sus largas patas de yogur y echó a andar delante de mí, como guiándome a mi pequeño piso mal ventilado, con su paso lento y suntuoso. A Grandísimo Hijo de Puta nunca le gustó Carygrant.

Cierra la puerta, que no entre ese bicho. Los gatos me dan miedo, dijo cuando le llevé el primer desayuno a la cama. Y eso que Carygrant no soltaba pelos en el sofá, ni se subía a la pila del fregadero para beber agua del grifo, ni maullaba jamás. No se meó en su sucia camiseta gris ni una sola vez, de hecho Carygrant apartaba sus ojos de vidriera gótica de Grandísimo Hijo de Puta si ambos coincidían aunque fuera un solo segundo en la misma habitación y salía de allí como un borracho elegante que intuye que el barman ya no le servirá la próxima copa. Procuró no cruzarse en su camino durante el tiempo que él pasó ocupando la mitad izquierda de mi cama y saqueando mi nevera, olvidado ya de las monodosis de comida de otros tiempos. Y yo, tan ciega, me limitaba a ayunar de puro amor para compensar aquellos ataques suyos de gula, fingía que no me molestaba encontrar a la vuelta de Superbarato Curski un único limón con cara de vieja arrugada que me esperaba, frunciendo el ceño desde el interior del frigorífico, como desaconsejándome que siguiera por ese camino. Grandísimo Hijo de Puta sí dejaba cabellos oxidados por todas partes: en el fondo del lavabo, en la bañera, en mi peine. Abría mis cajones, sin molestarse luego en volver a cerrarlos. Muchas veces yo regresaba antes que él, y me encontraba a Carygrant encerrado en la cocina. Nunca me daba explicaciones acerca de dónde había estado y tenía un humor taciturno que sólo parecía evaporarse cuando se sentaba descalzo en el sofá abrazado al mástil de su vieja guitarra blanca y negra, que siempre me recordó a una puta desabrida, una de esas yonquis de piernas flacas que se prostituyen a las afueras de la

ciudad y gritan a los conductores desde el arcén. La cosa duró dos meses y medio. Dos meses y medio durante los cuales Grandísimo Hijo de Puta siguió zampándose mi comida y echándome algunos polvos de lunes. Desde la cama me pedía dinero para cigarrillos y cuerdas de guitarra. Yo separaba unas monedas de la compra diaria que dejaba sobre la mesa de la cocina, sin rechistar. Añoraba a veces el sabor del helado robado, sí, y había abandonado ya definitivamente aquella firme intención de pararme un día en la tienda del pakistaní y encargarle un colgante para mi criptonita, pero no me decidía a renunciar a aquel tipo flaco con pelo de escocés y creo que así habría podido pasarme toda la vida si él no se hubiera largado sin más aprovechando mi turno de mañanas. Ni siquiera se molestó en cerrar la puerta de la calle al salir.

A una casa robada se le queda cara de tonta. Pasado el primer susto y aquellos momentos angustiosos en que imaginé a Grandísimo Hijo de Puta muerto de un disparo en la cabeza en la taza del váter, mirándome con una expresión asombrada, como increpándome que lo hubiera dejado solo y a merced de unos atracadores sin escrúpulos, lo busqué por todos los cuartos, me aseguré de que los ladrones no lo habían metido a empujones, amordazado y desnudo, en el armario. Descubrí que había ido riéndose de cada una de las habitaciones antes de marcharse. Se había llevado a su guitarra la yonqui, las últimas monedas que le había dejado sobre la mesa, pero también mi televisor y dos manzanas que quedaban dentro de la nevera. Encontré el cadáver de una toalla empapada en el suelo del dormitorio. Mi hucha de escayola en forma de geisha japonesa, ataviada con kimono rojo y sombrilla a juego, yacía hecha pedazos junto al mueble de los libros, a pesar de que la pobre nunca guardó en su interior una sola moneda y yo sólo la había comprado porque me gustó el aire de paseante feliz que tenía en el todo a cien del barrio.

Volví a mi cuarto. Retiré a toda prisa las sábanas de la cama para meterlas en la lavadora, abrí el postigo del balcón y dejé que entrara aire puro. De repente me dio una vergüenza horrible aquella gripe emocional de dos meses que me había dejado tan flaca. Pensé en bajar a comprar un pollo asado con patatas fritas bien grasientas, sí, cogería dinero y compraría también una botella de limonada fría, una barra de pan recién horneado, hasta una ración de pastel de queso para el postre. Sentía de golpe un hambre atroz. Me abalancé sobre la cómoda y abrí el primer cajón, casi salivando. Busqué con los ojos la esquina izquierda, pero el sobre de papel de estraza con mi dinero no estaba allí, ni tampoco la criptonita. Sólo encontré un desorden de bragas, tristes bragas de diario, de

algodón gastado y elásticos flojos, de esas que cada mañana cogía al azar con los ojos aún enredados de sueño, antes de salir disparada camino de la ducha.

Me temblaron las piernas. Me picaban las yemas de los dedos de las manos y cerré el cajón, como huyendo de un nido de ortigas. Me di la vuelta y justo entonces escuché un maullido desgarrador que me sobresaltó. Un grito de animal encerrado, aunque todas las puertas, todas, yo lo sabía, estaban abiertas. Eché a andar. Me oía a mí misma llamando a Carygrant por el pasillo, pero él no me contestaba, sólo le oía maullar, ajeno a mi voz, dolorido, asustado, desde el interior de algún hueco, igual que un gato de faraón, enterrado vivo junto a su dueño.

Y de pronto, la vi. En el suelo, sobre una de las baldosas blancas, estaba mi criptonita, como una cucaracha anómala, igual de inmóvil, emitiendo un latigazo de luz alfa, color fondo de estanque de cementerio. Rodeada de un hilo de baba verdosa que reptaba hasta la cocina, como si fuera el dibujo agónico, el pentagrama de un quejido de gato. *Dentro de la lavadora*, pensé, sorteando la piedra y el hilo viscoso de saliva, siguiendo su rastro. Puede que así fuera, pero no tuve tiempo de comprobarlo, porque cuando iba a poner el pie en la cocina una sombra verde estropajo salió de allí como una exhalación, esquivándome, y atravesó el pasillo. Un minuto después volvieron a escucharse maullidos, desde otro agujero de la casa. Carygrant se había escondido entre las toallas blancas del altillo del armario, quizás, o en el fondo del cesto de ropa sucia de la galería. No he vuelto a verlo, se oculta antes de mi regreso a casa, y sólo abandona su guarida para alimentarse y beber agua. De vez en cuando encuentro una cagarruta de color lagarto en medio de la bañera o sobre mi almohada. Suspiro. Salgo en busca de un trozo de papel higiénico y maldigo a Lewinston y Bowles, aquel par de estúpidos hombres de ciencia que no fueron capaces de prever el catastrófico efecto de la criptonita en los gatos blancos.

Azul Ruso

Para Juan Casamayor,

que abrió la puerta y dejó entrar a los gatos azules

EMMA ZUNZ FUE CONVIRTIENDO EN GATOS a todos los hombres que cruzaron la puerta del viejo edificio con aires de teatro cerrado donde vivía, en la parte antigua de cierta ciudad de cúpulas afiladas que tenía por costumbre reflejarse a cada paso en charcos y capós mojados de automóvil, como una dama en ruinas que no pudiera terminar de creerse los signos externos de su decadencia.

Muchos de aquellos desconocidos habían llegado hasta Emma Zunz por pura casualidad. Eran viajeros de lencería femenina de mediana edad o muchachos que vendían libros a domicilio, el peso intacto de sus maletines recordándoles con melancolía el fracaso de una jornada baldía. Todos se detuvieron en algún momento frente al número 12 de la calle Klementina, y, sin fijarse apenas en el rostro de león taciturno que adornaba el portal, pasaron adentro y respiraron un aire opaco, encerrado, de patio antiguo. Los más de ellos permanecieron confundidos un instante, con los ojos clavados en el arabesco de luces y sombras que procedía de la claraboya extendiéndose a sus pies, sobre el ajedrezado magenta del suelo. Dudaron entonces si merecería la pena subir y llamar a media docena de puertas, intentar venderle un par de panties de nailon a alguna de las viejas inquilinas, sin duda condenadas a un triste destino de plantas de interior. Dos, quizás tres de aquellos hombres, se dieron la vuelta y salieron a la tarde nublada de la ciudad, que se les antojaría de una luminosidad eléctrica, y apretaron el paso en la dirección opuesta, para librarse cuanto antes de una repentina sensación de peligro que no hubieran sabido explicar. Otros, en cambio, tomaron una bocanada de ese aire viciado antes de tantear el muro con sus manos, en busca del interruptor mugriento. Allí esperaron, con cierta aprensión, a que una luz torpe les mostrara la pared verde esmeralda que quedaba al otro lado de la penumbra, y

a que la misma luz vacilante ascendiera por la escalera de caracol, como una vieja sirvienta, apoyándose en la barandilla de hierro forjado que parecía empeñada en trazar en su ascenso la misma curvatura de los muros. Ellos todavía no podían saberlo, pero unos minutos más tarde, cuando hubieran alcanzado ya el último tramo de los cuatro pisos que subirían andando, y estuvieran aguardando a que alguien abriera la única puerta cuyo timbre se dignó a funcionar, con su sonido de campanillas lentas reverberando aún en el hueco interior, se girarían hacia la escalera y apreciarían de lejos la sombra rizada de la claraboya en la cuadrícula de baldosas rojizas, constatando por primera vez la vaga semejanza que había entre la espiral de peldaños y el reloj astronómico de la torre más célebre de la ciudad. Y no podrían evitar echarle una ojeada furtiva al punto donde ahora mismo permanecían, dubitativos, añorándolo ya.

Porque entonces ya habrían surgido los gatos. Como figuras inmóviles que iban apareciendo por todas partes, allá donde miraran, dueños de un equilibrio imposible, encaramados a la atalaya de la barandilla de hierro, anidando en las ventanas tapiadas de cada rellano. Gatos de pelo rojo teja o de un negro isabelino, fantasmales gatos blancos, persas chinchillas mullidos como pelucas empolvadas, pequeños tigres pardos con salpicaduras de ámbar, siameses color café. Gatos viejos y ciegos que alzaban la cabeza y sabían que cerca había un humano espiando, que a pesar de los ojos inútiles sostenían su mirada como un alfiler. Jóvenes gatos triángulo que escribían letras secretas en el aire con el puntero de sus largas colas, que se desperezaban y comenzaban a moverse lentos, buscando en la pared su caricia de yeso verde, desprendiéndose después de ella, como de un abrigo pesado, brincando a la barandilla, orientando todos a la vez sus pupilas de cristal hacia el mismo lugar, allá, arriba, donde un hombre esperaba junto a la puerta cerrada, machos de la otra especie milenaria, superviviente a todas las catástrofes, observándolos como enemigos silenciosos que solamente esperan.

Ninguno de los recién llegados pudo explicarse de dónde habían salido aquellos gatos. No los habían visto durante el ascenso, mientras iban percatándose de la significativa ausencia de felpudos y placas, y de que en aquella escalera no se escuchaba otro sonido que el del enclenque hilo de luz, apenas un crujido, una respiración trabajosa que se colaba a través de cables gastados y la bombilla desnuda de cada rellano. Los timbres permanecieron mudos y nadie salió a abrirles cuando, sin permitirse desfallecer,

fueron golpeando con sus nudillos la madera también barnizada de color esmeralda en cada puerta.

No, no habían visto los gatos que habían surgido, de pronto, que los espiaban desde cada esquina con una hermética animadversión. Y sintieron miedo, porque no eran capaces de dar media vuelta ahora que los sabían allí, por todos lados, de hacer como que no habían llamado al cuarto piso, de que no habían escuchado con un respingo ese coro de campanas desasosegadas que delataban, por fin, la presencia de alguien. No se movieron. Escucharon unos pasos suaves al otro lado, el girar seco de una llave. En el umbral apareció siempre una mujer demasiado alta casi para cualquiera, sobre el cuerpo huesudo una bata en la que alguno de ellos creyó distinguir los melancólicos contornos de un paisaje japonés, quizás una remota pagoda en tonos grises, o una dama sosteniendo el tallo de una sombrilla. Aquella vieja bata tan delicada, con sus mangas de farol y su cinturón lívido de raso, contrastaba con la belleza temible de la desconocida. Emma Zunz, la violenta madeja de cabellos prematuramente blancos cercandando su rostro de máscara, el haz de luz rondándola con espasmos nerviosos, como si no pudiera evitar sentirse atraída por ella, jugando a dibujarle unos ojos y unos pómulos nuevos cada vez. La irregularidad es una forma de belleza como otra cualquiera, la belleza puede estar hecha de sombras, pensó alguno de los visitantes, dejando resbalar sus ojos por el cuello de la mujer hasta llegar a los bucles metálicos de la llave de armario antiguo que caía sobre su pecho, atada con una cinta. Habían empezado a buscar ya las palabras para presentarse y abrían sus cansados maletines. Un buen vendedor nunca enseña el género en la escalera, señora, si tuviera usted un momento, en su salón... Era entonces cuando Emma Zunz los contemplaba, sonriendo como desde un retrato, mientras acariciaba pensativa la llave oscura de latón, y se apartaba a un lado, para dejarles pasar.

Abajo, en torno a la escalera, quedaban los gatos, quietos igual que cruces.

II

Es muy probable que ellos ni siquiera fueran conscientes del extraño proceso que sufrieron. Una noche se acostaron sobre el edredón de gasa y encaje ahumado que cubría la

cama de aquella mujer alta como un ciprés, se dejaron caer sin entender el porqué de aquella somnolencia repentina, con los ojos fijos en el papel floreado de las paredes o la vieja lámpara de cristal bohemio que pendía del techo, lejos de entender el enigma de aquellos destellos romboidales que de pronto les parecían tan fascinantes. Todos amanecieron felinos, hacia las seis de la mañana del día siguiente, tumbados en el almohadón de su nueva dueña.

De vez en cuando, una esposa descubría al despertar un hueco mojado por la ausencia en la otra mitad del colchón, o un casero descolgaba el teléfono del pasillo para alertar a la policía de la desaparición de aquel inquilino soltero tan amable que se había mudado al bloque apenas unos meses antes. Al mismo tiempo, un gato de más surgía como una esfinge de entre las sábanas antiguas de algodón color hueso de Emma Zunz, estirando sus patas delanteras con una negligencia elegante y distraída. Ninguno de ellos se acordaba de nada. Sin conocerlo aún, intuían en el aire el relampagueo de plata quirúrgica que desprendían los enormes cuencos que Emma Zunz iba sacando de la alacena en ese momento, para servirles agua fría de una jarra y los hígados de pollo recién fritos del desayuno. El nuevo corría a la cocina con los demás. Corría siguiendo a los otros, se enredaba como ellos en las piernas de estaca de su ama, alborotando levemente el bajo de la bata china, como un viento que hiciera temblar las pagodas y los estanques con flores de loto, bosquejando en el aire cuellos de cisne con sus rabos negros y pelirrojos, con sus maullidos dulces de animales bien cuidados.

Emma Zunz colocaba entonces las seis escudillas en hilera sobre los azulejos desleídos de su balcón. Cada gato ocupaba sin vacilar el mismo lugar de todos los días, y el recién llegado los observaba tumbado a lo lejos, con una curiosidad distante, protocolaria; inmóvil a no ser por la oscilación hipnótica de su larga cola. A veces el intruso alzaba sus pupilas de cristal esmerilado en dirección a Emma, quizás tomando conciencia de las nuevas dimensiones de aquella mujer, tratando de establecer una cinta invisible entre ambos, la que medía la distancia que ahora los separaba. Ella se dejaba observar. En ocasiones era cuestión de minutos, el fino hocico del gato detectaba pronto en el aire el bucle de un olor a víscera quemada y decidía seguir su rastro hasta las yemas de los dedos de Emma Zunz. Otras costaba algo más. El animal no venía hambriento de su vida anterior y prefería contonearse por toda la sala, acercarse al pie de la lámpara su lomo sedoso, alzarse

sobre las patas traseras para asomarse al ventanal helado desde el interior, como el viajero que ya mira de lejos el lugar de donde partió.

Mientras los gatos comían en el balcón, Emma Zunz apoyaba las manos en el hierro floral de la baranda y miraba la ciudad. Sabía que en alguno de esos edificios alejados por la niebla empezaba a derrumbarse en ese momento la mitad de una foto de familia, pero no se sentía culpable. Emma Zunz miraba los misterios del cielo borroso, de las cúpulas perdidas tras la bruma como velas de un galeón fantasma. Al fin y al cabo, ella conservaba la torre de doce pisos heredados sólo para que sus gatos los habitaran. Doce casas amuebladas con reliquias de sus antepasados y comunicadas entre sí por arcos y trampillas, en las que podían vagar a su antojo, sorteando arpas y cortinajes polvorientos, vigilando los relojes parados o las sonrisas viejas de los ángeles que un mal pintor había disecado en los techos.

Eran mucho más felices ahora que no tenían nombre, más bellos, se decía entrando de nuevo en el piso. El gato nuevo la acompañaba mientras ella recogía del suelo de su habitación las ropas, el maletín de baratijas, unos anteojos de metal. La seguía escaleras abajo en dirección al sótano, en el que Emma Zunz entraba sin detenerse a encender siquiera una luz miserable que no necesitaba para desprenderse del bulto sobre una mesa de madera carcomida antes de abrir la portezuela de hierro del incinerador. Dejaba que el gato olisqueara con curiosidad y un poco de desdén sus viejas pertenencias mientras componía de nuevo la figura del hombre que había habitado aquellas prendas sobre la plancha de metal quemado, antes de hacerlas arder. Allí aguardaban los dos a oscuras, espiando por entre las rendijas las llamas, que hacían feroces coronas al principio con el poliéster de las camisas y los zapatos de falso cuero, el gato y la mujer, sin moverse hasta que el fuego masticaba, ya con un hastío evidente, las fotos de niños desdentados, el nudo de una corbata de innegable mala calidad.

Sólo uno de los departamentos les estuvo vedado, durante un tiempo. Era lo primero que aprendían cuando, al regresar del sótano, veían a Emma Zunz entrar de nuevo en la cocina de azulejos blancos y tomar de la encimera el envoltorio de papel de estraza con una porción de hígados fritos ya tibios. La escoltaban por el rellano semicircular hasta la puerta de enfrente, y esperaban a sus pies mientras ella se quitaba la cinta negra que pendía alrededor de su cuello y encajaba en la cerradura la llave labrada, con el paquete rebosante

de despojos entre las manos. Después tan solo la madera verde esmeralda, separándolos. Y ellos desterrados al otro lado de la puerta, perdiendo los pasos de su dueña por el pasillo, deshechos en un maullido lastimero.

III

El hombre de pelo y ojos de color ceniza se había presentado en el número doce de la calle Klementina un día cualquiera del invierno en que arreciaron las lluvias, con su bolsa de herramientas cargada a la espalda. La noche anterior, desde la alcoba, Emma Zunz y sus gatos sintieron el sonido alargado del agua creciendo en la oscuridad, como los niños y las enfermedades, golpeando la envejecida vidriera de la claraboya con dedos envalentonados hasta que parte de los cristales cedieron y se desplomaron por el hueco de la escalera en un estruendo facetado. El patio olía a agua de estanque y las baldosas crujieron bajo sus pies cuando el extraño empujó la puerta, a una hora incierta de aquella mañana desvaída que dejó la tormenta. Emma Zunz había telefoneado a la compañía de seguros muy temprano y el tapizado de hojarasca azul de la pared pareció temblar levemente, porque había pasado mucho tiempo desde la última vez en que se escuchó una voz humana en aquella sala. Sí, la póliza cubría ese tipo de eventualidades, y por supuesto, mandarían a alguien, enseguida, para evaluar los daños y reparar los desperfectos de la escalera. Emma Zunz colgó sin despedirse, y los gatos, aún asustados por el azote de la humedad que intuían en el aire, se quedaron mirando el teléfono un buen rato, como si alguien surgido del fondo de un lago hubiera tirado hacia abajo de la empleada de la compañía, para hundirse con ella.

Y entonces aquel hombre que de noche soñaba que volvía a encontrar las manos de su hija muerta entre los escombros, cruzó la ciudad para achicar el agua en un edificio de la parte vieja. Llevaba puesto el impermeable de plástico amarillo de su empresa y unas toscas botas de goma. Cargado de una mochila que a otro le hubiera pesado igual que un saco de huesos, caminó entre árboles resacos de brazos alzados como candelabros judíos, ignorando los pómulos esquinados de las estatuas que parecían reprobarle la dirección de sus pasos. No se molestó en conducir hasta la calle Klementina la vieja furgoneta con toldo de lona. Aquellas vías empedradas eran demasiado estrechas y simplemente echó a andar.

Recorrió el espejo oscuro de la ciudad pisando a veces el agua de charcos que tartamudeaban nubes, dejando atrás plazas adornadas con fuentes octagonales de piedra. Un extraño encapuchado que no distinguía los colores de los rótulos y los sombreros de las vitrinas junto a las que pasó aquella mañana, porque los había perdido la noche de la explosión. Tan solo le quedaban algunos matices de amarillo pero el azul se había extinguido para siempre, y el rojo había pasado a confundirse con el hilo alquitranado que manaba de las únicas muñecas infantiles del bloque, aquella casa de renta antigua poblada en su mayoría por parejas de ancianos que acariciaban las puntas rizadas del cabello de Ida cuando se la encontraban sentada en un peldaño de la escalera, jugando a que se había vuelto invisible, dentro de su abrigo de caperuza roja, esperando a que él acabara de dar su clase de ajedrez a alguno de los muchacho de la barriada o a que cocinara algo para los dos, poco después de que Irina decidiera marcharse. El abrigo que luego era negro, trozos de negro entre los cascotes y en los escalones, junto a cadáveres de viejos calcinados.

El ruso se paraba a veces y le enseñaba a alguien la dirección apuntada en un trozo de papel calado, que se mojaba un poco más y que él volvía a guardar en el bolsillo cuando el desconocido le indicaba hacia dónde debía caminar. Casi era un borrón ilegible en la última esquina. Una vieja con la cabeza cubierta por una bolsa de plástico lo miró con suspicacia y le señaló la segunda calle, a la derecha.

Gretel Katzenbeisen los vio desde el interior de la tienda de animales, encuadrados en la acera de enfrente como en una pantalla de cine mientras hablaban. También los miró irse, él sin acelerar el paso, una mancha amarilla erguida, sorprendentemente firme mientras todo a su alrededor, los escuálidos arbolillos, la anciana de la bolsa de plástico que hacía los movimientos de alguien que intentara correr pero que no recuerda bien cómo se hace, el agua gris perla de la fuente, temblaba por culpa de la lluvia. Cuando el hombre del impermeable amarillo dobló definitivamente una esquina a lo lejos, la rubia y pálida Gretel Katzenbeisen suspiró apartándose del escaparate, encogida de frío en su bata blanca. Sabía que era inútil esperar la llegada de algún cliente en una mañana tan desabrida como aquella. Nadie se aventuraría a salir en un día así a comprar una lata de carne de caballo para su perro. Pensó en limpiar de nuevo el cajón del instrumental o en echarle una ojeada al viejo atlas felino del anterior veterinario. No había prisa. Ni tiempo, se dijo, de pie junto a la estantería, mientras pasaba sus ojos de plomo y el dedo índice por la fila de tomos encuadernados en piel.

IV

El gato tenía el pelo del color de la plata que ha pasado un tiempo bajo el agua y estaba mirando a Emma Zunz desde la esquina de la cama, con aquellas pupilas talladas en piedra, cuando ella despertó. No había nadie más en la habitación, ninguno de los animales que habían llegado antes que él dormitaba sobre la colcha, según la costumbre de cada mañana. Tan solo estaba allí el majestuoso azul ruso, contemplándola como si en realidad ella fuera la advenediza que debiera darle una explicación; como si recordara los detalles de lo sucedido la víspera. Emma Zunz reparó en que el animal no ronroneaba. Tampoco se movió cuando la vio incorporarse en el cuarto aún en sombras para deslizar la bata sobre sus hombros angulosos. No la siguió a la cocina, donde sí la esperaban los otros gatos, todos sus hombres. Hambrientos y quejosos, intrigados quizás por la presencia de aquel intruso o al que de alguna manera entendían que era mejor no acercarse.

El gato azul ruso no salió de la habitación ni siquiera cuando Emma Zunz dejó en el quicio de la puerta el cuenco repleto de hígados de pollo. No, no era como no los demás. La dueña de aquella casa de paredes tapizadas de pétalos de cobalto lo vigiló en la distancia y lo vio asomarse al espejo del armario, con la misma expresión concentrada que tenían sus ojos de humano mientras recogía los vidrios de la claraboya, después de la tormenta y ella esperaba en la puerta del ático con los brazos cruzados, falsamente interesada en el balance de los daños. *Se ve, está viendo su reflejo, él todavía está ahí,* concluyó Emma Zunz para sus adentros, y el gato se volvió como si la hubiera oído y la interrogó en silencio, con sus ojos de moneda antigua.

Durante los dos días que el azul ruso pasó en el interior de la casa nunca intentó arañarla ni morderla, cuando, persuadida de que más tarde o más temprano ganaría su confianza se arrodillaba junto a él para acariciarlo. Pero el recién llegado no lo consentía y antes de saltar ágil, para alejarse lo más posible del roce de sus dedos, no dejaba de lanzarle a Emma Zunz una de aquellas miradas que la hacían pensar en dos planetas solitarios e incandescentes, perdidos en medio de la nada, sumidos en su propio proceso de combustión.

No, a ella nunca le atacó. Sin embargo, una de las mañanas en que Emma Zunz volvía del mercado, con uno de sus enormes paquetes de papel de estraza relleno de vísceras de pollo, encontró en el centro del patio el bulto, tendido sin gracia, como un guante largo de mujer tras una fiesta, de un viejo y esbelto gato negro. No consiguió recordar Emma Zunz quién había sido en su vida anterior ni qué aspecto tenía entonces. Sí que llevaba más de quince años en la casa, una pequeña pantera posesiva, aficionada a seguir los pasos de su ama, que habitaba en las sombras el rincón de la puerta del cuarto de costura las tardes que ella bordaba cojines, y que gustaba de asomarse al disco de pizarra del gramófono, para verlo girar, crujir cuando ya no le quedaban dentro aquellas viejas canciones alemanas, negrura silenciosa contra negrura silenciosa. Emma Zunz dejó caer la bolsa con las provisiones cuando vio el rastro de sangre que indicaba cómo tras la violenta caída el animal había intentado arrastrarse unos pasos en dirección a la puerta por donde ella habría de entrar.

Alzó la vista hacia el hueco de la escalera, pero sólo encontró un ojo vacío que también la observaba, sin inmutarse.

V

La luna del armario le devolvió la imagen de un rostro triangular, monstruosamente pequeño y bello. Supo que ahora era el suyo, probó a levantar la pata derecha y la acercó al establo. La almohadilla acolchada se confundió con la del gato del espejo. Notó el frío tacto del azogue y luego un temblor casi imperceptible recorrió su piel y pudo escuchar con una nitidez dolorosa a través de ella un concierto desordenado de sonidos que llegaban desde el otro lado de la puerta, de la cocina situada al final del pasillo. El entrechocar metálico del agua cayendo en un recipiente de acero inoxidable, rodeado de maullidos apremiantes. Cajones que se abrían y cerraban acompasados, el desenredarse de un pesado envoltorio de papel sobre la mesa de madera, un chirrido de tijeras que avanzaban haciendo más pequeño cada pedazo de carne cruda. Ruidos de la vida que precisa de la muerte en el olor caliente que chisporroteaba en el aire, pedazos de seres, materia que hervía en aceite y se retorecía

con un espasmo, como si el animal fragmentado recobrara por un instante la memoria del movimiento.

Le dolió en la piel desnuda de su nariz aquella carne quemada que otros como él reclamaban, lastimeros, al fondo. No sabía si iba a poder soportar la magnitud de aquel coro de maullidos, la envergadura de los olores que atravesaban el corredor como una estampida. Nunca antes había percibido una ráfaga de aire envenenado de calor con tanta intensidad como entonces, ni una queja tan aguda, tan nacida en las mismas entrañas como la de aquellos animales hambrientos.

Cuando se cansó de inspeccionar su semblante serio se apartó del vidrio helado y caminó por la habitación, frotándose contra la cómoda y las faldas de las butacas. Sólo entonces los muebles se le revelaron como seres de proporciones y texturas concretas. Advirtió que algunos de sus sentidos se habían agudizado tanto que apenas dejaban espacio a los demás. No podía ver con claridad porque un baño de fría luz gris madreperla, proveniente de la galería acristalada, parecía envolver cada objeto, difuminando sus contornos hasta que los tenía delante. Pero en cambio, la blandura de sus almohadillas le hacía sentir a cada paso el relieve pintado a mano de las baldosas hexagonales, y la gelidez proyectada por cada uno de los azulejos trepando por la sombra de sus patas.

Ni siquiera tuvo que calcular la distancia cuando quiso saltar a la cama. Tan solo dejó que se tensara su espina dorsal. Sintió cómo se desplegaban en el aire los músculos de sus omoplatos y las garras se aferraban por instinto a la cubierta de raso. La mujer que dormía allí había salido de la habitación hacía un rato y no quedaba en la colcha ni la más ligera huella de su cuerpo, pero él aún percibía en la tela el intenso olor que desprendían sus muñecas y el hueco de la clavícula, su aroma a naftalina y lencería blanca. Recorrió la almohada fascinado por el dibujo blando de un despertador que adivinaba a lo lejos, a través del líquido transparente del vaso que reposaba en la mesilla. El reloj parecía un pez de plata, difuminado en el agua. Sin demasiada sorpresa se percató de que ya no era capaz de leer la hora.

Escuchó algo más allá del tictac metálico, al otro lado de la alcoba. Un susurro continuado, un silbido apenas más fuerte que una respiración, y sin embargo amenazante. Sintió que la piel de todo su cuerpo se arqueaba como si una mano invisible le acariciara el lomo. Gruñó de la misma manera que la forma oscura, aún imprecisa. Localizó el destello

de sus pupilas, mirándole con una fiereza verde en el umbral de la puerta, y sin más, supo que debía prepararse para saltar sobre el otro, su enemigo.

VI

Desnuda, Emma Zunz era otra mujer. Si sus gatos hubieran sido capaces de pensar mientras la aguardaban tumbados en el lecho de toallas blancas con las que ella cubría el piso de la sala de baño cada tarde de sábado, habrían llegado quizás a esa conclusión. De espaldas al espejo empavonado, Emma Zunz se desvestía con lentitud mientras la tina de cobre iba llenándose de agua muy caliente. Un rumor de estanque acompañaba sus gestos en el reflejo borroso que desdibujaba su figura y la hacía parecer una crisálida en trance de transformación. Al espejo le estaba negado saber que la caída irrevocable de la bata china descubría en la hora del único baño semanal el cuello alargado y un cuerpo de gata blanca, olvidado de las aristas de su rostro. De pie todavía, Emma Zunz acariciaba distraída los pezones rojizos y distantes, como celebrando volver a verlos de nuevo después de siete largos días. Trazaba con las yemas de los dedos el perfil de sus hombros, recorriendo después el vientre redondo, un poco abultado y las largas piernas, complacida en el brillo lácteo de su piel. Luego estiraba los esbeltos brazos y daba un paso hacia delante, para entrar en la antigua bañera de latón. Al principio, por más caliente que estuviera el agua, no podía evitar que un ligero escalofrío le erizara el vello blanquecino de la nuca, pero iba dejándose caer de rodillas, hasta que el agua la envolvía del todo. Apoyaba la cabeza en el borde de la tina rebosante y dejaba pasar el tiempo, contemplando la danza de ochos en la superficie del líquido jabonoso y su hipnótico reflejo en las paredes de metal anaranjado.

Una tarde, Emma Zunz se durmió en la bañera, pensando en el gato azul ruso que vivía ya aislado en el piso de enfrente; ese animal arisco que nunca le permitía acariciarlo y ni siquiera salía a recibirla cuando ella le llevaba su ración diaria de comida. De nada servía llamarlo en voz baja ni buscarlo por las habitaciones, había demasiados huecos secretos entre los sillones y los veladores cubiertos de polvo, bajo las camas deshabitadas, en el interior de los armarios vacíos. Infinitos escondrijos en aquella casa forrada de baldosas hexagonales que tachonaban el suelo con un caleidoscopio de estrellas picudas, el

lugar idóneo para un silencioso fugitivo como aquel, que tenía el pelaje del color de las sombras y podía mimetizarse en un instante con las que el mobiliario tembloroso proyectaba en las paredes.

Pensó Emma Zunz, antes de rendirse al sopor del baño, en el hombre que había sido antes el gato azul. En su pelo y sus ojos de plomo. En la mañana en que ella misma llamó a la compañía de seguros para quejarse de que el operario no llegó a presentarse en su casa. Advirtió de su descontento, habían pasado ya varios días, los cristales del tragaluz aún no habían sido reparados y se colaban a través de él trombas de agua de lluvia y sucias palomas que anidaban en las barandas y alteraban a sus gatos. Una voz de mujer muy parecida a la de la otra vez, quizás la misma, se deshizo en disculpas, estos empleados extranjeros, qué informalidad, desaparecen sin avisar y no cumplen con sus responsabilidades, espero que sabrá disculparnos por todas las molestias causadas, señora Zunz, trataremos de enviarle a alguien lo más pronto posible..., antes de ser engullida de nuevo por el silencio de la línea telefónica.

Quizás se adormiló recordando el momento en que el ruso había llamado a la puerta para avisarle de que tendría que pasar por la cristalería para encargarse del vidrio de la claraboya. En un siseo le había señalado la escalera y le dijo que de camino al taller del vidriero iba a llevarse un saco con los añicos recogidos en el patio. Emma Zunz se fijó en sus manos manchadas de barro. Con un gesto le ofreció pasar al interior para limpiárselas. El ruso había vacilado un instante, pero al final cruzó la puerta, como todos los demás. A la mañana siguiente, ella había quemado en el incinerador del sótano la ropa de trabajo que llevaba puesta y la mochila con su herramienta. El repugnante olor a plástico y tela quemada había persistido en el aire más tiempo que las otras veces.

Emma Zunz se fue durmiendo, envuelta en un manto de cálido vapor y vigilada por sus doce gatos, con el cuello apoyado en el borde curvo de la bañera cerró los ojos mientras escuchaba en su recuerdo, cada vez más lejano, un crepitar resplandeciente, feroz, que devoraba los últimos restos de un uniforme hasta convertirlos en el mapa efímero de un minúsculo lugar que dejó de existir de pronto, consumido por el fuego. El aire caliente ya no olía mal, ahora tan solo se enroscaba en sus mejillas y envolvía sus párpados con una ternura elemental, desapasionada.

Nunca supo cuánto tiempo había pasado. Tan solo que, de pronto, un salvaje dolor en la nuca la hizo reaccionar. Quiso alzar la cabeza, confusa, aún no despierta del todo, pero un peso muerto a sus espaldas se lo impidió. Era como si unas garras la hubieran arrancado con brusquedad del momento inmediatamente anterior y se encontró tumbada de espaldas en el suelo, desnuda todavía, y húmeda. Acertó a levantar unos centímetros el rostro y distinguió ante ella el entramado de azulejos, su policromía borrosa. Pequeños hexágonos de un blanco envejecido, rojo óxido, miel que se repetían una y otra vez formando un dibujo de estrellas geométricas. Era inevitable reparar en el frío cobalto de la baldosa azul colocada en el centro exacto de cada una, con su color puntiagudo marcando los límites entre una estrella y la siguiente.

Emma Zunz cerró los ojos y se concentró en el dolor que inmovilizaba su espinazo. Aquel aguijonazo hecho también de muchas pequeñas puntas, claveteando la piel del cuello. Un azote de dientes afilados que horadaban los dulces huecos, la carne indefensa junto a sus orejas, tirando de ella hacia atrás y hacia delante. No se revolvió. Trató de ajustar su respiración descontrolada por el pánico al avance de la decena de alfileres que a ratos suavizaban la presión para hacerla un poco más intensa en la siguiente embestida. Escuchó un chillido agónico y se preguntó dónde estarían los límites de aquel sufrimiento. Percibía con toda claridad el latido del corazón del macho contra su lomo, el balanceo rítmico del cuerpo fuerte y elástico, el ronroneo implacable junto a su oreja derecha, una voz suave que prometía calma, el final de aquel dolor hecho de pequeña púas que, en realidad, lo supo entonces, sólo buscaba distraerla de otro. Un dolor mayor en forma de espina helada que iba abriéndose paso en su bajo vientre, cegando sus ojos, dejándola sorda, obligándole a abrir las piernas y a moverlas como remos en direcciones opuestas, devolviéndola a un tiempo oscuro, a un lugar donde la supervivencia dependía de otros miembros de la especie. Estaba ciega y sorda. El dolor crecía y se rindió a los dientes prensiles como si fueran los de su madre, notando cada alfiler de aquel mordisco seco, exento del bálsamo de la saliva. Sintió por última vez el empuje brutal de aquel hueso en sus entrañas y luego un flujo helado y viscoso recorriéndola por dentro. Como en un fagonazo vio unas manos infantiles arrancadas del cuerpo al que habían pertenecido. Comprendió entonces que el maullido agónico era su propia voz.

Cuando Emma Zunz despertó, un gélido manto de agua negra cubría su cuerpo hasta la barbilla. No recordó dónde estaba hasta que las yemas arrugadas de sus dedos tantearon

el borde metálico de la bañera. Después, todavía sin moverse, dejó que sus ojos fueran acostumbrándose poco a poco a la oscuridad. Al principio, apenas acertó a distinguir el lento parpadeo de varios pares de ojos que seguían esperando, pacientemente, a que su ama abandonara el baño. Después, reconoció el contorno del espejo sobre la pila de porcelana, y algo más allá el marco del ventanal con postigos de madera que ella misma se encargaba de cerrar a cal y canto cada sábado, a la hora del baño. Bajo la compasiva mirada de sus gatos, trató de incorporarse para salir de la tina de cobre, pero un dolor punzante en la nuca se lo impidió. Aterida, estiró el brazo izquierdo como una zarpa, buscó a tientas la tela de su bata, arañando las baldosas y el aire, emitiendo un gruñido desesperado cada vez que fracasaba.

Mientras secaba con una toalla la puntas húmedas de sus cabellos blancos, mucho rato después, clavó sus ojos en el espejo, interrogando a las pupilas triangulares, reseca, de la mujer que la miraba desde allí. Los gatos maullaban, impacientes, a sus pies. Tenían hambre y Emma Zunz asintió y salió del cuarto de baño, para preparar las escudillas de hígados fritos. Era casi la hora de la cena.

Aquella fue la primera noche que no cruzó el rellano para dejar sobre el piso de estrellas hexagonales el envoltorio de estraza, con la ración de comida para el gato azul ruso.

VII

Llovía a cántaros cuando la extraña mujer de la boina violeta entró en la tienda de animales de Gretel Katzenbeisen. Llevaba en brazos un bulto inerte, tapado con lo que parecía una pequeña manta de cuadros. Es un gato. Está medio muerto, dijo.

Era un azul ruso, una raza poco habitual y muy delicada. Acababa de encontrárselo en el portal de su casa, seguramente sus dueños se habían cansado de él y lo habían abandonado a su suerte muchos días atrás, porque estaba desnutrido y ni se movía cuando volvió con una manta para recogerlo. Dudaba que pudiera hacerse por él otra cosa que acabar con su sufrimiento, añadió. Las dos pasaron a la parte de atrás. Gretel Katzebeisen

abrió la puerta de la consulta y encendió las luces con el pulso acelerado, como siempre que debía enfrentarse a la visión de un animal moribundo. La desconocida caminó serenamente hacia la camilla de acero inoxidable del centro de la sala y aguardó a que la veterinaria terminara de limpiarla con un paño seco. Depositó con cuidado la manta sobre la superficie metálica y se volvió hacia ella. Gretel Katzebeisen podía imaginarse el esqueleto rígido que había debajo. Prefiero no quedarme, aunque me gustaría pagar la inyección de anestesia, dijo en voz muy baja, como si temiera que el gato callejero pudiera oírlo. Sacó su mano del bolsillo del abrigo y le tendió unos cuantos billetes enrollados. Gretel Katzenbeisen contempló su rostro, un enigma de ojos hundidos y pómulos salientes, los mechones plateados que escapaban de la boina de lana. Rehusó con un movimiento de cabeza. Usted ya ha hecho lo que ha podido por él, vaya tranquila. La mujer se encogió de hombros y dejó que su mirada inexpresiva resbalara una vez más sobre la manta de cuadros. Luego salió sin despedirse. Unos segundos después Gretel Katzenbeisen escuchó un tintineo de pequeñas campanas, mezclado con el abrir y cerrarse de la puerta de la tienda. Todavía permaneció un tiempo inmóvil junto a la camilla, tratando de insuflarse la dosis de valor necesaria, recordándose a sí misma que lo mejor era seguir el mismo ritual de otras veces, no mirar al animal a los ojos y pensar en cualquier otra cosa mientras hurgaba con la aguja de la jeringa, buscando una vena bajo el pellejo gastado. Contar despacio, uno, dos, tres, al apretar el émbolo hasta el fondo, sin apartar la vista de él, como hipnotizada por el flujo de líquido ambarino, cuatro, cinco, seis, sin prestarle atención al pequeño espasmo de resistencia que todavía ofrecería la vida, siete, antes de huir del todo, ocho, antes de esa quietud ausente de los gatos muertos que tanto la atemorizaba. Nueve, y diez, suspiró, atreviéndose por fin a darse media vuelta y echando a andar hacia la vitrina de la pared, en busca de un par de guantes esterilizados.

Hungry for your love

POR FAVOR, DIOS MÍO, haz que me telefonee ahora. Oh, Dios, que me llame. No pediré nada más, te lo prometo. Te costaría tan poco, Dios mío concédeme esa pequeñez... Que me telefonee ahora mismo, nada más. Por favor, Dios mío, por favor, te lo ruego. Mira cómo estoy. Haz que llame porque si vuelvo a descolgar el auricular y escucho la voz nasal de esa tía diciendo por cuarta vez que llama del departamento de Bajas para hacer una comprobación, explotaré, juro que exploto. Tengo que calmarme. Todo va a arreglarse, seguro, porque él llamará, aunque dijo que no, yo sé que al final llamará. Lo hará, y entonces yo le diré que las cosas ahora van a ser diferentes. Le diré, ves, el Gato ya no me tiene miedo, ahora me mira tan tranquilo mientras doy vueltas alrededor de la mesa, hablándole al teléfono, a veces hasta tengo la sensación de que soy su mascota y estoy aquí sólo para divertirlo. Seguro que cuando me llame le gustará saber lo bien que nos llevamos su jodido Gato y yo desde el accidente, seguro que sí. Cojeo entre sus discos esparcidos por el suelo. Van Morrison canta la misma canción una y otra vez en el viejo tocadiscos. No se lo llevó, no se llevó nada, ni siquiera sus vinilos. A él le encanta esa canción, hambriento, hambriento por tu amor. Porque empieza como una canción alegre y luego sigue triste, me dijo encogiéndose de hombros cuando le pregunté. No dejo que pase a la siguiente, cuando se termina vuelvo a poner la aguja en el mismo sitio y empieza a sonar de nuevo. Puede parecer una tontería pero quiero que suene si llama, cuando llame, quiero decir, es un detalle, ¿no?, me refiero a que si llama ahora mismo la oiré, y también si llama dentro de una hora o a las tres de la madrugada. Pienso quedarme despierta toda la noche si es necesario porque él acabará llamando, lo sé. Hambriento por tu amor. Oh, Dios, haz que llame ya, que llame de una jodida vez.

Sí, ya sé que el día de la última llamada dijo que nunca más. No puedo seguir con esto, Carol, ¿lo entiendes? Me está destrozando. Lo conozco bien y sé que tenía los ojos

cerrados, intentaba controlarse y su voz era apenas un susurro, como cuando me esperaba hasta las tantas, sentado a oscuras en el sillón, con el abrigo todavía puesto y la televisión encendida. No te entiendo, Carol decía entonces, ¿por qué te has ido así? Pero yo estaba colocada y no me apetecía contarle que lo dejaba plantado en los bares en cuanto se daba media vuelta porque de pronto me molestaba su pinta saludable de profesor de gimnasia, los chicles de clorofila en el bolsillo de atrás del pantalón, la piel blanca y llena de lunares de su espalda, la deformidad de su labio inferior. Empezaba gruñendo que me dejara en paz pero no me salían las palabras. Un haz polvoriento de luz cenital se escapaba de la pantalla, le barría el rostro y era imposible no ver sus ojos enrojecidos de hombre dispuesto a salir disparado hacia cualquier hospital, a meterse de cabeza en el infierno para encontrarme. La chica de la teletienda movía los labios en silencio y aquello era demasiado para mí, por eso comenzaba a gritarle como una loca, y el Gato corría a esconderse en la habitación. Le escupía lo de los dedos sucios que habían forcejeado con los botones de mi blusa en el asiento trasero de un coche mientras yo olisqueaba rastros de nieve en el espejo de la polvera. Siempre había un macarra al otro lado de la barra, uno que me reconocía aunque no nos hubiéramos visto antes, lo mismo que yo a él. Siempre había coca y un mal polvo, las monedas justas para tomar un taxi de vuelta a casa, y al otro lado de la puerta él, hundido en un sillón, y la televisión encendida pero sin volumen, para escuchar mejor el ruido del ascensor, del teléfono o las ambulancias.

La última vez, mientras amenazaba con colgar, no quise escucharle, le dije que me llamara pronto, más bien se lo supliqué. Le dije, sólo quiero hablar contigo de vez en cuando, ser tu amiga, hemos pasado tanto. Es mentira, claro. Quiero que vuelva conmigo, que empecemos con el marcador a cero. Pero él se quedó en silencio, luego musitó la letanía del «nunca más, Carol» y ahora no llama. No se lo cree. Oh, Dios, él no sabe que ahora ya no castigo al Gato. Ya no lo dejo sin comer. Todavía me duele un poco la pierna, pero pronto estaré bien del todo. El accidente me ha cambiado. Ya no me importa que la gente me mire por la calle, tampoco que no me hagan caso, no rompo cosas en las tiendas ni busco jaleo. Soy otra, soy otra de verdad. Vuelvo sin haber causado problemas, en la cocina el Gato tiene el comedero lleno de esas asquerosas galletas secas y agua fresca para beber. El grifo gotea. El Gato pasa a mi lado y hace ese ruido que antes me enervaba tanto. Esta puta casa parece un hogar feliz, sólo falta el olor a café recién hecho y un triciclo rojo

en el pasillo. Me apetece un trago, cómo me apetece Dios, pero no voy a beber. Y qué pasa si no llama, dónde está, por qué me castiga así.

Pongo la canción de nuevo y echo a andar hacia el cuarto del césped. Los de la casa de al lado siempre bajan al contenedor cosas que aún están nuevas, como un par de esquís, una mecedora, un espejo ovalado de cuerpo entero, un montón de partituras para piano de Mozart. Una noche tiraron césped, una enorme alfombra de césped artificial, verde brillante. Aquella pareja debía de tener un cuarto con suelo de jardín en su casa, tal vez el del bebé que oigo llorar por las mañanas, «vamos, qué haces ahí parado, ayúdame», le dije, y él no podía creerse que de verdad quisiera subirlo a su apartamento. La basura de unos es el puto bosque de otros, pienso descalzándome en la habitación enmoquetada. Casi no cabía en el ascensor, todo ese césped y luego él se pasó una tarde entera de sábado fijándolo al suelo de baldosa con una cola densa que le recomendó el de la droguería. Y ahora no llama. Será por la cojera, dice una voz maligna en mi interior. Me vuelvo, la sombra negra del Gato resbala en la puerta y me mira, de pronto me parece que ha sido él quien ha hablado y estoy a punto de lanzarle la muleta, pero entonces suena el teléfono.

Hungry for your love. Suelto la muleta. Corro como corren las cojas, pegada a la pared, extendiendo los brazos como patas de araña, con el gesto torcido. Es él, es él, Dios, es él. Suena distinto cuando él llama, pienso abalanzándome sobre la mesa, suena a «ya ves, te voy a querer siempre, por mucho que me joda». Me hago daño en el tobillo, pero atrapo el auricular mientras todavía suena, como un oso le arranca la trucha que no deja de retorcerse al agua del río.

—¿Sí?

—Hola, Carol.

Cierro los ojos. Menos mal que has llamado... Las palabras me suben en tromba como un vómito, del estómago a la garganta. Si no se lo digo, si no se lo digo todo estaré perdida. Él no habla, puedo imaginar su metro noventa apoyado contra la pared, la barbilla hundida en el cuello, los ojos cerrados. Debo decirle que yo también estoy hambrienta por su amor, antes de que sea tarde, que él es el jardín, ahora lo sé. Pero me interrumpe.

—No. Carol, no empieces. Escúchame. Sólo llamo para decirte que he puesto en venta la casa. También he dado de baja el teléfono. Van a cortar la línea mañana o pasado

mañana a más tardar. Se acabó. Quiero que lo entiendas y esta es la única forma de conseguirlo que se me ocurre. Lo siento.

Se me escapa una risa nerviosa. No puede ser, no es verdad, replico, intentando sonar despreocupada. No dice nada, su pequeño labio atrofiado tiembla ahora, seguro, y tapa su boca con una mano. No dice nada. Oye, no puedes hacerme algo así. No puedes dejarme sola. ¿Adónde iré? Una catarata de insultos, náuseas de puro miedo, un odio feroz hacia él, que ahora quiere librarse de mí, todo eso siento en unos pocos segundos. ¿Es porque no quedé bien, me dejas por eso, estúpido? Venga ya, yo no te dejé a ti porque tuvieras la boca deforme, aprendí a controlar el asco cada vez que me besabas y mira de qué me ha servido. El último cabrón quedó hecho polvo en el asiento del conductor, con el volante clavado en el estómago, pero yo me salvé. Tuve suerte, a pesar de lo de la pierna estoy aquí, hablando contigo aunque no quieras, cuidando de tu puto gato mientras tú me dices que vendes la casa y que quieres deshacerte de mí...

Hablo sola, digo todo lo que se me ocurre, nunca vas a encontrar a otra como yo, chaval, le oigo respirar con fuerza al otro lado. Van Morrison ha dejado de cantar. Después de un rato yo tampoco encuentro nada nuevo que añadir. Me callo. Empiezo a llorar. Me duele la pierna, le digo, me duele mucho. Él suspira.

—Carol, no lo hagas más difícil. Tengo que seguir adelante y me resulta insoportable pensar en volver allí. No puedo vivir en esa casa, no puedo continuar llamándote cada vez que te echo de menos. No es por la pierna, Carol, es que no quieres entenderlo. Cada vez que voy a darle de comer a Jim es como si fuera a encontrarte de pronto, saliendo de la ducha o en la habitación, tumbada en la cama con la persiana bajada a mediodía. Yo nunca te habría abandonado, aunque te hubieras quedado sin las dos piernas, sin brazos en el accidente seguiría contigo, pero no hubo nada que hacer, cuando llegué ya era tarde, Carol, ya te habían tapado con una manta. Vi tus zapatos, tu bolso. Tu pelo. No estás ahí, Carol, no estoy hablando contigo. Yo sólo marco el número, una y otra vez, llamo siempre aunque no quiera pero no estás, no me coges el teléfono. Soy yo quien quiere que estés, lo entiendes...

Solloza como un crío, oh, Dios, no, esto sí que no, digo mientras pienso que los hombres resultan especialmente ridículos cuando lloran y cuando se corren. Cuelgo el auricular como el verdugo que no quiere oír hablar de indultos a última hora. Me niego a

seguir oyendo sus gimoteos. Ya no cojeo cuando me acerco al tocadiscos y vuelvo a poner la aguja en su sitio.

Superwind

EN LOS ÚLTIMOS MESES, Superwind piensa a menudo en abandonar la ciudad y marcharse a un pequeño pueblo de la costa para empezar de cero. Lo piensa casi todos los días, cuando se hacen las once en el reloj de la cocina y vuelve a encontrarse allí, sentado en una silla con sus mallas de licra y su capa verde, ante la tercera o cuarta taza de caldo de alcachofas de la mañana, sin noticias de la central de superhéroes. Superwind ha engordado bastante, se siente hinchado como un globo y las costuras del traje se le clavan en las ingles, así que no le resulta nada agradable esperar el aviso de una misión durante horas, con ese ridículo disfraz puesto. Superwind mira la letra que le cruza el pecho, una uve doble cada vez menos dorada que parece encogerse con cada lavado, como si se avergonzara de estar impresa en el pecho fofu de un fracasado. Superwind suspira hondo y entonces se le escapa un sonoro pedo que retumba en las paredes y se queda suspendido en el aire como una estela verde de gas. Superwind se acerca la taza de caldo a los labios y contempla con melancolía la nube de energía fétida que acaba por diluirse y desaparecer en unos segundos. Se dice que él nunca ha sido un superhéroe de primera, pero los últimos tiempos están resultando especialmente duros. Nadie parece necesitar a un tipo cuyo único superpoder es lanzar ventosidades huracanadas, capaces de narcotizar a un elefante furioso huido del zoo, o de trazar en el horizonte frases publicitarias durante unos segundos. Y a veces ni aun eso, reconoce en un murmullo Superwind, poniéndose en pie y caminando hasta la ventana porque le golpea el recuerdo de la última casa comercial que lo fichó, una empresa de látex que se negó a pagarle cuando no fue capaz de escribir en el cielo aquel ridículo eslogan las veinte veces diarias exigidas por contrato. Condone Tropicana, noches de gozo sin pozo, a quién se le ocurre. Era una frase demasiado larga, trata de consolarse Superwind, que revive con un escalofrío la fatiga y la impotencia de aquella misión, la sensación de derrota y las agujetas en el bajo vientre con las que regresó a su apartamento,

capibajo y triste, confiando en que Stargirl estuviera todavía en casa para poder contarle lo perdido que se sentía.

Pero su chica había decidido largarse esa misma mañana, aprovechando su ausencia. Superwind encontró una nota salpicada de purpurina plateada en el buzón, junto a las llaves. Me ha salido un bolo en el Parque Warner. Necesito nuevos aires, tú ya me entiendes. Adiós. Superwind estuvo mucho rato gimoteando como un tonto en el patio, apoyado en la pared, tratando de releer a través de sus enormes lagrimones la despedida irónica de su novia, mientras las vecinas que volvían de la compra pasaban junto a él protestando y tapándose la nariz con los dedos. Porque es un hecho, tengo problemas, admite ahora Superwind, hace tiempo que no controlo mi don, se me escapa por completo y es él quien me posee a mí. En verdad, la melancolía es un estado de ánimo flatulento y Stargirl llevaba tiempo quejándose de la atmósfera cargada de metano que se respiraba en cada habitación del minipiso cuyo alquiler apenas alcanzaban a pagar entre los dos. Superwind sabía que ella esperaba algo mejor de la vida, misiones importantes que le permitieran lucir sus largas piernas de corista de music hall y calzarse sus sandalias aladas de color plata. En los buenos tiempos, cuando tampoco tenían demasiado trabajo pero compartían sueños y colchón, Stargirl solía mirarse desnuda en el espejo del dormitorio antes de acostarse, y acariciaba sus pezones en forma de estrella de aluminio mientras fantaseaba en voz alta con el cómic que un dibujante famoso escribiría para inmortalizar sus aventuras. Esperaba ansiosa que el mundo se rindiera por fin a la grandeza de su superpoder, e incluso había guionizado aquel momento: una noche fallarán todos los suministros eléctricos de la ciudad y sus aterrados habitantes, sumidos en la oscuridad más profunda, abandonarán los coches y los vagones de metro varados, correrán enloquecidos de un lado a otro, envueltos en las tinieblas. Los delincuentes aprovecharán el caos para romper los escaparates de las tiendas y saquearán todos los comercios de la 72. Habrá niños perdidos, mujeres asustadas, hombres con corbata que pensarán en sus familias, temblando a oscuras, rezando junto a la ventana, esperando su regreso. Entonces alguien levantará la vista y abrirá la boca al verme aparecer junto a los enormes rascacielos, luminosa y sonriente, abriendo los brazos para derramar mis estrellas sobre la ciudad, devolviendo la esperanza a todos esos pobres humanos asustados que empezarán a clamar mi nombre, a gritar a coro Stargirl, Stargirl, Stargirl...

Superwind recuerda con un nudo en la garganta los desvaríos de su ex, la verdad que ellas les concedía, mirando con sus ojos grises de alucinada la imagen de un futuro glorioso que parecía devolverle el espejo. Él la amaba mucho, se había enamorado de ella en la sala de pruebas de poderes de la facultad en cuanto la vio aparecer con su malla de plata, cubierta de estrellitas que se encendían cuando parpadeaba o estiraba los brazos como una bailarina de ballet. Tenía locos a la mitad de los tipos de su promoción, que ocupaban las primeras filas los días de examen, mientras ella, sin dejar de sonreír a su público como una de las falsas sirenas de Esther Williams, ejecutaba con entusiasmo de majorette sus ejercicios en el centro de la pista. Superwind la amaba, pero sabía bien que ella tampoco era una fuera de serie, una superheroína de la categoría de Catwoman, la compañera de curso que solía vagar sonámbula por los tejados del campus envuelta en un perturbador traje de charol negro. Catwoman poseía un oído ultrasónico, la agilidad misteriosa de los felinos, y no tenía inconveniente en plantar cara, como una siamesa enfurecida, a una veintena de delincuentes. Era escurridiza, conocía bien cada callejón de la ciudad y a los maleantes que los habitaban, pero, además, sabía explotar de forma irresistible el enigma de la máscara gatuna que dejaba entrever sus ojos lánguidos y unos labios rojísimos. Por supuesto consiguió graduarse con el número uno de su promoción, y al poco tiempo empezaron a lloverle suculentos contratos como actriz de teleserie y modelo de una primera marca deportiva. Stargirl la odiaba por su fotogenia y sus dotes naturales, y algunas noches se asomaba a la escalera de incendios del apartamento para arrojar llena de rabia una de sus bujías contra el lomo de algún gato callejero que deambulaba por la azotea. A pesar de su simpleza intuía que el poder iridiscente de sus bombillas nunca pasaría de ser un vistoso número de luminotecnia, un bonito espectáculo llevado a cabo por una chica guapa que no tenía nada que ver con las verdaderas hazañas reservadas a seres fabulosos como el Capitán América o Spiderman. O Catwoman.

A través del cristal Superwind ve pasar como una exhalación a Iron Man, empujando con ligereza insultante la cola de un Boeing 747. Recuerda que ha escuchado hace un rato en la radio que un avión fue secuestrado a primera hora de la mañana por dos extremistas islámicos armados de ametralladoras y bombas. Se le escapa otro suspiro, otro pedo flojo. Nunca le han gustado la cara de pocos amigos y los bíceps metalizados de ese fantasma que sigue evitando apocalipsis mundiales cada vez que tiene ocasión, a pesar de que el éxito de ventas de sus memorias, que relataban minuto a minuto cómo logró abortar un

impresionante atentado talibán contra las Torres Gemelas de New York, lo convirtieron en multimillonario y podría haberse retirado de la circulación hace tiempo.

Superwind se aparta del cristal y tose un poco, por culpa de la humareda verdosa que todavía flota en el ambiente. Empieza a preocuparle de dónde sacará el dinero para comprar las latas de sopa de alcachofas que constituyen su dieta básica si la precaria situación se prolonga mucho más, pero justo entonces llaman a la puerta. Alguien golpea con dos tímidos toques en la madera, porque el timbre hace tiempo que no funciona, y Superwind se dispone a abrir, con paso cansino. Al otro lado aparece una mujer pelirroja, vestida con un traje sastre gris un poco anticuado, que ensaya una sonrisa desde antes de que él abra y sujeta entre sus manos una Biblia encuadernada en cuero negro. Superwind mira el bolsón de cuadros que la vendedora a domicilio ha dejado a sus pies y se pregunta cómo una chica tan flaca puede cargar con él de un lado para otro. Luego se fija en el rostro de ella, que le resulta vagamente familiar. Su mueca congelada y el desmayo con que deja caer el libro, que hasta hace unos segundos blandía como si fuera un escudo protector que todo el mundo debiera poseer, le indican que la mujer también le ha reconocido. Ella balbucea un saludo nerviosa, y tras el tímido hola se le escapa un formidable eructo que hace eco en el rellano.

—¡Stormlady! No puedo creerlo, cuánto tiempo... Pero no te quedes ahí, pasa, pasa exclama con una falsa euforia Superwind, encogiendo el estómago con disimulo y haciéndose a un lado para dejarla entrar, mientras por dentro reza para que el piso esté medianamente ventilado.

Los Zapatos de Margot

BAJÉ DEL TAXI con la sensación de que el cielo plomizo de la mañana caía sobre mis hombros, como un manto de mercurio. Eran cerca de las ocho y mientras pagaba al taxista calculé que aún tenía tiempo de darme una ducha y cambiarme de ropa, pero no podía entretenerme demasiado. El tráfico estaría imposible en el centro y si me descuidaba tardaría en llegar al apartamento de Elsa para recoger su vestido de novia. Habíamos decidido enterrarla con él, mejor dicho, lo habían decidido Jaime, su doliente novio, y mi madre, que sólo abandonó el sueño narcótico de los calmantes unos segundos para apoyar la moción de su yerno, el cirujano, y descartar el dos piezas oscuro que yo había comprado en Zara el día anterior. *Tu hermana no se hubiera puesto en la vida ese traje de dependienta de boutique de barrio*, hija, me espetó con amargura. Luego pidió otra pastilla y yo se la di. Sinceramente, prefería que estuviera dormida la mayor parte del tiempo, pero me contuve, no le dije que

Elsa ya no podía opinar acerca de cuestiones de vestuario y le aseguré que yo me encargaría de todo. Te irás de aquí blanca y radiante, novia cadáver, pensé al salir del ascensor, mientras buscaba el manojito de llaves en el bolso, con dedos lentos, admirándola porque siempre, incluso después de muerta, conseguía manejarme como a una marioneta que corría de un lado a otro de la ciudad, ocupándose de sus recados.

Luis seguía acostado en el sofá del salón. Miraba revistas, tumbado entre un montón de cojines revueltos como un convaleciente de gripe. Había un vaso vacío y una botella de whisky sobre la mesita baja. Junto al sofá estaba la bolsa de viaje que había preparado para llevarse al congreso de obstetricia. No nos saludamos. Tenía un aspecto terrible. El compañero que le cosió la cara nos había dicho que la hinchazón tardaría aún unos días en

desaparecer. Levantó la vista. Sus ojos eran lo peor de todo, como si estuvieran empañados en enfocar puntos distintos, como si desde el centro de su rostro hubiera dos seres diferentes mirándote. El párpado izquierdo, tumefacto por el golpe contra el cristal delantero, parecía el de un monstruo, medio hundido sobre la pupila húmeda todo el tiempo, como a punto de echarse a llorar de dolor a cada instante. El otro conservaba el iris gri- sáceo de siempre, su forma de almendra, la hermosa ceja rubia de mujer cubriéndolo.

No quiero que estés aquí cuando vuelva, le solté desde la puerta de la habitación. No dijo nada, ni yo esperé a que lo hiciera. Necesitaba meterme cuanto antes bajo el chorro de agua caliente de la ducha.

Me recogí el pelo en una coleta sin mirarme al espejo y busqué entre las perchas el vestido negro que había comprado para el funeral. Un enorme saco oscuro, de manga larga, sin escote, la única prenda que podía permitirse una mujer con la talla 46. Volví a escuchar la voz de Elsa, *Tienes que ponerte a régimen, Margot, cada vez que entras en una habitación da la sensación de que no hay aire para todos*. Y un coro de risas enlatadas, secundando el chiste. Cogí las tijeras de la manicura del estante y arranqué con saña el número 46.

Dejé el coche en el parking del moderno edificio de apartamentos donde mi hermana había vivido los últimos dos años. La consulta de Jaime iba viento en popa y habían decidido mudarse a un chalet de la sierra después de la boda pero quería conservar su piso de soltera. Sonreí, nunca llegué a imaginármela viviendo en el campo, la verdad. Elsa regando los macizos de adelfas rosas. Horneando tartas de limón instantáneas en su cocina espacial. Costaba creer que fuera a dejar pasar su vida leyendo revistas de moda en una tumbona junto a la piscina.

Hubieran cabido dos coches como mi pequeño Peugeot en el hueco que había dejado su deportivo. El Mercedes descapotable color luna llena, su primer ataúd, era un amasijo de hierros empotrado contra la mediana cuando llegaron los de Atestados. Nos dijeron que el hombre que ocupaba el asiento del copiloto salió despedido, pero Elsa quedó atrapada en su asiento. Tuvieron que utilizar una sierra mecánica y tardaron horas en sacarla de allí. Para entonces ya nos habían avisado y Jaime y yo aguardábamos en el arcén a que ella hiciera la que iba a ser su última aparición estelar. Desde una distancia prudencial observé cómo uno de los policías se asomaba al interior del coche y la cogía en brazos con infinito

cuidado, sin duda lamentando la trágica muerte de una tía tan buena. En ese momento parecían los protagonistas de una película americana de catástrofes. La melena ensangrentada cubría el rostro de Elsa con un dramatismo que parecía estudiado. Jaime empezó a sollozar. El agente se inclinó para depositar su cuerpo en la calzada y tuve tiempo de ver, antes de que la cubrieran con una manta dorada, que llevaba una de sus gloriosas minifaldas y estaba descalza. Distinguí los puntos rojo oscuro de las uñas de sus pies. Siempre conducía sin zapatos.

En el recibidor del apartamento aún se percibía el rastro del perfume de Guerlain que solía usar. Un aroma cálido, increíblemente real, que se mezclaba con el ambientador de flores blancas y no parecía el olor de una muerta, sino más bien el de una rubia despeinada que en ese mismo momento estuviera todavía allí, sentándose sobre la cama para calzarse a toda prisa unos stilettos carísimos, elegidos como por azar de entre la colección de más de cien pares ordenados por colores que aguar- daban en su vestidor. A punto de salir de casa, rumbo a un destino desconocido del que no habría informado a nadie, cogiendo el manojito de llaves de la mesita de la entrada al pasar, sacando el brillo labial del bolso para aplicárselo en el ascensor. Dispuesta a apurar sus últimas horas de soltera en compañía de su amante, todo un fin de semana en algún hotel de capital centroeuropea con él, si los dos se apuraban y lograban llegar al aeropuerto. Si ella pisaba a fondo el acelerador y conseguía recuperar la media hora del polvo urgente que los había arrastrado al sofá blanco cuando ya estaban vestidos.

Se habían ido dejando las luces encendidas. El haz rubio de una docena de halógenos innecesarios continuaban iluminando el salón dos días después, cayendo sobre la alfombra y los muebles blancos. Apagué uno a uno los interruptores. Miré las portadas antiguas del *Vogue* que Elsa había mandado enmarcar; chicas con sombreros de plumas y bikinis anticuados y sonrisas frívolas, bellezas congeladas en un verano remoto o un elegante cocktail que seguían colgando de las paredes, como si tal cosa.

Ahora recoge el vestido y vete, me dije al atravesar el pasillo. Sólo tenía que encontrar el traje de novia y salir de su casa cuanto antes. Volver al tanatorio para que los de las pompas pudieran vestirla porque ella estaría esperando, descalza y desnuda dentro de su ataúd, con la expresión absorta de los muertos. En el hospital nos habían entregado una bolsa de plástico transparente con su ropa: una blusa de gasa hecha jirones, la

minifalda negra de vuelo, el delicado sujetador de encaje salpicado de sangre. No llevaba bragas, al parecer. En otra algo más pequeña nos devolvieron sus zapatos de un tono rosa metálico, sorprendentemente nuevos, como si no hubieran sufrido el mismo accidente. Elsa calzaba un 40 largo, pero era tan grácil, tan espigada, que no se advertía. El pie, me decía yo con desaliento, es lo único que ella tiene más grande.

Quizás ya le habrían arreglado el pelo. Una empleada de la funeraria había llegado al tanatorio sobre las siete con un maletín negro de apliques metálicos. La mujer llevaba peinado de muerta, ella también, un moño rígido que parecía capaz de resistir una eternidad en lo alto de su cabeza. Sé lo que habría dicho mi madre, que Elsa nunca hubiera dejado que alguien así le tocara el cabello ni el rostro, pero ahora se estaría muy quieta y la mujer con pinta de monja triste se encargaría de su rostro, que había recibido un fuerte golpe en la frente y el pómulo izquierdo, con fractura de nariz y pérdida de algunos dientes. Es mejor que mantengan cerrado el féretro, para que sus familiares y amigos la recuerden cómo era, aconsejó la maquilladora con su voz inexpresiva tras estudiar una foto que Jaime sacó de la cartera, voy a intentar prepararla lo mejor posible, pero les advierto que tiene un traumatismo muy severo. La muerte es especialmente cruel en algunos casos.

Atravesé el dormitorio, camino del vestidor. Siempre pensé que Elsa había logrado crear una réplica exacta de sí misma en esa habitación tan blanca, tan de mañana de domingo de invierno. Podía verla en cada detalle, en la borla de flecos plateados que adornaba el tirador del armario, en el tocador de Laura Ashley y su espejo ovalado, en el grosella de las cortinas que una leve brisa agitaba junto al balcón abierto. Vi sus zapatillas rosas de tacón, un barullo de sábanas al pie de la cama y vi a Elsa, perezosa y sensual, descalza y desnuda sobre el colchón. No pensaba detenerme, *coge el vestido y sal de aquí*, pero sobre la mesilla había una cesta de plástico, llena de fresas, y no pude evitar acercarme. Fresas gigantes de El Corte Inglés, una docena de fresas esplendorosas, fuera de temporada, que alguien había colocado cuidadosamente en el interior de una cestita de cartón para que formaran una pirámide. Sorprendentemente incorruptas. Las miré como si fueran un montón de corazones infantiles listos para ser devorados, pero no me atreví a tocarlas.

Suspiré. Me senté en el colchón y mis pies tropezaron con algo. Una botella de champán, de vidrio rosado. Vacía. Champán rosa, claro, pensé, del que beben en las

comedias románticas de los años 40 las parejas que se citan en el último piso del Empire State. Junto a la cama, pegadas a la cabecera como dos modelos esbeltas y ariscas, había también dos copas de cristal tallado, recordándome que yo no había sido invitada a esa fiesta, que me estaba colando allí sin permiso. De repente me sentí al borde de las náuseas, como si hubiera encontrado un par de bragas ajenas entre mis sábanas. *Coge el jodido traje y lárgate*, me ordené en voz baja.

Me levanté, dispuesta a obedecer. Caminé hacia la puerta corredera del fondo, que había quedado entreabierta. Cuando se mudó al apartamento mi hermana había decidido convertir la habitación anexa al dormitorio en su vestidor. Un cuarto pintado de lila y con el suelo forrado de moqueta blanca donde, yo lo sabía, habría guardado su vestido, desoyendo el consejo de la modista. Madame Chantal le había sugerido conservarlo en su taller, por si acaso perdía algo de peso por culpa de los nervios en las semanas previas a la boda, *les pasa a muchas novias, chérie*.

Elsa había insistido tanto que al final me escuché decir que sí, que claro que la acompañaría a la última prueba. Madame Chantal en persona nos abrió la puerta de su atelier, besuqueó el aire que rodeaba las mejillas de ambas y nos condujo a través de un largo corredor pintado de color oro. El pasillo desembocaba después de mucho rato en la habitación donde sus ayudantes vestían a las novias. Media docena de muchachas idénticas, peinadas con moño bajo y un traje negro tieso de almidón, abotonado desde el cuello hasta el final de la falda, se giraron y nos sonrieron al mismo tiempo. Nada más entrar en aquella sala forrada de espejos, Elsa levantó sus interminables brazos de bailarina, como desperezándose, y se despojó de su ligero vestido blanco de cachemir, mientras una de las costureras se adelantaba ya a recogerlo, diligente como una doncella medieval, antes de que rozara el suelo. En ropa interior y calzando aún sus botas negras de tacón alto, mi hermana había caminado hacia el centro de la estancia, consciente de que todo el mundo la estaba mirando. Yo también. No podía apartar los ojos de la esbelta horquilla de vértebras transparentándose a través de la espalda satinada, de su lustrosa melena de caballo, de las piernas cubiertas por las medias de liga rosa tenue y las impolutas bragas blancas, tan pequeñas. En aquella sala de los espejos que repetía su delgadez y su elegante manera de exhibirse yo me sentí demasiado grande en comparación, obscena por culpa de un cuerpo que no había dejado de expandirse en todas direcciones desde que cumplí los quince años. Con un horror creciente comprobé que incluso los

rasgos de mi cara cambiaban, esculpiendo la cara de otra mujer, de boca caballuna y ojos demasiado grandes. En los tiempos del instituto, Elsa me observaba divertida a través del espejo del baño mientras nos arreglábamos el pelo para salir, deleitándose en el contraste de nuestros rostros: el mío trágico, desolado permanentemente ante aquella transformación que experimentaba día a día; el suyo delicado y gatuno, cada vez más bello.

No, no había consuelo posible. No me servía pensar que Elsa calzaba un número más que yo. Qué importaba eso, pensé, cuando la vi rechazar la ayuda de la muchacha que esperaba al pie del taburete, tomando impulso y subiendo ella sola a la banqueta, mientras el coro de mujeres enlutadas la rodeaban con sus acericos, y comenzaban a envolver su cuerpo en un capullo de tul blanco roto.

Allá en lo alto, sonreía como una condesa rodeada de sus lustrosos gatos negros, y de vez en cuando buscaba mis ojos a través de los espejos. En un momento dado le indicó a madame Chantal que se acercara y le susurró algo al oído. Vi a aquella mujer gorda y perfumada asentir con una enorme sonrisa y dirigirse a mí, moviendo su cuerpo orondo con tanta viveza que las perlas oscuras de su collar aletearon, igual que una bandada de patos asustados. *Acompáñeme, querida, usted también debe estar hermosa el gran día, su hermana quiere que probemos con gasa china de un tono verde botella. Tiene un gusto excelente, seguro que ese es su color..*

No, no lo era, pero no dije nada. Me dejé arrastrar a una sala contigua, desprovista de espejos, donde una aprendiz enfurruñada me tomó las medidas y desplegó ante mí un enorme cilindro de tela verde, con evidente desgana, como si no le pareciera justo que me hicieran un vestido con ella. Fue así como me convertí en una enorme espinaca de pechos amorfos. *Per fec ta*, silabeó Elsa cuando se asomó a verme, con un brillo triunfal en sus ojos, *ya sólo te faltan los zapatos*.

Fue ella quien me convenció para entrar en aquella tienda del centro con suelos de mármol. Me señaló los escaarpines de la vitrina. *Perfectos*, dijo, haciendo que la palabra sonara como si le hubieran puesto cursivas. Y yo asentí como una mema, a pesar de que no tenía nada que ver con esos zapatos dorados, de tacón nueve centímetros, talón al descubierto y puntera estrecha que parecían mirarme acusadores, como un par de aguiluchos hostiles, cuando la dependienta los sacó de su nido de papel de seda para mostrármelos.

Perfecto. La palabra favorita de Elsa. Ya la usaba hace años, cuando éramos adolescentes y me sugirió abreviar mi nombre para que hiciera juego con el suyo, *hay tantas Margaritas... Margot, Margot es perfecto*, y también cuando comenzó a hablarme de Luis, tengo que presentarte a un amigo de Jaime. Es médico, ginecólogo. El pobre no ha podido instalarse aún por cuenta propia y todavía trabaja en el seguro pero es muy mono, un chico perfecto para ti.

Ahí estaba, colgado junto con una sombrerera del postigo de la ventana. Impasible, oculto bajo la funda de satén gris. Me negué a bajar la cremallera para mirarlo, no quería enfrentarme de nuevo a la belleza de Elsa, aun en ausencia de su cuerpo. Hería pensar en ella, en lo alto del taburete, indicando con una sonrisa que el escote en uve debería bajarse todavía un centímetro más. Recordé mis pasos torpes en la zapatería, las dos veces que tropecé y estuve a punto de caer de bruces antes de llegar al espejo de pie en el que me vi más gorda y fea que nunca, subida en esas chinelas que no eran para mí, pero que compré sin rechistar, porque Elsa pronunció la palabra mágica.

Per fec tas.

Descolgué la funda y cargué en brazos el vestido y la sombrerera con las iniciales de Madame Chantal donde imaginé que estarían guardados el velo de tul y la tiara. No me detuve a buscar la caja blanca con las sandalias de tiras color marfil de Manolo Blahnik que Elsa había comprado en Serrano. Al abrir la puerta del ascensor sentí la vibración del móvil, dentro del bolsillo de mi abrigo. Era mi madre, con la voz aletargada por el sueño. Me hizo unas cuantas preguntas inconexas, que intenté contestar con el auricular pegado a la barbilla, mientras colocaba el traje de novia apoyado en el respaldo del asiento de atrás, como si fuera un pasajero. *Sí, mami, ahora mismo subo para allá, con el vestido. Claro, pasaré a buscarte después, no te preocupes. Sí, sí, mañana mismo me encargo de cerrar las cuentas del banco y de avisar a la asistenta para que venga a hacer una limpieza general al apartamento. No llores, mami. Yo misma voy a vestirla, no es necesario que pases tú ese mal rato. Elsa va a ser la novia más guapa de todas. Estará perfecta, como siempre. Descansa un poco, anda.*

Me senté al volante. Eché un vistazo al reloj y le di la vuelta a la llave de contacto. Debía apresurarme si quería pasar por casa y recoger del altillo del armario los zapatos dorados que Elsa hubiera querido que estrenara, el día de su boda.

Sesentamil

FLASFLAS. ASÍ HACEN MIS PESTAÑAS de pobre tullido cuando se cargan a alguien, flasflas. Flas, una vez, lenta, que localiza en el espacio a la víctima como un radar, y luego otra, otro flas, el definitivo, el que en cuestión de segundos deja sin aire a la persona o animal que he decidido quitar de en medio. Porque a veces me pasa. Sé que no está bien pero matar es tan fácil para mí, tan sencillo que puedo hacerlo desde aquí mismo, acostado en la cama de matrimonio de mis difuntos padres, y se ha convertido en un auténtico vicio. Escucho un maullido agónico a través del patio de luces, luego un ruido seco. El gato era negro, una pequeña pantera de pelo lustroso y ojos hostiles que me espiaba a veces en el balcón de enfrente, medio camuflado entre dos tiestos de geranios rojos. Los dos nos espiábamos, a decir verdad, como viejos enemigos que hubieran dejado de jugar al ajedrez tiempo atrás por un malentendido y todavía se guardaran un incomprensible resentimiento. Jaque, me digo, cerrando los ojos para imaginar la figura de un rey negro caído sobre el tablero.

Entonces mi hermana entra en el cuarto. Flas. Lucila no le presta mucha atención al grito agudo de doña Águeda, ni al revuelo de vecinas que han corrido hasta la ventana para enterarse de qué ha sido exactamente lo que ha caído al patio con semejante estrépito, ávidas, animadas, porque hoy es martes y los martes nunca pasa nada, pero es que nada, ni una mala bronca conyugal, nada, en la escalera. Lucila entra, con su paso torpón y deja sobre la mesita de noche el plato de cristal con el vaso de leche que temblequea un poco y la pastilla de las seis. Después se acerca al balcón, baja la persiana verde para borrar del mapa la muerte del gato y me mira, «qué tal está mi niño esta tarde». Ni siquiera le respondo. Hace años que ni me molesto en girar la cabeza hacia el otro lado cuando ella me llama mi niño, para qué, si igual seguirá haciéndolo día tras día, cuando entre a la habitación a las seis menos cinco arrastrando los pies, cada vez más encogida, con el cabello

más cano, mi niño, mi niño, un niño de cuarenta y muchos que lleva pañales y tiene llenas de pelos las piernas que ella enjabona con una esponja antes de apagar la luz de la lámpara a las nueve y media de la noche y salir de puntillas, con la palangana en la mano. Flas. Sólo uno, quién cuidará de mí, si ella falta.

Lucila es feliz así, ella que nunca tuvo suerte con sus novios por apocada, que volvía casi siempre de las verbenas con las medias caídas y llorando porque el cabo que le gustaba había sacado a bailar a alguna de sus amigas, se conforma conmigo, un muñeco, un pepón que sólo mueve los ojos, ya ni el cuello, sólo los ojos, flas, irritado si una mujer grita demasiado al llamar a sus hijos porque la cena se enfría, flasflas si no controla el tono de su voz la segunda vez, mueren tantas vecinas del barrio últimamente, amas de casa prematuramente convertidas en mujeres de mediana edad que dejan hijos y viudos de esos que no saben ni poner una lavadora, qué lástima, caen fulminadas en el suelo de la cocina sosteniendo un tenedor manchado de huevo entre las manos, con un avemaríapurísima perdido en el interior de sus ojos estrellados. Flasflas, a veces los niños más pequeños, bebés que imagino vestidos con pijamitas de colores pastel y que tanto las añoran también se marchan pronto, sueltan el chupete en plena rabieta desesperada y su llanto se interrumpe, se para en seco. El viudo y los hijos más mayores se vuelven silenciosos de pronto, tanta desgracia en tan poco tiempo, y aprenden a salvar la vida mirando las instrucciones que indican cómo debe ponerse una colada de ropa violentamente sucia, cómo se cocinan unos garbanzos. Flas. Sólo uno, no me ensaño con los pacíficos, con los resignados. Con los mansos de corazón, como mi hermana Lucila, que recogió con gesto dócil las dos urnas de metal que contenían los restos de nuestros padres en la funeraria, también los míos, a la salida del hospital, tras el accidente de coche. Me meo encima de rabia muchas veces, cuando recuerdo todo lo que dejé de ser aquel domingo, mientras volvíamos del pueblo, yo medio achispado por el pacharán que había bebido en el bar a la hora del café, sin tener ni idea, sin sospechar que tras la cabezada en el asiento trasero del Seat 124 sólo me esperaba una cama de viejos vigilada por un crucifijo, la esponja rasposa, una pastilla amarga a las seis de cada tarde y un vecindario gritón al que con el tiempo y mi odio infinito aprendería a exterminar.

Flasflas. Doña Águeda llora a través de las rendijas, gritando el nombre de su gato. Al parecer, se llamaba Silvestre. Lucila da vueltas a la cucharilla dentro del vaso de leche. Me lo acerca a los labios para que beba, doy un sorbo. Con una sonrisa boba en su cara de

pan pone la pastilla blanca en la punta de su dedo índice. Saco la lengua, capturo la cápsula como una iguana. Lucila se ríe, «ay, mi niño, cuánto quiero yo a mi niño». Y empieza a parlotear mientras ahueca la almohada y me arregla la solapa torcida del pijama. No del tiempo o del precio de las peras conferencia, como todos los días. Hoy me dice que me quiere tanto que al final, tras mucho pensarlo, se ha decidido. «Sí, mi niño, sí, que una va cumpliendo años y cualquier día tiene un susto, la gente ahora nos morimos cada vez más jóvenes, son las antenas de las compañías de teléfonos móviles y los ordenadores, que sueltan ondas malas y nos pudren por dentro, dicen en el mercado. Yo sólo sé que mira la pobre Dorita, del 15, o Teresa, ni los 45 habían cumplido... Hace meses que lo vengo rumiando, no quiero que me pase algo y tú te me quedes solito, no señor. Así que nada, me he hecho un seguro de vida, para que no te falte de nada y te atiendan bien si yo no estoy, Dios no lo quiera. 60000 euros, nada menos, 60.000 euros vale tu hermana, eso cobrarías del banco, mi niño, así que te vendrían a cuidar dos enfermeras guapas, una rubia y una morena, como al mismo rey de España, te iban a llevar en palmitas. Pero no estés triste, mi bien, que a la Lucila aún le quedan muchos días de estar contigo, es sólo por si acaso, sabes, no te me pongas mocho, no me vayas a llorar, no hagas eso con los ojitos, anda, que me da mucho duelo».

Lucila se recuesta para darme un beso en la frente. Puedo sentir en el cuello el roce de sus pechos un poco amorfos, a través del armazón rígido de su sostén de color carne. Algunas mañanas viene a la habitación con la blusa a medio abotonar o la bata abierta. «Mi niño, no mires, que no está bien», pero yo no aparto los ojos de la florecita diminuta de tela que adorna su sujetador, una especie de trébol de tres hojas. «Luego vengo, mi niño, que ahora ponen la novela». Y Lucila sale de mi campo de visión, se aleja y cierra la puerta tras de sí. La oigo canturrear «Aquellos ojos verdes» por el pasillo, hasta que su voz se apaga a lo lejos.

Flas, me digo, doña Águeda no deja de llorar, le hacía tanta compañía su gato.

Este libro se terminó de imprimir el 10 de febrero de 2010, aniversario de la fiesta de 1917 en la que el zar Nicolás II regaló a su esposa la zarina Alejandra una pareja de gatos azul ruso llamados Kniaz Oleg y Dama Petrovna.



Blu di Russia

Patricia Esteban Erlés

*-Erano blu,- disse il bambino nero - Blu come due caraffe che sbattono
il fischio del treno, il freddo. Dove saranno i miei occhi blu? Chi mi ridarà i miei occhi blu?*

Ana María Matute

Gli specchi non son più silenziosi

Jorge Luis Borges

Kryptonite

Ci sono cose che nascondiamo soltanto perché far sì che si notino

MONTAIGNE

ALCUNI ANNI FA HO COMPRATO SU INTERNET un frammento di kryptonite. Prima di ciò che successe al mio gatto Carygrant, quella pietra che avrebbe dovuto presumibilmente venire da Krypton stava sempre nello stesso posto nel mio cassetto delle mutande e bastava che l'aprissi per vederla, appoggiata nell'angolo a sinistra, lì, proprio nella busta di carta dove ho l'abitudine di mettere ogni sabato la paga settimanale del Super. A volte, soprattutto se avevo avuto una giornataccia al lavoro, mi piaceva entrare nella mia camera da letto, fermarmi davanti allo specchio del comò con la camicia dell'uniforme semi-aperta, aprire il cassetto e cercarla a tentoni. Mi piaceva sentire il suo freddo minerale tra le dita, sfiorarmi con quella i lobi delle orecchie e la gola, mentre il povero Carygrant, disteso sopra il letto, spiava il mio riflesso nello stagno corrosivo, come uno sposo paziente.

E come ho fatto a scoprire che esisteva la Kryptonite? Beh, nel modo più stupido e americano che uno possa immaginare, a dire il vero. Un sabato sera, seduta nella penombra di un internet caffè del mio quartiere, circondata da amanti della pornografia infantile e dei videogiochi selvaggi, ho trovato per caso Kriptonya, la pagina web di due geologi nerd dell'Università di Wichita, nel Wisconsin, che si chiamavano Parker Lewinston e Cole J. Bowles. La rete diceva che quella coppia di trentenni con i capelli color paglia che adesso mostravano senza pudore i loro denti sporgenti mentre sorridevano alla telecamera, abbracciandosi come vecchi amici di scuola, con la stessa espressione radiosa di chi è riuscito a diventare ricco a un'età ragionevolmente giovane, avevano ricevuto una borsa di studio statale per finanziare il loro viaggio nell'Europa dell'est e portare a termine uno scavo sperimentale nella zona meridionale di un piccolo paese a cui era stato cambiato il

nome dopo l'ultima guerra. È quasi certo che Lewinston e Bowles erano gli uomini più felici del mondo durante la loro spedizione, perché il quel luogo recondito i focolai dei bombardamenti facevano ancora fumo e soltanto le finestre vuote delle fattorie disabitate che si lasciavano alle spalle sembravano guardarli con aria da . Lewinston e Bowles, abituati a nutrirsi di sandwich di tacchino e solitudine di laboratorio, non sentirono la mancanza la loro quasi totale assenza di contatto con altri essere umani durante quel periodo che passarono facendo scoppiare dinamite come due nibelunghi inquieti. Macché. Si parlavano a malapena e non sembrava nemmeno impressionarli un gran ché quel paesaggio spettrale dove ogni tanto trovavano qualche scheletro di animale, un pezzo di una gamba di bambino, con i lacci degli stivali ancora perfettamente annodati, all'entrata di un paesino annerito dal fuoco.

Per alcuni mesi, Lewinston e Bowles avevano continuato a fare carotaggi dappertutto senza fermarsi, finché non si imbattono in un piccolo pozzo abbandonato da prima della guerra. In quell'occasione non fu necessario l'uso della forza. Come una donna morta lungo il cammino per via della fame e dell'orrore perpetrati, quella miniera si aprì a loro senza opporre resistenza e lasciò che quelli percorressero molte delle sue gallerie sotterranee e scoprissero le sue pareti ricoperte di un cristallo semi-opaco, sorprendentemente simile per il suo colore verdognolo e, come accertarono in seguito, anche per la sua composizione chimica (idrossido di sodio, boro e litio fuso con fluoro) al minerale radioattivo che riusciva a mettere fuori combattimento il povero Superman.

Continuai a leggere. Kriptonya garantiva l'autenticità di ogni pezzetto di pietra estratta da quel giacimento con un certificato firmato da un notaio. Come poter resistere? Io, per lo meno, non ne fui proprio capace, nel momento in cui feci l'errore di dare un'occhiata ai pezzi di kryptonite presenti nel catalogo. Ce n'erano di ogni misura e forma, una varietà infinita di minerali del colore verde occhio di pantera. Alla fine, mezza stordita dalla luce fredda che emanavano, decisi di comprare un piccolo ciottolo, un frammento rotondo e un po' più scuro del normale, che era l'unico che avesse un prezzo che potevo permettermi.

Non avrei mai pensato, lo ammetto, che qualcosa di così minuscolo potesse rivelarsi tanto pericoloso. La scienza non lo aveva previsto, infatti il sito di Lewinston e Bowles assicurava che la kryptonite era inoffensiva, totalmente innocua. Non tossica. Dopo averla sottoposta a centinaia di test clinici, i suoi scopritori avevano dichiarato che si trattava di un composto e che non conteneva nemmeno un atomo radioattivo; sì, era duro come il diamante, ma era perfettamente inutile se non fosse stato per la sua torbida bellezza. Credo

che a molti di noi ex bambini degli anni settanta che ai quei tempi ci eravamo recati in massa al cinema con impermeabili e passamontagna, e avevamo visto Superman soffrire di una bruttissima colica renale quando quei tre malviventi, che viaggiavano su di un prisma romboidale lungo tutta la galassia, avvicinarono al suo viso una pietruzza made in Krypton, non ci importò che la kryptonite vera fosse tanto inutile come il culo di una bottiglia. Infatti, a me Superman pareva irresistibile senza la banana ingellata sulla fronte, quando sentiva che tutti i suoi superpoteri evaporavano come magia attraverso il tessuto interstellare della sua calzamaglia blu senza poter far nulla per evitarlo; quando, perplesso, si guardava guardava le dita, perché per la prima volta in vita sua stava perdendo sangue dal naso, un sangue color caffè americano, dopo essere stato colpito selvaggiamente da un camionista in un autogrill; quando, infine, guardava disperato Louis Lane disteso a terra, come se la pregasse di non abbandonarlo in quel tugurio, anche se aveva una brutta cera, con quegli occhiali storti da miope e la camicia a quadri abbottonata fino al colletto. Non lo so. Credo che in fondo in fondo mi piacesse sapere che un tipo tanto straordinario come Superman potesse trovarsi nei guai per colpa di qualcosa in apparenza insignificante. La pietra di Krypton era un mistero dalle dimensioni ridotte e da portata galattica. Per questo, credo, buttai trecento klanhams e pagai con la carta di credito il mio pezzetto di kryptonite, perché credevo in lei e nei suoi poteri segreti, qualsiasi cosa ne dicessero quei due imbecilli di Lewinston e Bowles. Ricordo ancora l'emozione che provai la mattina in cui il postino suonò il campanello e mi tirò giù dal letto per consegnarmi un pacchetto di cartone, confezionato con cura e cento volte più grande del tesoro che conteneva. Era come se all'improvviso mi fosse arrivato per posta il manuale d'istruzioni per la donna fatale perfetta, e fossi libera di decidere se farne uso o meno. In quel momento decisi di conservare il mio pezzo di kryptonite nel cassetto delle mutande, e di non mostrarla mai a nessuno, nasconderla come si tace su con alcuni adulteri prolungati tra vicini di pianerottolo o sulla strana e sbagliata ossessione per l'intimo di un rispettabile padre di famiglia.

Niente di ciò che accadde in seguito era ancora successo e io a volte fantasticavo, mi immaginavo che la puttana della signora Curski si degnasse finalmente di pagarmi gli straordinari del Natale scorso, così avrei portato la mia kryptonite al bazar di cianfrusaglie e ciabattine appuntite della Calle Dos e avrei chiesto al proprietario, un pachistano enorme e silenzioso con le mani color Stradivarius, che la incastonasse in un pendente di argento scuro, quasi nero. Ma la verità è che non non arrivai mai a farlo, proprio come non riuscii

mai a smettere di mangiarmi le unghie, per quanto ci abbia provato. Dopo un po' finisco sempre per abituarci al sapore di zolfo e al fetore dei rimedi che mi consiglia la bionda signorina Plenfes della farmacia che fa angolo con la Calle Lenin. Continua a mangiarmi le unghie, nonostante l'ululato di dolore quando lavo i piatti e la grande vergogna di mostrare le mani. Guardo le mie dita in carne viva e scelgo di nasconderle nelle tasche della giacca. Mi rassegno, come infine faceva anche la puttana della Curski quando borbottando accettava di aprire la cassaforte dell'ufficio e saldava il suo debito con un mucchio di banconote sudicie. In quel momento avevo già bisogno di investirli in un paio di calze, una bolletta dell'acqua in ritardo o in una confezione di shampoo speciale per gatti albini. Anche così, nonostante le mie promesse non mantenute, la mia piccola kryptonite mi dava gioia ogni volta che tornavo a casa e mi piaceva il semplice fatto di possederla proprio come quando attraversavo scalza le piastrelle fredde del corridoio con Carygrant che mi passava tra le gambe, o mangiare a cucchiariate una vaschetta di gelato alla banana e noci rubata verso sera nel negozio della strega Curski, mentre sedevo al buio sul divano davanti al vecchio televisore in bianco e nero, con la zebratura di una film muto che mi dipingeva il viso.

Sì, ora lo so. Eravamo felici così, la mia kryptonite, il mio gatto bianco Carygrant e io, o almeno lo siamo stati finché un venerdì, quasi all'ora del cambio del turno, Il Grandissimo Figlio di Puttana spuntò alla fine di una lunga coda al supermercato, con il suo passo lento, i suoi capelli rossi e le sue ciglia bruciate. Aveva addosso una vecchissima maglietta grigia che, non so come, mi ricordava un polmone malato, e nella mano teneva un pomodoro di un rosso acceso. Uno soltanto. Quando arrivò vicino alla cassa, frugò nella tasca dei pantaloni, finché non trovò una moneta rossa come lui, e la lasciò sul bancone. Guardai le sue unghie mangiucchiate, le sue dita ossute da musicista malnutrito. E per la prima volta ignorai il regolamento che ci obbligava a far pagare le borse di carta ai clienti che spendevano meno di sei klanhams e gliene porsi una perché ci mettesse dentro il suo pomodoro.

Come c'era da aspettarsi, Il Grandissimo Figlio di Puttana apprezzò il gesto e tornò molte altre volte al supermercato a fare i suoi mono-acquisti. A volte prendeva una mela reginetta, altre un pacco di spaghetti o una lattina della birra più economica. Quando gli consegnavo la borsa di carta, le nostre mani si sfioravano, come le teste di due uccelli di pezza. Per quello che potevo osservare, egli continuava a colmare le carenze alimentari della sua dieta mangiandosi le unghie. I momenti in cui le nostre dita si toccavano erano

ogni volta più lunghi e sentì che il pavimento sotto i miei piedi diventava molle la sera in cui lui puntò i suoi occhi denutriti sulla pettorina della mia camicia e lesse il nome sulla targhetta di plastica, *Signorina Mascu*, come se avesse voluto mangiarsela prima di salutare sussurrando un *grazie ancora*.

Devo descrivere quel che successe dopo? Bè, spero di no, perché, dire il vero, non saprei farlo. Ne conservo soltanto alcune immagini appena accennate: lo stesso tizio smilzo, appoggiato a un'auto nera all'ora di chiusura del supermercato un giorno infrasettimanale, non di venerdì, niente pomodoro, niente mela questa volta, ma con un mezzo sorriso di denti macchiati dal fumo che sporgevano orribilmente dalle sue labbra. Rimasi sorpresa quando capii che era me che stava aspettando, mentre una voce da dentro il mio stomaco malediceva l'aspetto che avevo quella sera, con la coda mezza sfatta e l'uniforme piena di macchie di frutta. Una via ombreggiata e lo scricchiolio da vinile che accompagnava i nostri passi quando cominciammo a camminare senza che nessuno dei due sapesse dove stavamo andando. E dopo una piccola ellissi, due paia di piedi che sporgevano dal bordo delle lenzuola, lontani dal sentiero di sabot sparse, mutandine, jeans, una gonna di tessuto sintetico, delle converse sporche e la maglietta grigio cancro ai polmoni che avevamo lasciato sparsi sul pavimento della mia camera. Io e lui con gli occhi puntati sui nostri piedi, come se stessimo attendendo che ci raccontassero un'altra versione dei fatti. E di sottofondo, il suono penoso degli artigli di Carygrant che graffiava il legno della porta dall'altra parte, senza capire molto bene che cosa gli avesse fatto trascorrere una notte (la prima di settantadue, in verità) fuori dal mio letto.

Povero Carygrant, era capitato nella mia vita dal nulla, così radiosamente bianco come uno smoking di gala durante una cena sulla Costa Azzurra. Quella sera, non passava nessuna macchina e nessuno camminava sul marciapiede, forse perché fino a poco tempo prima aveva piovuto. Io mi ero appena trasferita nell'appartamento della portineria del numero 33 della Calle Progrom, e stavo rincasando dal supermercato dopo un interminabile inventario. Per la stanchezza presi la strada sbagliata. Per alcuni secondi mi sentii come se degli alieni burloni mi avessero abbandonato in un quartiere fantasma, con gli occhi bendati e zero centesimi di senso dell'orientamento nelle tasche. C'erano soltanto cassonetti dell'immondizia neri rovesciati a terra e scatoloni simili a lapidi di un film espressionista da tutte le parti. Ero sul punto di girare i tacchi quando lo vidi, nel mezzo della carreggiata, bianco come un bicchiere di latte, e circondato da pozzanghere immobili nelle quali si immergevano cieli silenziosi e pezzi di nubi. Un gatto fantasma che mi

guardava con quella fierezza da antieroe che aspetta una donna allo stesso angolo di sempre nonostante la tormenta, fermo sotto il fascio di luce giallo di un lampione, lasciando che la pioggia gli rovinò la giacca e accendendo una volta dopo l'altra l'estremità di un sigaro bagnato, senza desistere né considerare minimamente l'opzione di voltarsi e andarsene, anche se da un po' sospettava che lei non sarebbe venuta. Allora decisi di proseguire, camminai tra i cassonetti dell'immondizia e gli scatoloni in direzione della candidezza fosforescente di quell'animale. Carygrant, il buon Carygrant, che si alzò sbadigliando, allungò le sue lunghe zampe di yogurt e cominciò a camminare davanti a me, come per guidarmi verso il mio piccolo appartamento mal arieggiato, con il suo passo lento e sontuoso.

Al Grandissimo Figlio di Puttana non era mai piaciuto Carygrant. Chiudi la porta, non fare entrare quella bestia. Mi fanno paura i gatti, mi disse quando gli portai per la prima volta la colazione a letto. Anche se Carygrant non lasciava peli sul divano, non saliva nel lavandino per bere l'acqua dal rubinetto e non miagolava mai. Non pisciò nemmeno una volta sulla sua sudicia maglietta grigia, dato che Carygrant distoglieva i suoi occhi da vetrata gotica dal Grandissimo Figlio di Puttana ogni qual volta si trovassero entrambi nella stessa stanza, anche se solo per un secondo, e usciva come un ubriaco elegante che capisce che il barman non gli servirà più da bere. Fece in modo di non incrociarlo nel periodo che lui trascorse occupando la metà sinistra del mio letto e raziando il mio frigo, essendosi già dimenticato delle mono-dosi di un tempo. E io, così cieca, non facevo che digiunare per puro amore per compensare i suoi attacchi di gola, facevo finta che non mi desse fastidio trovare di ritorno dal Superdiscount Curski solo un limone con l'aspetto di una vecchia rugosa che mi aspettava, corrugando la fronte dall'interno del frigorifero, come se mi sconsigliasse di seguire quella strada. Il Grandissimo Figlio di Puttana invece, li lasciava ovunque i suoi capelli ossidati: sul lavandino, nella vasca da bagno, nel mio pettine. Mi apriva i cassetti senza preoccuparsi poi di chiuderli. Molte volte rincasavo prima di lui e trovavo Carygrant rinchiuso in cucina. Non mi dava mai spiegazioni di dove fosse stato e aveva un carattere taciturno che sembrava svanire soltanto quando si sedeva scalzo sul divano abbracciando il manico della sua chitarra bianca e nera, che mi ha sempre ricordato una puttana insipida, una di quelle tossiche con le gambe secche che si prostituiscono in periferia e gridano a conducenti dal bordo della strada.

La cosa durò due mesi e mezzo. Due mesi e mezzo in cui Il Grandissimo figlio di puttana continuò a farsi fuori il mio cibo Dal letto mi chiedeva soldi per le sigarette o le

corde della chitarra. Io toglievo qualche moneta della spesa quotidiana che lasciavo sul tavolo della cucina, senza protestare. Sì, a volte mi mancava il gusto del gelato rubato e avevo lasciato perdere del tutto la decisione di fermarmi un giorno al negozio del pachistano e commissionargli il pendente per la mia kryptonite, ma non volevo rinunciare a quel tipo magro con i capelli da scozzese e credo che avrei potuto passare così tutta la mia vita se lui non se ne fosse andato approfittando del mio turno della mattina. Non si era nemmeno disturbato a chiudere la porta che dava sulla strada mentre usciva.

A una casa derubata rimane un faccia stupida. Dopo il primo spavento e quei momenti angoscianti in cui immaginai Il Grandissimo Figlio di Puttana morto con un colpo alla testa sulla tazza del water, che mi osservava con una faccia sconvolta, come se mi desse la colpa di averlo lasciato solo e alla mercé di rapinatori senza scrupoli, lo cercai in ogni stanza, mi accertai che i ladri non lo avessero messo nell'armadio a spintoni, imbavagliato e nudo. Scoprii che, prima di andarsene, si era preso gioco di ognuna delle stanze. Si era portato via la tossica della sua chitarra, le ultime monete che gli avevo lasciato sopra il tavolo e le due mele che erano rimaste nel frigo. Trovai il cadavere di un asciugamano inzuppato sul pavimento della camera da letto. Il mio salvadanaio di gesso a forma di geisha giapponese, decorata con un kimono rosso e un ombrello abbinato, giaceva in frantumi vicino alla libreria, nonostante la poveretta non avesse mai contenuto al suo interno una sola moneta e io l'avessi comprata soltanto perché mi piaceva l'aria ... felice che aveva nel tutto a cento del quartiere.

Tornai nella mia camera. Tolsi in fretta e furia le lenzuola dal letto per metterle nella lavatrice, aprii le imposte della finestra perché entrasse aria pura. All'improvviso quell'influenza emotiva di due mesi che mi aveva ridotta così magra mi fece vergognare terribilmente. Pensai di scendere a comprare un pollo arrosto con patatine fritte belle grasse, che avrei preso del denaro per comprarmi anche una bottiglia di limonata fresca, una baguette appena sfornata e perfino un fetta di cheesecake per dessert. Di colpo sentii una fame atroce. Mi sbilanciai sopra il comò e aprii il primo cassetto, quasi sbavando. Con gli occhi cerca l'angolo a sinistra, ma la copertura della busta di carta con i miei soldi non era lì, e nemmeno la kryptonite. Trovai soltanto le mutande in disordine, mutande tristi da tutti i giorni, di cotone consumato e con gli elastici molli, di quelle che prendevo a caso ogni mattina con gli occhi ancora velati dal sonno, prima di uscire e andare verso la doccia.

Mi tremarono le gambe. Le punta delle dita mi pungevano e chiusi il cassetto come se stessi fuggendo da un mucchio di ortiche. Mi girai e proprio allora sentii un miagolio

sofferente che mi fece sussultare. Il grido di un animale ingabbiato, anche se tutte le porte, tutte quante, lo sapevo, erano aperte. Comincia a camminare. Ascoltavo la mia stessa voce che chiamava Carygrant lungo il corridoio, ma lui non mi rispondeva, lo sentivo soltanto miagolare, estraneo alla mia voce, dolorante, spaventato, dall'interno di qualche buco, come il gatto di un faraone, sotterrato vivo con il proprio padrone.

E tutto d'un tratto la vidi. Sul pavimento, sopra a una delle piastrelle bianche, c'era la mia kryptonite, come uno scarafaggio anomalo, ugualmente immobile, ed emetteva un bagliore di luce alfa, del colore del fondo di uno stagno di un cimitero. Circondata da un filo di bava verdognola che proveniva dalla cucina come se fosse il disegno dell'agonia, il pentagramma del lamento di gatto. *Dentro la lavatrice*, pensai, evitando la pietra e il filo di saliva viscosa, seguendone la scia. Può essere che fosse stato così, ma non ebbi il tempo di accertarmene, perché quando misi piede nella cucina un'ombra verde spugna uscì da lì come un'esalazione, schivandomi e attraversò il corridoio. Un minuto più tardi si sentirono di nuovo il miagolii, da un altro buco della casa. Carygrant si era nascosto tra gli asciugamani bianchi nella parte alta dell'armadio, forse, o sul fondo della cesta della biancheria sporca del poggiolo. Non l'ho più visto, si nasconde prima che io torni a casa, e abbandona il suo nascondiglio soltanto per nutrirsi o bere acqua. Ogni tanto trovo una cacca color lucertola in mezzo alla vasca da bagno o sul mio cuscino. Sospiro. Esco in cerca di un pezzo di carta igienica e maledico Lewinston e Bowles, quei due stupidi uomini di scienza che non furono in grado di prevedere l'effetto catastrofico della kryptonite sui gatti bianchi.

Blu di Russia

*A Juan Casamayor¹,
che aprì la porta e lasciò entrare i gatti Blu di Russia*

EMMA ZUNZ AVEVA TRASFORMATO IN GATTI tutti gli uomini che avevano attraversato la soglia del vecchio edificio in cui viveva, che sembrava un teatro abbandonato e stava nella parte antica di una certa città dalle cupole affilate . Quella città aveva l'abitudine di specchiarsi in ogni pozzanghera o cofano bagnato, come una dama decaduta che non poteva smettere di ritenersi il segnale stesso della propria rovina.

Molti di quegli sconosciuti erano giunti a Emma Zunz per pura casualità. Erano rappresentanti di lingerie femminile per donne di mezza età o ragazzi che vendevano libri a domicilio, portando il peso intatto delle loro valigette che ricordava loro la tristezza dell'insuccesso di una giornata senza frutti. Si fermarono tutti per un momento di fronte al numero 12 di via Klementina, e, senza fare la minima attenzione alla testa di leone taciturno che abbelliva il portone, erano entrati e avevano respirato un'aria opaca, da chiuso, da vecchio cortile. La maggior parte di loro per un istante era rimasta confusa, con gli occhi attraversati dall'arabesco di luci e ombre proveniente dal lucernario per poi estendersi ai loro piedi, sulla scacchiera color magenta del pavimento. Si chiesero allora se valesse la pena salire a bussare alla mezza dozzina di porte, cercare di vendere un paio di collant di nailon a qualche inquilina anziana, condannata al triste destino delle piante da interni. Due, forse tre di quegli uomini, girarono i tacchi uscirono verso la sera nuvolosa della città che li avrebbe ammaliati della sua luminosità elettrica, e poi si affrettarono ad andarsene dalla parte opposta, per liberarsi al più presto di un'improvvisa

¹ Ndt: Fondatore ed editore della casa editrice Páginas de Espuma.

sensazione di pericolo che non avrebbero potuto motivare. Gli altri, invece, presero una boccata di quell'aria viziata e andarono a tentoni verso il muro in cerca dell'interruttore coperto di sporcizia. Stettero lì ad aspettare, con una certa apprensione, che la pessima illuminazione facesse loro vedere la parete verde smeraldo che stava dall'altra parte della penombra e che la stessa luce tremolante salisse la scala a chiocciola come una vecchia serva, che si appoggia al corrimano in ferro battuto e che sembra essere impegnata a disegnare la curva dei muri. Quelli non lo potevano ancora sapere, ma, nel giro di qualche minuto, dopo aver ormai raggiunto a piedi l'ultimo tratto dei quattro piani, mentre attendevano che qualcuno aprisse l'unica porta il cui campanello si era degnato di funzionare echeggiando nel foro interno, si sarebbero girati e avrebbero ammirato l'ombra arzigogolata del lucernario nel reticolato di piastrelle rossicce, constatando per la prima volta una certa somiglianza tra la spirale di scalini e l'orologio astronomico più famoso della città. E non avrebbero potuto evitare di lanciare un'occhiata furtiva verso il punto nel quale si trovavano in quel preciso istante, dubbiosi, sentendone ormai la mancanza.

Perché a quel punto sarebbero arrivati i gatti. Simili a figure immobili che cominciavano ad apparire ovunque posassero lo sguardo, padroni di un equilibrio impossibile, affacciandosi dalle fessure del corrimano in ferro o annidati nelle finestre murate di ogni ripiano. Gatti dal pelo rosso tegola o di un nero isabellino, spettrali gatti bianchi, persiani cincilla morbidi come dei peluche impolverati, piccole tigri marroncine con qualche spruzzata di ambra, siamesi color caffè. Gatti vecchi e ciechi che alzavano il capo e sapevano che lì vicino li spiava un essere umano, e, nonostante i loro occhi fossero ormai inutili, sostenevano lo sguardo pungente come uno spillo. Giovani gatti triangolari che con la punta delle loro lunghe code scrivevano lettere segrete nell'aria, si stiracchiavano e cominciavano a muoversi lenti, in cerca di un carezza di gesso verde della parete, per poi distaccarsi da essa, come fosse un cappotto pesante, saltellando verso il corrimano. Indirizzavano le pupille vitree tutti insieme verso lo stesso punto, lassù, dove un uomo aspettava accanto alla porta chiusa; esemplari maschili dell'altra specie

millenaria, sopravvissuta a ogni tipo di catastrofe, li stavano a guardare come nemici silenziosi che non fanno altro che aspettare.

Nessuno degli ultimi arrivati aveva saputo spiegarsi da dove erano usciti tutti quei gatti. Non li avevano visti quando erano saliti, mentre notavano la significativa mancanza di zerbini e targhette e che in quella scala non si sentiva altro rumore che quello del debole filo di luce, un leggero sfrigolio, una respirazione affaticata che si produceva tra i cavi rovinati e la lampadina di ogni pianerottolo. I campanelli rimasero muti e nessuno uscì ad aprire quando, senza demordere, si misero a bussare alla porta in legno, anch'essa verniciata di color smeraldo.

No, non avevano visto i gatti che erano sbucati all'improvviso e che li stavano spiando da ogni angolo con un'avversione ermetica. Provavano paura, perché non erano in grado di muovere un passo ora che sapevano che erano lì, da ogni parte, non riuscivano a far finta di non aver suonato al campanello del quarto piano e di non aver sentito con repulsione quel coro di campane strozzate che, oltretutto, celavano la presenza di qualcuno. Non si mossero. Stettero ad ascoltare il rumore di alcuni passi leggeri dall'altra parte, il girare secco di una chiave. Sull'uscio compariva sempre una donna che sarebbe risultata troppo alta per chiunque, sul corpo ossuto portava una vestaglia sulla quale a qualcuno di loro era parso di vedere i contorni malinconici di un paesaggio giapponese, forse una pagoda lontana nei toni del grigio o una dama che impugnava un ombrellino. Quella vecchia vestaglia così delicata, con le maniche a sbuffo e la cintura scura in raso, non si sposava con la temibile bellezza della sconosciuta. Emma Zunz, un gomitolino di capelli aggrovigliati e prematuramente bianchi intorno al suo viso da maschera, un fascio di luce che la circondava con spasmi nervosi, come se non potesse evitare di sentirsi attratto da lei, giocando a disegnare degli occhi e degli zigomi sempre nuovi. L'irregolarità è una forma di bellezza come qualsiasi altra, la bellezza può essere fatta d'ombre, pensò un visitatore, facendo rimbalzare i suoi occhi sul collo della donna fino a giungere agli anelli metallici della chiave dell'armadio antico che cadeva sopra il suo petto, legata con un laccio. Avevano già cominciato a cercare le parole per presentarsi, mentre aprivano le loro stanche valigette. Un buon venditore non espone mai la sua merce sul pianerottolo, signora, se lei avesse un attimo, nel

suo salotto... Era quello il momento in cui Emma Zunz li osservava, sorridendo come da un ritratto, mentre accarezzava pensierosa la chiave scura d'ottone e si spostava da una parte per lasciarli passare.

Di sotto, attorno alla scala, rimanevano i gatti, fermi come croci.

II

È molto probabile che quelli non si fossero nemmeno accorti della strana trasformazione che avevano subito. Una sera si erano addormentati sul copriletto di velo ricamato che sapeva di fumo e che stava sopra al letto di quella donna alta come un cipresso. Si erano lasciati cadere senza sapere il perché di quella sonnolenza improvvisa, con gli occhi fissi sulla carta da parati a fiori o la vecchia lampada di vetro di Boheme che pendeva dal soffitto, lontani dal comprendere l'enigma di quei bagliori romboidali che improvvisamente erano divenuti così affascinanti. Quando si svegliarono erano tutti gatti, alle sei della mattina del giorno dopo, distesi sul grande cuscino della nuova padrona.

Di tanto in tanto, una moglie si svegliava e trovava nell'altra metà del materasso un vuoto inzuppato di lacrime, o un casalingo alzava la cornetta del telefono del corridoio per avvisare la polizia della sparizione di quel coinquilino single così gentile che si era trasferito in quel condominio da appena qualche mese. Allo stesso tempo, un altro gatto spuntava come una sfinge dalle vecchie lenzuola di cotone color osso di Emma Zunz, allungando le loro zampe anteriori con un'indifferenza elegante e distratta. Nessuno di loro si ricordava di nulla. Non lo sapevano ancora, ma intuivano nell'aria il lampeggiare del metallo chirurgico che producevano le enormi ciotole che in quel momento Emma Zunz prendeva dalla credenza a muro, per servire loro per colazione acqua fresca da una caraffa e fegatini di pollo appena fritti. Il nuovo arrivato correva in cucina assieme agli altri. Correva seguendo gli altri, come loro si confondeva tra le gambe legnose della sua padrona, agitando lievemente l'orlo della vestaglia orientale, facendo tremare come

un venticello le pagode e i fiori di loto nelle pozze d'acqua, disegnando nell'aria colli di cigno con le loro code nere e rossicce, con i loro dolci miagolii da animali ben curati.

Allora Emma Zunz posizionava le sei scodelline nella fila di azulejos² sbiaditi del suo davanzale. Ogni gatto occupava senza esitazioni lo stesso posto del giorno prima e l'ultimo arrivato li osservava da distante disteso, con una curiosità distaccata, da protocollo; immobile, se non fosse stato per l'oscillazione ipnotica della sua lunga coda. Qualche volta l'intruso alzava le sue pupille di vetro smerigliato verso Emma, forse prendendo consapevolezza delle nuove dimensioni di quella donna, cercando di interporre una linea invisibile tra loro due, che calcolasse la distanza che ora li separava. Lei si lasciava osservare. A volte era questione di minuti, il muso fino del gatto individuava nell'aria una nuvoletta che odorava di viscere bruciate e decideva di seguire la scia fino ai polpastrelli delle dita di Emma Zunz. Altre volte ci voleva più tempo. La bestiola non arrivava affamato dalla sua vita precedente e preferiva aggirarsi per la sala, avvicinare al basamento della lampada la sua coscia di seta, alzarsi sulle zampe posteriori per affacciarsi alla vetrata gelata dalla parte interna, come un viaggiatore che guarda ormai da distante il luogo da dove è partito.

Mentre i gatti mangiavano sul balcone, Emma Zunz appoggiava le mani sulla balaustra di ferro battuto e guardava la città. Sapeva che in quel momento in qualcuno di quegli edifici allontanati dalla nebbia una foto di famiglia incominciava a strapparsi a metà, ma lei non si sentiva in colpa. Emma Zunz osservava i misteri del cielo offuscato, dalle cupole perse tra la foschia come le vele di un galeone fantasma. Tutto sommato, lei manteneva la torre di dodici piani, che aveva ereditato, solo perché ci abitassero i suoi gatti. Dodici abitazioni ammobiliate con le reliquie dei loro antenati, comunicanti tra loro tramite archi e botole, nelle quali potevano vagare a piacere, aggirando arpe e tendaggi polverosi, vigilando sugli orologi fermi o i sorrisi invecchiati degli angeli che un pittore mediocre aveva impagliato sul soffitto.

² N.d.t. Azulejo: tipico ornamento dell'architettura portoghese e spagnola che consiste in una piastrella di ceramica non molto spessa dalla superficie smaltata e decorata.

Adesso che non avevano più un nome erano molto più felici, più belli, si diceva rientrando nell'appartamento. Il nuovo gatto la seguiva mentre lei raccoglieva i vestiti, la valigetta di cianfrusaglie, dei cannocchiali di metallo dal pavimento della sua stanza. La seguiva per le scale fino nel seminterrato, dove Emma Zunz entrava senza nemmeno soffermarsi ad accendere una minuscola luce di cui non c'era bisogno per disfarsi del pacco che stava sopra una tavola di legno mangiata dai tarli prima di aprire la porticina di ferro dell'inceneritore. Prima di farli bruciare, lasciava che il gatto annusasse con curiosità e un leggero sdegno i suoi vecchi effetti personali mentre, sopra la piastra di metallo bruciacchiato, ricomponeva la figura dell'uomo che aveva abitato quei vestiti. Il gatto e la donna, stavano lì a guardare, entrambi al buio, spiando tra le fessure le fiamme, che all'inizio formavano delle corone con il poliestere delle magliette e le scarpe di finto cuoio, immobili finché il fuoco non masticava, con un astio evidente, le foto di bambini sdentati o il nodo di una cravatta di evidente bassa qualità.

Era stato loro vietato, per un certo tempo, soltanto uno degli spazi. Era la prima cosa che imparavano quando, di rientro dal seminterrato, vedevano Emma Zunz di nuovo nella cucina ornata da azulejos bianchi prendere dal banco di lavoro l'involucro di carta straccia con una porzione di fegatini fritti ancora tiepidi. La sentivano attraverso il ripiano semicircolare fino alla porta di fronte, e attendevano i suoi piedi mentre si toglieva il laccio nero che le pendeva dal collo e infilava nella serratura la chiave lavorata, con il pacchetto colmo di frattaglie tra le mani. Dopotutto c'era solo il legno verde smeraldo che li separava. E loro, esiliati dall'altro lato della porta, perdendo i passi della padrona per il corridoio, sfiniti in un miagolio pieno di compassione.

III

L'uomo dagli occhi e i capelli color della cenere si era presentato al numero dodici di via Klementina un giorno d'inverno come un altro, quando la pioggia si era fatta più forte, con il suo borsone di ferraglia in spalla. La notte prima, dalla loro

alcova, Emma Zunz e i suoi gatti sentirono il suono amplificato dell'acqua che cresceva nell'oscurità, come fanno i bambini e le malattie, colpivano la vecchia vetrata del lucernario con ditate piene di forza, finché una parte del vetro non cedette crollando per la tromba delle scale con un grande schianto. L'ingresso aveva l'odore di acqua morta e le piastrelle scricchiarono sotto i suoi piedi quando l'estraneo afferrò la porta, a un ora imprecisata di quella mattina di desolazione, lasciata dalla tempesta. Emma Zunz aveva chiamato di buon'ora la compagnia assicurativa e sembrò che la tappezzeria di carta da parati azzurra tremasse leggermente, poiché era passato molto tempo dall'ultima volta in cui, in quella sala, si era sentita una voce umana. Sì, la polizia si occupava di quel tipo di evenienze, e certo, di lì a poco, avrebbero mandato qualcuno per fare una valutazione e riparare i danni del vano scale. Emma Zunz riattaccò senza salutare, e i gatti, ancora disturbati dalla forte umidità che sentivano nell'aria, stettero a guardare il telefono per un po' di tempo, come se qualcuno fosse emerso dal fondo di un lago e avesse tirato giù l'impiegata della compagnia per poi immergersi con lei.

E allora, quell'uomo che di notte sognava di rincontrare le mani della sua bambina morta tra le macerie, attraversò la città per contenere l'acqua in un edificio della parte vecchia. Aveva addosso l'impermeabile di plastica gialla della sua compagnia e degli stivali di gomma scuri. Portando in spalla uno zaino che per qualcun altro sarebbe come un sacco pieno d'ossa, camminò attraverso alberi rinsecchiti con i rami alzati in aria come candelabri ebrei, ignorando gli zigomi spigolosi delle statue che stavano quasi a rimproverargli la direzione intrapresa. Non si disturbò a guidare fino a via Klementina con il vecchio furgoncino telonato. Quelle strade in ciottolato erano troppo strette e, molto semplicemente, decise di camminare. Percorse lo specchio scuro della città pestando di tanto in tanto l'acqua delle pozzanghere che balbettavano nuvole, lasciandosi alle spalle piazze abbellite con fontane ottagonali di pietra. Un estraneo incappucciato che non distingueva il colore delle insegne e dei cappelli delle vetrine vicino alle quali era passato quella mattina, poiché li aveva persi la notte dell'esplosione. Gli restava soltanto qualche sfumatura di giallo, il blu, invece, se n'era andato per sempre, e il rosso aveva cominciato a confondersi con il filo incatramato che proveniva dalle uniche

bambole giocattolo del quartiere, quella vecchia casa in affitto abitata per lo più da coppie di anziani che accarezzavano le punte dei ricci di Ida quando la trovavano seduta su uno gradino della scala, mentre giocava a essere invisibile, dentro al suo cappotto da cappuccetto rosso, aspettando che lui finisse di dare lezioni di scacchi a uno dei ragazzi del quartiere o che cucinasse qualcosa per loro due, poco dopo che Irina decidesse di andarsene. Il cappotto che in seguito diventò nero, pezzetti di nero tra le macerie e sui gradoni, accanto a cadaveri di vecchi carbonizzati.

Il russo, di tanto in tanto, si fermava per mostrare a qualcuno l'indirizzo appuntato su di un pezzo di carta decorato, che si inzuppava sempre di più e che poi riponeva nella tasca nel momento in cui lo sconosciuto gli indicava fino a dove doveva andare. Quando giunse all'ultimo angolo, era diventato quasi uno scarabocchio illeggibile. Una vecchia con la testa coperta da una borsetta di plastica lo guardò sospettosa e gli indicò la seconda via sulla destra.

Gretel Katzenbeisen li vide dall'interno il suo negozio per animali, inquadrati come in uno schermo cinematografico mentre parlavano sul marciapiede di fronte. Li guardò anche andarsene, egli, senza accelerare la propria andatura, una macchia gialla ed eretta, sorprendentemente ferma, mentre tutto attorno a lui, gli alberelli squallidi, l'anziana con la borsetta di plastica che si muoveva come se stesse provando a correre, ma non riuscisse a ricordare come si faceva. L'acqua grigio perla della fontana, tremava per colpa della pioggia. Quando l'uomo dall'impermeabile giallo voltò per sempre un angolo in lontananza, la bionda e pallida Gretel Katzenbeisen sospirò allontanandosi dalla vetrina, tutta infreddolita nella sua vestaglia bianca. Sapeva che era inutile aspettare l'arrivo di qualche cliente in una mattina inospitale come quella. Nessuno si sarebbe avventurato a uscire in un giorno così per comprare una scatola di carne di cavallo per il proprio cane. Pensò a pulire un'altra volta la cassa o dare un'occhiata al vecchio atlante felino del veterinario precedente. Non c'era fretta. E nemmeno tempo, si disse, stando in piedi vicino alla libreria, mentre con i suoi occhi di piombo e il dito indice passava in rassegna i tomi rilegati in pelle.

Il gatto aveva il pelo del colore dell'argento che ha passato del tempo sotto l'acqua e stava osservando Emma Zunz dall'angolo del letto, con quelle pupille intagliate nella pietra, quando lei si svegliò. Non c'era nessun altro nella stanza, nessuno degli animali che erano arrivati prima che lui sonnecchiasse sul copriletto, secondo l'usanza di ogni mattina. Stava lì soltanto il maestoso blu di russia, scrutandola come se in verità fosse lei l'ospite che doveva dare una spiegazione; come se ricordasse i particolari di quel che era successo la sera prima. Emma Zunz notò che il gatto non faceva le fusa. E nemmeno si mosse quando la vide allungarsi nella stanza ancora in penombra per far scivolare la vestaglia sulle sue spalle spigolose. Non la seguì in cucina, dove invece l'attendevano gli altri gatti, tutti i suoi uomini. Affamati e lamentosi, attratti forse dalla presenza di quell'intruso al quale capivano che era meglio non avvicinarsi.

Il gatto blu di russia non uscì dalla camera nemmeno quando Emma Zunz lasciò sullo stipite della porta la ciotola piena di fegatini di pollo. No, non era come gli altri. La padrona di quella casa dalle pareti tappezzate di petali di cobalto lo osservò a distanza e lo vide avvicinarsi allo specchio dell'armadio, con la stessa espressione concentrata che avevano i suoi occhi da essere umano mentre raccoglieva da terra i vetri rotti del lucernario, dopo la tormenta, e lei lo aspettava sulla porta dell'ultimo piano con le braccia conserte fingendo di interessarsi alla constatazione dei danni. Riesce a vedersi, vede il suo riflesso, è ancora lì, concluse Emma Zunz dentro di sé, e il gatto si voltò come se avesse sentito e la interrogò in silenzio con i suoi occhi di moneta antica.

Nei due giorni che il blu di russia trascorse all'interno della casa, non provò mai a graffiarla né a morderla, quando, inginocchiandosi vicino a lui per accarezzarlo, era convinta che prima o poi avrebbe conquistato la sua fiducia. Ma il nuovo arrivato non glielo permetteva e prima di fare un agile salto, per allontanarsi il più possibile dalla portata delle sue dita, non smetteva di lanciare a Emma Zunz una di quelle occhiate che le facevano pensare a due pianeti solitari e incandescenti, spersi nel nulla, immersi nel loro processo di combustione.

No, lei non l'aggredì mai. Tuttavia, una mattina in cui Emma Zunz tornava dal mercato, con uno dei suoi enormi pacchi di carta straccia pieni di viscere di pollo, trovò nel mezzo dell'ingresso un gatto nero, vecchio e magro, con il collo sgraziatamente teso, come un lungo guanto da donna dopo una festa. Emma Zunz non riuscì a ricordare chi fosse stato nella sua vita precedente e nemmeno che aspetto avesse prima. Ricordava soltanto che viveva in quella casa da quindici anni, una piccola pantera possessiva, che seguiva affettuosamente i passi della sua padrona, che abitava nell'ombra l'angolo della sartoria nelle sere in cui lei rammendava i cuscini e che amava avvicinarsi al disco di lavagna del grammofono, per vederlo girare, sentirlo scricchiolare quando quelle vecchie canzoni tedesche sembravano non terminare più, nero silenzioso contro nero silenzioso. Emma Zunz lasciò cadere la borsa con le provviste quando vide la scia di sangue che dimostrava come, dopo la violenta caduta, l'animale avesse cercato di trascinarsi per alcuni passi verso la porta dalla quale lei sarebbe entrata.

Alzò lo sguardo verso la tromba delle scale, ma incontrò solamente un occhio vuoto che, immobile, ricambiava lo sguardo.

V

Lo specchio allungato dell'armadio gli restituì l'immagine di un volto triangolare, mostruosamente piccolo e bello. Capì che da quel momento sarebbe stato il suo, provò ad alzare la zampa destra e l'avvicinò allo stagno. Il polpastrello morbido si fuse con quello del gatto nello specchio. Notò il tocco freddo del mercurio e subito dopo un fremito quasi impercettibile percorse la pelle e attraverso quella fu in grado di sentire con una nitidezza dolorosa un concerto caotico di suoni che giungevano dall'altro lato della porta, dalla cucina situata al lato opposto del corridoio. Lo schiaffo metallico dell'acqua che cadeva in un recipiente di acciaio inossidabile, circondato da miagolii insistenti. Cassetti che si aprivano e chiudevano, l'aprirsi di un pacchetto pesante sulla tavola di legno, un cigolio di forbici che si facevano strada rendendo i pezzi di carne cruda sempre più piccoli.

Rumori della vita che necessitano della morte nell'odore caldo che crepitava nell'aria, frammenti di esseri, materia che ribolliva nell'olio, e si ritorceva con uno spasmo, come se l'animale spezzettato recuperasse per un istante il ricordo del movimento.

Sentì dolore nella pelle nuda del suo naso per quella carne bruciata che altri suoi simili reclamavano, bisognosi, completamente. Non sapeva se sarebbe stato capace di sopportare la grandezza di quel coro di miagolii, l'ampiezza degli odori che attraversavano il corridoio come un'esplosione. Mai prima d'allora aveva percepito una raffica di aria avvelenata di calore con tale intensità, né una lamentela così acuta, così nata dalla stessa vicinanza come quella di quegli animali affamati.

Quando fu stanco di ispezionare il proprio aspetto serio si scostò dal vetro gelido e camminò per la stanza, strofinandosi contro il comò e le tendine delle poltrone. Solo allora i mobili gli apparvero come esseri con proporzioni e materiali reali. Notò che alcuni dei suoi sensi si erano fatti più acuti tanto da lasciare a malapena spazio per gli altri. Non poteva vedere bene perché un'ondata di una fredda luce madreperlata, che proveniva dalla vetrina di cristallo, sembrava avvolgere ogni cosa, sfuocandone i contorni finché li aveva di fronte. Invece, la tenerezza dei suoi polpastrelli a ogni passo gli faceva sentire il rilievo dipinto a mano sulle piastrelle ottagonali e la freddezza proiettata da ognuno degli azulejos che si arrampicavano attraverso l'ombra delle sue zampe.

Non dovette nemmeno calcolare la distanza quando decise di saltare sul letto. Lasciò semplicemente che la sua spina dorsale si tendesse. Sentì come se i suoi muscoli delle sue scapole si distendessero in aria e gli artigli afferrassero per istinto la coperta di raso. La donna che dormiva lì era uscita dalla stanza da un po' di tempo e sul copriletto non restava la benché minima traccia del suo corpo, ma lui percepiva ancora nella stoffa l'odore intenso che emanavano le sue bambole e la fossetta della clavicola, il suo aroma di naftalina e biancheria immacolata. Percorse il cuscino affascinato dal disegno delicato di una sveglia che intravedeva da distante, attraverso il liquido trasparente del bicchiere che stava sul comodino. L'orologio sembrava un pesce d'argento, sfumato nell'acqua. Senza grande sorpresa si rese conto che non sapeva più leggere l'ora.

Sentì qualcosa più in là del tic tac metallico, dall'altro lato del letto. Un sussurrare continuo, un sibilato poco più forte di un respiro e nonostante tutto minaccioso. Sentì che tutta la pelle del corpo s'inarcava come se una mano invisibile gli accarezzasse la coscia. Soffiò proprio come la figura scura ancora indistinta. Individuò lo splendore delle sue pupille che lo guardavano con una fierezza verde sullo stipite della porta, e in men che non si dica, seppe che doveva prepararsi a saltare addosso al suo nemico.

VI

Da nuda, Emma Zunz, era un'altra donna. Se i suoi gatti fossero stati in grado di pensare mentre la osservavano distesi sul letto di asciugamani bianchi con i quali lei copriva il pavimento del bagno ogni sabato sera, forse sarebbero giunti a questa conclusione. Con le spalle rivolte allo specchio appannato, Emma Zunz si spogliava lentamente mentre la vasca di rame si riempiva d'acqua molto calda. Un rumore di serbatoio accompagnava i suoi gesti nel riflesso confuso che offuscava la sua figura e la faceva sembrare una crisalide durante la trasformazione. Allo specchio non era dato sapere che la vestaglia orientale cadendo inevitabilmente avrebbe scoperto nel momento dell'unico bagno della settimana il collo allungato e il corpo da gatta bianca, dimenticato dagli spigoli del suo viso. Ancora in piedi, Emma Zunz accarezzava distratta i capezzoli rosa e distanti, come se stesse celebrando il fatto di rivederli dopo sette lunghi giorni. Tracciava con le punta delle dita il profilo delle sue spalle, scendendo poi sul suo ventre tondo, un po' ingrossato e le lunghe gambe, compiaciuta dal candore latteo della sua pelle. Poi distendeva le lunghe braccia e faceva un passo avanti per entrare nell'antica vasca di ottone. All'inizio, per quanto fosse calda l'acqua, non poteva fare a meno di sentire un lieve brivido che le faceva drizzare la peluria bianchiccia della nuca, ma si lasciava cadere in ginocchio, finché l'acqua non la sommergeva del tutto. Appoggiava la testa sul bordo della tinozza straboccante e lasciava che passasse il tempo, contemplando la danza d'occhi sulla

superficie del liquido insaponato e il suo riflesso ipnotico sulle pareti di metallo color arancio.

Una sera, Emma Zunz prese sonno nella vasca, pensando al gatto blu di russia che viveva ormai isolato nell'appartamento di fronte; quell'animale scontroso che non le permetteva mai di accarezzarlo e non le andava nemmeno incontro quando gli portava la sua razione di cibo giornaliera. Non serviva a niente chiamarlo a voce bassa o cercarlo nelle camere, c'erano troppi buchi segreti tra le poltrone e tavolini coperti di polvere, sotto i letti disabitati, all'interno degli armadi vuoti. Un numero infinito di nascondigli in quella casa tappezzata di piastrelle esagonali che ricoprivano il pavimento con un caleidoscopio di stelle appuntite, il luogo perfetto per un fuggitivo silenzioso come quello, che aveva il pelo del colore delle ombre e poteva mimetizzarsi in un istante tra quelle che venivano proiettate sulle pareti dal mobilio tremolante.

Prima di abbandonarsi al sopore del bagno, Emma Zunz penso all'uomo che era stato il blu di russia. Ai suoi capelli e ai suoi occhi di piombo. Alla mattina in cui lei stessa chiamò l'assicurazione per lamentarsi del fatto che l'operaio non si era presentato a casa sua. Fece presente il proprio scontento, erano già passati diversi giorni, i vetri dell'abbaino non erano ancora stati riparati e vi ci passavano grandi quantità di acqua piovana e degli sporchi piccione si annidavano tra le ringhiere infastidendo i suoi gatti. Una voce di donna molto simile a quella dell'altra volta, forse la stessa, si dilungò in mille scuse, questi impiegati stranieri, che cosa poco professionale, spariscono senza avvisare e non portano a termine i propri compiti, spero che possa scusarci per tutto il disagio arrecatele, signora Zunz, cercheremo di mandarle qualcuno al più presto..., prima di essere di nuovo inghiottita dal silenzio della linea telefonica.

Forse si addormentò ricordando il momento in cui il russo aveva bussato alla porta per avvertirla che sarebbe dovuto passare per la vetreria per ordinare il vetro per il lucernario. Con un sussurro le aveva indicato la scala e le aveva detto che si sarebbe portato via un sacco con il frammenti raccolti nell'ingresso mentre andava nel laboratorio del vetraio. Emma Zunz si concentrò sulle sue mani sporche di fango. Con un gesto gli propose di entrare per lavarsele. Il russo aveva esitato per

un istante, ma alla fine oltrepassò la porta come tutti gli altri. La mattina seguente, lei aveva bruciato nell'inceneritore del sotterraneo gli indumenti del lavoro che aveva addosso e lo zaino con i suoi strumenti. Il ripugnante odore di plastica e di stoffa bruciate era rimasto nell'aria più a lungo delle altre volte.

Emma Zunz rimase addormentata, avvolta da una coltre di vapore caldo e vigilata dai suoi dodici gatti, con il collo appoggiato sul bordo della vasca chiuse gli occhi mentre ascoltava nei suoi ricordi, sempre più in lontananza, un crepitare luminoso, feroce, che divorava gli ultimi resti dell'uniforme fino a farli diventare un'insignificante mappa di un luogo minuscolo che smise presto di esistere, consumato dal fuoco. L'aria calda non puzzava più, adesso si attorcigliava solamente sulle sue guance e avvolgeva le sue palpebre con una tenerezza elementare, spassionata.

Non seppe mai quanto tempo era passato. Seppe soltanto che, all'improvviso, un dolore selvaggio alla nuca la fece reagire. Volle alzare la testa, confusa, non ancora del tutto sveglia, ma un peso morto alle sue spalle glielo impedì. Era come se un attimo prima degli artigli l'avessero bruscamente trascinata e si trovò distesa con la schiena a terra, ancora nuda e bagnata. Riuscì ad alzare il viso di alcuni centimetri e scorse davanti a lei un incrocio di *azulejos*, in una policromia confusa. Piccoli esagoni di un bianco invecchiato, rosso ossidato, miele che si ripetevano una volta dopo l'altra formando un disegno di forme geometriche. Era impossibile non ricadere nel freddo cobalto della piastrella azzurra posta nel centro esatto di ognuna di quelle, con quel suo colore appuntito che delineava i contorni tra una stella e l'altra.

Emma Zunz chiuse gli occhi e si concentrò nel dolore che immobilizzava la sua spina dorsale. Quel pungiglione fatto anch'esso di molte piccole punte, che le infilzavano la pelle del collo. Una scarica di denti affilati che perforavano i dolci buchi, la carne indifesa vicino alle sue orecchie, mentre la tiravano da dietro e da davanti. Non si oppose. Cercò di regolare il suo respiro turbato dal panico davanti all'avanzare della decina di aghi che a tratti alleggerivano la pressione per renderla un po' più intensa per il prossimo assalto. Sentì un urlo di agonia e di chiese fino a dove sarebbe arrivata quella sofferenza. Percepiva con assoluta chiarezza il battito

del cuore del maschio contro la sua coscia, l'oscillazione ritmica del corpo forte ed elastico, il vibrare implacabile vicino alla sua orecchia destra, un voce dolce che prometteva calma, la fine di quel dolore fatto di piccoli aculei che, in realtà, lo seppe allora, cercava soltanto di distrarla da qualcos'altro. Un dolore più grande sotto forma di spina gelida che pian piano si faceva strada nel suo basso ventre, accecando i suoi occhi, lasciandola sorda, obbligandola ad aprire le gambe e muoverle come remi in direzioni opposte, consegnandola a un tempo oscuro, a un luogo in cui la sopravvivenza dipendeva da altri membri della specie. Era cieca e sorda. Il dolore aumentava e si arrese ai denti prensili come se fossero quelli di sua madre, prestando attenzione a ogni ago di quel morso secco, privo del balsamo della saliva. Sentì per l'ultima volta la pressione brutale di quell'osso nelle sue interiora e poi un flusso gelato e viscoso che l'attraversava. Come in un flash vide delle mani di bambino che si trascinarono via dal corpo a cui erano appartenute. Capì allora che quel miagolio agonizzante che sentiva era la propria voce.

Quando Emma Zunz si svegliò, una coperta di gelida acqua nera ricopriva il suo corpo fino al mento. Non ricordò dove si trovasse finché le punta rugose delle sue dita non misurarono il bordo metallico della vasca da bagno. Poi, senza muoversi ancora, lasciò che i suoi occhi si abituassero progressivamente all'oscurità. All'inizio, riuscì a malapena a distinguere il lento battere le palpebre di diversi paia di occhi che continuavano ad aspettare, pazientemente, che la loro padrona uscisse dal bagno. In seguito, riconobbe il contorno dello specchio sopra il lavabo in porcellana e qualcos'altro oltre alla sagoma della porta finestra con le imposte in legno che lei stessa si preoccupava di chiudere del tutto ogni sabato, al momento del bagno. Sotto l'occhio compassionevole dei suoi gatti, cercò di ricomporsi per uscire dalla vasca di rame, ma un dolore pungente alla nuca glielo impedì. Atterrita, allungò il braccio sinistro come fosse una zampa, cercò a tentoni la stoffa della sua vestaglia, afferrando le piastrelle e l'aria ed emettendo un lamento disperato ogni volta che non ci riusciva.

Mentre asciugava con un panno le punte umide dei suoi capelli bianchi, molto tempo dopo, fissò gli occhi nello specchio, interrogando il pupille triangolari, aride, della donna che la guardava da lì. I gatti miagolavano impazienti ai suoi piedi.

Avevano fame, Emma Zunz annuì e dal bagno per andare a preparare le ciotole di fegatini fritti. Era quasi l'ora di cena.

Quella fu la prima notte che non attraversò il pianerottolo per lasciare sul pavimento di stelle esagonali la razione di cibo per il gatto blu di russia.

VII

Pioveva a catinelle quando la strana donna con la baschetto viola, entrò nel negozio per animali di Gretel Katzenbeisen. Teneva tra le braccia un corpo inerte, avvolto da quel che pareva essere un piccola coperta a quadri. È un gatto, è mezzo morto, disse.

Era un blu di russia, una razza poco comune e molto delicata. Lo aveva appena trovato sul portone di casa, di sicuro i suoi padroni si erano stancati di lui e lo avevano abbandonato al proprio destino molti giorni prima, perché era denutrito e non si muoveva nemmeno quando tornò con la coperta per raccogliarlo. Era sicura che non si poteva fare nient'altro per lui che porre fine alle sue sofferenze, aggiunse. Le due andarono nel retrobottega. Gretel Katzenbeisen aprì la porta dell'ambulatorio e accese le luci con il battito accelerato, come tutte le volte che doveva stare di fronte alla vista di un animale moribondo. La sconosciuta camminò serenamente fino al tavolo in acciaio inossidabile al centro della sala e attese che la veterinaria finisse di pulirlo con un panno asciutto. Ripose con attenzione la coperta sulla superficie metallica e si rivolse verso di lei. Gretel Katzenbeisen riusciva a immaginare lo scheletro rigido che vi stava sotto. Preferisco non rimanere, anche se vorrei pagare l'iniezione di anestesia, disse a voce molto bassa, come se temesse che il gatto randagio potesse sentirla. Levò la mano dalla tasca del cappotto e le consegnò alcune banconote arrotolate. Gretel Katzenbeisen osservò il suo viso, un enigma di occhi sommersi e zigomi evidenti, le ciocche argentee che sfuggivano dal baschetto di lana. Annuì con un movimento del capo. Lei ha già fatto ciò che poteva per lui, vada tranquilla. La donna sollevò le spalle e lasciò che il suo sguardo inespessivo rimbalzasse ancora una volta sulla coperta a quadri. Poi uscì senza

salutare. Alcuni secondi dopo Gretel Katzenbeisen sentì il tintinnio delle campane unite al aprirsi e chiudersi della porta del negozio. Restò ancora un po' immobile accanto al tavolo, tentando di darsi la dose di coraggio necessaria e ricordando a se stessa che la cosa migliore da fare era seguire lo stesso rituale delle altre volte, non guardare l'animale negli occhi e pensare a qualsiasi altra cosa mentre frugava con l'ago della siringa in cerca della vena sotto il mantello rovinato. Contare lentamente, uno, due, tre, mentre spingeva la bolla d'aria fino in fondo, senza staccare gli occhi da lui, come fosse ipnotizzata dal flusso del liquido ambrato, quattro, cinque, sei, senza fare caso al piccolo spasmo di resistenza che la vita ancora offriva, sette, prima di fuggire per sempre, otto, prima di quella tranquillità essenza dei gatti morti che tanto la intimoriva. Nove e dieci, sospirò, trovando il coraggio finalmente di voltarsi e andare verso la vetrina della parete, in cerca di un paio di guanti sterilizzati.

Hungry for your love

DIO, TI PREGO, fa che mi chiami adesso. Oh, Dio, fa che mi chiami. Non ti chiederò nient'altro, te lo prometto. Ti costerebbe così poco, Dio concedimi questa sciocchezza... Fa che mi chiami in questo preciso istante, soltanto questo. Ti prego, Dio, ti prego, ti supplico. Guarda in che condizioni mi trovo. Fa che mi chiami perché se sollevo di nuovo la cornetta e sento la voce nasale di quella tipa che mi dice per la quarta volta che chiama dall'assistenza tecnica per fare un controllo, esplodo, lo giuro. Devo calmarmi. Tutto si sistemerà, è certo, perché lui mi chiamerà, anche se ha detto di no, io so che alla fine chiamerà. Lo farà, e allora io gli dirò che da ora in poi le cose cambieranno. Gli dirò, mentre siamo al telefono, sai, il Gatto non ha più paura di me, adesso mi guarda tranquillo mentre cammino attorno al tavolo, ogni tanto ho perfino la sensazione che sono io il suo animaletto e che sono qui per farlo divertire. È certo che quando mi chiamerà voglia sapere quanto bene ce la passiamo io e il suo maledetto Gatto dall'incidente; è sicuro. Zoppico tra i suoi dischi sparpagliati sul pavimento. Van Morrison canta la stessa canzone una volta dopo l'altra nel vecchio giradischi. Non si è portato via niente, niente, nemmeno i suoi vinili. Gli piace un sacco quella canzone, ho fame, ho fame del tuo amore. Perché inizia come una canzone allegra e poi diventa triste, mi ha detto facendo spallucce quando gliel'ho chiesto. Faccio in modo che non passi al pezzo successivo, quando finisce rimetto la puntina nello stesso punto e ricomincia a suonare. Può sembrare una stupidaggine ma voglio che se chiama si senta, nel caso in cui chiami, voglio dire, è un dettaglio, no?, voglio dire che se chiama in questo momento la sentirà e anche se dovesse chiamare tra un'ora o alle tre di mattina. Ho deciso di stare sveglia tutta la notte se è necessario perché prima o poi chiamerà, lo so. Ho fame del tuo amore. Oh Dio, fai che mi chiami, che mi chiami una volta per tutte cazzo.

Sì, lo so che nell'ultima telefonata mi ha detto che non mi avrebbe più chiamata. Non posso andare avanti così Carol, lo capisci? Mi sta distruggendo. Lo conosco bene e so che in quel momento aveva gli occhi chiusi, cercava di controllarsi e la sua voce era un bisbiglio appena accennato, come quando mi aspettava fino a notte fonda, seduto nella

poltrona al buio, con il giubbotto ancora addosso e la TV accesa. Non ti capisco Carol, diceva allora, perché te ne sei andata così? Ma io ero completamente fatta e non mi andava di raccontargli che lo piantavo in asso nei bar non appena si voltava un attimo, perché da un momento all'altro mi dava fastidio il suo colorito sano da professore di educazione fisica, le gomme alla clorofilla nel taschino posteriore dei pantaloni, la pelle bianca piena di nei della sua schiena, la deformità del suo labbro inferiore. Cominciavo a grugnire dicendo che mi lasciasse in pace ma non trovavo le parole. Un fascio polveroso di luce azzurrina se ne usciva dallo schermo, gli tremava il viso ed era impossibile non vedere i suoi occhi arrossati da uomo disposto a uscire e fiondarsi in qualsiasi ospedale, facendo i salti mortali per trovarmi. La ragazza della televendita muoveva le labbra in silenzio e quello era troppo per me, per quello cominciavo a gridargli contro come una pazza e il Gatto correva a nascondersi nella camera da letto. Gli spiattellavo tutto, delle dita sporche che avevano forzato i bottoni della mia camicetta nel sedile posteriore di un'auto mentre io sniffavo strisce di neve dallo specchio del porta cipria. Dall'altra parte del bancone c'era sempre qualche pusher, qualcuno che mi riconosceva anche se non ci eravamo mai visti prima, e la stessa cosa succedeva a me. C'era sempre della coca e del sesso, le monete contate per prendere un taxi di ritorno a casa e lui oltre la porta, sprofondato in una poltrona, con la TV accesa ma con il volume spento per sentire meglio il rumore dell'ascensore, del telefono o dell'ambulanza.

L'ultima volta, mentre mi minacciava di riattaccare, non ho voluto dargli ascolto, gli dissi di richiamarmi presto, o meglio lo supplicai di farlo. Gli dissi, voglio solo parlare con te di tanto in tanto, essere tua amica, ne abbiamo passate tante. È ovvio che si tratta di una bugia. Voglio che torni con me, che ricominciamo tutto da zero. Ma lui rimase in silenzio, poi biascicò la cantilena del "mai più Carol" e adesso non chiama. Non ci crede. Oh Dio, lui non sa che ora non maltratto più il Gatto. E non lo lascio più senza cibo. Mi fa ancora un po' male la gamba, ma presto starò bene. L'incidente mi ha cambiata. Non m'importa più che per strada la gente mi fissi, e nemmeno che non mi notino, non rompo le cose nei negozi e non vado nemmeno in cerca di casini. Sono un'altra, sono davvero un'altra. Torno senza aver creato problemi, in cucina il Gatto ha sempre la ciotola piena di quelle schifose crocchette secche e ha acqua fresca da bere. Il lavandino gocciola. Il Gatto mi passa vicino e fa quel rumore che prima di dava tanto sui nervi. Questa casa di merda sembra un luogo felice, ci manca solo il profumo di caffè preparato da poco e un triciclo rosso nel corridoio.

Mi piacerebbe un sorso, Dio come mi piacerebbe, ma non ho intenzione di bere. E che succede se non mi chiama, dov'è, perché mi tortura così.

Rimetto la canzone e comincio a camminare verso la stanza del prato. Quelli della casa a fianco buttano sempre nel cassonetto cose che sono ancora nuove, come un paio di sci, una sedia a dondolo, uno specchio ovale a figura intera, un sacco di spartiti per pianoforte di Mozart. Una sera hanno buttato via un enorme tappeto di erba artificiale, di un verde brillante. Quella coppia doveva avere in casa una stanza con il pavimento di tappeto erboso, forse quella del bebè che sento piangere la mattina; “andiamo, che fai lì impalato, aiutami”, gli ho detto, lui non riusciva a credere che volessi veramente portarlo nel suo appartamento. L'immondizia di alcuni è il fottuto bosco di altri, penso togliendomi le scarpe nella stanza con la moquette. Per poco tutto quel cespuglio non ci stava nell'ascensore, poi lui si passò un sabato pomeriggio intero per fissarlo al pavimento di piastrelle con una colla densa consigliatagli dal droghiere. E adesso non chiama. Sarà perché zoppico, dice una voce maligna dentro di me. Mi giro, l'ombra nera del Gatto rimbalza sulla porta e mi guarda, all'improvviso mi sembra che sia stato lui chi ha parlato e sto per lanciargli addosso la stampella, ma ecco che squilla il telefono.

Hungry for your love. Mi tolgo la stampella. Corro come corrono le zoppe, attaccata alla parete, allungando le braccia come le zampe di un ragno, con gesti contorti. È lui, è lui, Dio, è lui. Ha un suono diverso quando chiama lui, scaraventandomi sul tavolo, suona come un “vedrai, ti amerò per sempre, per quanto mi faccia incazzare”. Mi faccio male alla caviglia, ma afferro la cornetta mentre sta ancora suonando, come un orso che afferra la trota che non smette di contorcersi verso l'acqua del fiume.

-Pronto?

-Ciao Carol.

Chiudo gli occhi. Meno male che hai chiamato... Le parole mi fuoriescono come vomito, dallo stomaco alla gola. Se non gli dico tutto, se non gli dico tutto sarò perduta. Lui non parla, posso immaginarmi il suo metro e novanta appoggiato contro la parete, il mento sprofondato nel collo, gli occhi chiusi. Devo dirgli che anch'io ho fame del suo amore, prima che sia troppo tardi, che è lui il giardino, ora lo so. Ma m'interrompe.

-No Carol, non cominciare. Ascoltami. Ti chiamo soltanto per dirti che ho messo in vendita la casa. Ho anche scollegato la linea telefonica. Ho fatto sì che stacchino il telefono domani o dopodomani al massimo. È finita. Voglio che tu lo capisca e questo è l'unico modo di farlo che mi viene in mente. Mi dispiace.

Mi sfugge una risata nervosa. Non può essere, non è vero, rispondo, cercando di sembrare serena. Non dice nulla, il suo piccolo labbro atrofizzato starà tremando adesso, è certo, e si starà tappando la bocca con la mano. Non dice nulla. Ehi senti, non mi puoi fare questo. Non mi puoi lasciare sola. Dove andrò? Una sferza di insulti, nausea di vero terrore, un odio feroce contro di lui, che ora intende liberarsi di me, sento tutto questo nel giro di pochi secondi. È perché sono messa male, è per questo che mi lasci, cretino? Ma dai, io non ti ho mollato perché avevi la bocca deforme, ho imparato a controllare il senso di schifo ogni volta che mi baciavi e sappi che mi c'è voluto. L'ultimo stronzo c'è rimasto secco sul sedile del conducente con il volante infilzato nello stomaco, ma io mi sono salvata. Ho avuto fortuna, nonostante quel che mi è successo alla gamba sono qui, a parlare con te anche se non lo vuoi, a badare al tuo fottuto gatto mentre tu mi dici che vendi la casa e che vuoi disfarti di me...

Parlo da sola, dico tutto quel che mi passa per la mente, non troverai mai una come me amico, sento i suoi respiri pesanti dall'altra parte. Van Morrison ha smesso di cantare. Poco dopo nemmeno io trovo molto altro da aggiungere. Sto zitta. Comincio a piangere. Mi fa male la gamba, gli dico, mi fa molto male. Lui sospira.

-Carol, non rendere le cose più difficili. Devo andare avanti e mi è insopportabile dover tornare lì. Non posso vivere in quella casa, non posso continuare a chiamarti ogni volta che mi manchi. Non è per la gamba, Carol, il fatto è che non riesci a capirlo. Ogni volta che vado a dare il cibo a Jim è come se ti dovessi incontrare da un momento all'altro, quando esco dalla doccia o nella camera, distesa sul letto con le persiane abbassate a mezzogiorno. Non ti avrei mai lasciata, anche se dopo l'incidente fossi rimasta senza tutte e due le gambe o senza le braccia, io sarei stato ancora assieme a te, ma non c'è stato niente da fare, quando sono arrivato ormai era troppo tardi, Carol, ti avevano già coperta con un telo. Ho visto le tue scarpe, la tua borsa. I tuoi capelli. Non sei lì, Carol, non sto parlando con te. Digito solamente il numero, una volta dopo l'altra, chiamo sempre anche se non voglio, ma non ci sei, non rispondi al telefono. Sono io che voglio che tu ci sia, lo capisci...

Singhiozza come un bambino, oh, Dio, questo proprio no, dico mentre penso che gli uomini appaiono particolarmente ridicoli quando piangono e quando vengono. Riattacco la cornetta come un boia che non vuole sentir parlare d'indulgenza all'ultimo minuto. Mi rifiuto di sentire ancora i suoi gemiti. Non zoppico più quando mi avvicino al giradischi e torno a mettere la puntina al suo posto.

Superwind

IN QUESTI ULTIMI MESI, Superwind ha pensato spesso di lasciare la città per trasferirsi in un piccolo paese sulla costa e ricominciare da capo. Ci pensa quasi ogni giorno, quando l'orologio della cucina segna le undici e lui si ritrova lì, seduto su una sedia con la sua tuta di lycra e il cappuccio verde, davanti al terzo o quarto piatto di brodo di carciofi della mattinata, senza alcuna novità dalla centrale dei supereroi. Superwind è ingrassato molto, si sente gonfio come un pallone e le cuciture del vestito gli si incastrano nell'inguine, quindi non è per nulla piacevole attendere per ore la chiamata per una missione con questo ridicolo travestimento addosso. Superwind guarda la lettera che si trova al centro del suo petto, una doppia vu di un dorato sempre più sbiadito che sembra raggrinzirsi ad ogni lavaggio, come se si vergognasse di essere stampata sul petto molle di un perdente. Superwind fa un respiro profondo e in quel momento gli scappa un peto rumoroso che riecheggia tra le pareti e rimane sospeso in aria come una scia di gas verde. Superwind avvicina le labbra al piatto di brodo e osserva con nostalgia la nuvoletta di energia fetida che finisce per diluirsi e svanire in alcuni secondi. Si dice di non essere mai stato un supereroe di prima classe, ma l'ultimo periodo si sta rivelando parecchio duro. Nessuno sembra aver bisogno di un tizio il cui unico superpotere è quello di sparare violentissime folate, capaci di narcotizzare un elefante furioso scappato dallo zoo, o di tracciare nel cielo frasi pubblicitarie per alcuni secondi. *E a volte nemmeno quello*, riconosce con un mormorio Superwind, mettendosi in piedi e camminando fino alla finestra, poiché lo raggiunge il ricordo dell'ultima ditta pubblicitaria che lo aveva assunto, un'azienda di latex che si rifiutò di pagarlo quando non riuscì a scrivere nel cielo quello slogan ridicolo, venti volte al giorno come richiesto dal contratto. Preservativi Tropicana, *notti di passione a profusione*, a chi sarebbe mai venuto in mente. Era una frase troppo lunga, cerca di consolarsi Superwind, rivivendo con un brivido lo sforzo e il senso d'impotenza per quella missione, la

sensazione di fallimento, le fitte al bassoventre con cui era tornato al suo appartamento, triste e a testa bassa, sperando che Stargirl fosse ancora a casa per poterle raccontare quanto si sentisse perso.

Ma la sua ragazza aveva deciso di andarsene quella stessa mattina, approfittando della sua assenza. Superwind aveva trovato un biglietto costellato di porporina argentata nella buca delle lettere assieme alle chiavi. *Mi hanno dato una parte al Parque Warner³. Ho bisogno di cambiare aria, so che mi capirai. Addio.* Superwind se ne stette per un po' sull'ingresso a piagnucolare, appoggiato al muro, cercando di rileggere tra i grandi lacrimoni l'ironico addio della sua ragazza, mentre le vicine che tornavano dalle compere gli passavano vicino protestando e tappandosi il naso con le dita. È un dato di fatto, ho dei problemi, ammette adesso Superwind, è da tempo che non ho il controllo del mio dono, non lo riesco a contenere, è lui che mi possiede. In realtà, la malinconia è uno stato d'animo flatulento e Stargirl si lamentava da tempo della pesante atmosfera di metano che si respirava in ogni stanza del miniappartamento del quale i due riuscivano a malapena a pagare l'affitto. Superwind sapeva che lei si aspettava qualcosa di meglio dalla vita. Missioni importanti che le permettessero di far risaltare le sue lunghe gambe da corista di music hall e le facessero indossare i suoi sandali alati color argento. Nei loro giorni migliori, non avevano nemmeno allora troppo lavoro, ma condividevano i propri sogni e lo stesso letto, e Stargirl era solita guardarsi nuda allo specchio della camera da letto prima di addormentarsi e si accarezzava i capezzoli a forma di stella di alluminio mentre fantasticava a voce alta sul fumetto che un famoso disegnatore avrebbe scritto per immortalare le sue avventure. Sperava che prima o poi il mondo si sarebbe arreso alla grandezza del suo superpotere, aveva addirittura immaginato il copione di quel momento: *una notte, tutti le fonti di energia elettrica della città si spegneranno e i cittadini, terrorizzati, resteranno intrappolati nella più profonda oscurità. Abbandoneranno le proprie auto e i vagoni del tram in avaria., correranno impazziti da una parte all'altra, avvolti nella foschia. I delinquenti, approfittando del caos, romperanno le vetrine dei negozi e faranno razzia in tutte le attività della 72esima. Ci saranno bambini smarriti, donne spaventate, uomini con*

³ N.d.t. Parque Warner: parco tematico di Madrid.

la cravatta che penseranno ai propri cari, tremando al buio, pregando accanto alla finestra, mente aspettano il loro ritorno. A quel punto, qualcuno alzerà lo sguardo e rimarrà a bocca aperta vedendomi comparire accanto agli enormi grattacieli, luminosa e sorridente, mentre apro le braccia per diramare le mie stelle sopra tutta la città e restituisco la speranza a tutti quei poveri esseri umani spaventati che cominceranno ad acclamare il mio nome, gridando in coro Stargirl, Stargirl, Stargirl...

Superwind ricorda con un nodo in gola le illusioni della sua ex, la verità che le offrivano, guardando con i suoi occhi grigi da allucinata l'immagine di un futuro glorioso che lo specchio sembrava restituire. Lui l'amava molto, se n'era innamorato nella sala prove dei poteri della facoltà nel momento in cui l'aveva vista apparire con la sua tutina argentata, ricoperta di stelline che si illuminavano quando lei batteva le palpebre o allungava le braccia come una ballerina di teatro. Le sbavava dietro la metà dei ragazzi del suo anno, i quali sedevano nelle prime file, mentre lei, senza smettere di sorridere al suo pubblico, come fosse una delle false sirene di Esther Williams, si esibiva nei suoi esercizi al centro della pista, con l'entusiasmo di una majorette. Superwind l'amava, ma sapeva che nemmeno lei era una fuori serie, una super eroina del calibro di Catwoman, la compagna di corso che era solita vagare sonnambula sui tetti del campus avvolta in un conturbante vestito di pizzo nero. Catwoman aveva un udito ultrasonico, la misteriosa agilità dei felini, e, come una gatta siamese infuriata, non aveva certo timore di trovarsi faccia a faccia con una ventina di delinquenti. Era lesta, conosceva a mena dito ogni viuzza della città e i malviventi che l'abitavano, ma, sapeva anche sfruttare in maniera irresistibile l'enigma della maschera da gatta che lasciava intravedere gli occhi languidi e due labbra rossissime. Ovviamente riuscì a diplomarsi con i voti migliori tra quelli del suo anno, e di lì a poco iniziarono a pioverle addosso succulenti contratti come attrice di serie tv e modella per una famosa marca sportiva. Stargirl la odiava per la sua fotogenia e le sue doti naturali, e certe notti si sporgeva dalle scale antincendio del suo appartamento per lanciare, piena di rabbia, una delle sue candele contro qualche gatto randagio che si aggirava sul marciapiede. Nonostante fosse una di poche pretese, era cosciente del fatto che il potere delle sue piccole

bombe iridescenti non sarebbe mai stato altro che un appariscente numero di illuminotecnica, un bello spettacolo compiuto da una bella ragazza che non aveva niente a che vedere con le vere sfide riservate a esseri fantastici come Capitan America o Spiderman. O Catwoman.

Attraverso il vetro Superwind vede passare come una scheggia Iron Man, mentre impugna con una leggerezza insolente la coda di un Boeing 747. Si ricorda di aver sentito poco fa alla radio il sequestro di un aereo da parte di due estremisti islamici armati di bombe e mitragliatrici nelle prime ore del mattino. Gli scappa un altro sospiro, un peto floscio. Non gli erano mai piaciuti la faccia da schiaffi e i bicipiti metallizzati di quel fantasma che non fa altro che evitare apocalissi mondiali ogni volta che ne ha l'occasione, nonostante il successo di vendite delle sue memorie, in cui narra minuto per minuto di come sia riuscito a fermare un attentato talebano di dimensioni impressionanti contro le Torri Gemelle di New York, lo abbiano reso multimilionario permettendogli di ritirarsi dalla circolazione già da tempo.

Superwind si scosta dal vetro e tossisce un po', per via della nebbiolina verde che aleggia ancora nell'aria. Comincia a preoccuparsi di come troverà i soldi per comprarsi la zuppa di carciofi in scatola che è alla base della sua dieta, se questa situazione precaria si dovesse dilungare, ma in quel momento bussano alla porta. Qualcuno da dei timidi colpetti alla porta, perché il campanello ha smesso di funzionare da tempo e Superwind si prepara ad aprire a passi lenti. Dall'altra parte appare una donna dai capelli rossi, con addosso un vestito di sartoria grigio un po' démodé, che sfoggia un sorriso da prima che lui aprisse e tiene in mano una Bibbia rilegata in cuoio nero. Superwind guarda nel borsone a quadri che la venditrice porta a porta a lasciato ai suoi piedi e si chiede come una ragazza così smunta possa portarselo da una parte all'altra. Poi le osserva attentamente il viso, che gli sembra vagamente familiare. La mandibola paralizzata e il ... con cui lascia cadere il libro che fino a un attimo prima teneva come se fosse uno scudo protettore che tutti dovremmo avere, gli fanno capire che anche lei lo ha riconosciuto. Quella balbetta nervosa un saluto e, dopo il timido ciao le scappa un rutto formidabile che produce un'eco nel pianerottolo.

-Stormlady! Non ci posso credere, da quanto tempo... Ma non startene lì, dai, vieni dentro - esclama Superwind con finto entusiasmo, trattenendo la pancia ... e facendosi in parte per farla entrare, mentre dentro di sé prega perché l'appartamento sia più o meno arieggiato.

Le scarpe di Margot

SCESI DAL TAXI con l'impressione che il cielo plumbeo della mattina cadesse sulle mie spalle, come un mantello di mercurio. Erano più o meno le otto e mentre pagavo il tassista mi resi conto di avere ancora tempo per farmi una doccia e cambiarmi, ma non potevo dilungarmi troppo. In centro avrei trovato un traffico esasperante e se non avessi fatto attenzione sarei arrivata tardi all'appartamento di Elsa per prendere il suo vestito da sposa. Avevamo deciso di seppellirla con quello, o meglio, lo avevano deciso Jaime, il suo fidanzato affranto, e mia madre che, per qualche secondo, aveva abbandonato il sonno narcotico dei calmanti per appoggiare la mozione di suo genero, il chirurgo, e scartare il completo scuro che le avevo comprato io il giorno prima da Zara. *Tua sorella non si sarebbe mai messa quel vestito da commessa di boutique di quartiere*, tesoro, sbottò con amarezza. Poi mi chiese un'altra pastiglia e gliela diedi. Ad essere sincera, preferivo che dormisse gran parte del tempo, ma mi contenni, le dissi che Elsa non poteva più pensare a problemi di vestiario e le assicurai che mi sarei occupata di tutto io. Te ne andrai da qui bianca e radiosa, sposa cadavere, pensai uscendo dall'ascensore, mentre cercavo il mazzo di chiavi nella borsetta, con le dita lente, con una certa ammirazione, visto che, anche dopo morta, era sempre riuscita a manovrarmi come una marionetta che correva da una parte all'altra della città per occuparsi delle sue faccende.

Luis stava ancora disteso sul divano del salotto. Guardava delle riviste, steso tra un mucchio di cuscini disordinati come un ammalato d'influenza. Sopra al tavolino c'erano un bicchiere vuoto e una bottiglia di whisky. Accanto al divano stava la valigia che aveva preparato per andare al convegno di ostetricia. Ci salutammo. Aveva un aspetto terribile. Il collega che gli cucì la faccia ci disse che il gonfiore ci avrebbe messo ancora qualche giorno a sparire. Alzò lo sguardo. I suoi

occhi erano messi proprio male, come se fossero impegnati a mettere a fuoco punti diversi, come se due esseri del tutto diversi ti stessero guardando dal centro del suo viso. La palpebra sinistra, tumefatta per il colpo contro il vetro anteriore, sembrava quello di un mostro, per metà affondato sopra la pupilla sempre umida, come fosse sul punto di mettersi a piangere in qualsiasi momento. L'altro conservava l'iride grigiastro di sempre, con la sua forma a mandorla e le belle ciglia bionde da donna che lo coprivano.

Non voglio trovarti qui quando tornerò, gli dissi dalla porta della stanza. Non disse nulla, né io mi aspettai che lo facesse. Avevo bisogno di mettermi al più presto sotto il getto dell'acqua calda della doccia.

Mi raccolsi i capelli in una coda di cavallo senza guardarmi allo specchio e cercai tra gli scaffali il vestito nero che avevo comprato per il funerale. Un enorme sacco scuro, con le maniche lunghe, senza scollatura, l'unico indumento che poteva permettersi una donna con la taglia 50. Sentii di nuovo la voce di Elsa, *Devi metterti a dieta, Margot, ogni volta che entri in una stanza sembra che non ci sia abbastanza aria per tutti*. E un coro di risate metalliche che seguivano la battuta. Presi le forbici della manicure dal mobile e strappai con violenza il numero 50.

Lasciai l'auto nel parcheggio del moderno complesso di appartamenti in cui mia sorella aveva vissuto durante gli ultimi due anni. Le consulenze di Jaime andavano a gonfie vele e avevano deciso di trasferirsi in un villino nella montagna dopo il matrimonio, ma lei voleva tenersi il suo appartamento da single. Sorrisi: non me la sarei proprio mai immaginata vivere in campagna. Elsa che pota i cespugli di adelfe rosa. Che inforna torte al limone istantanee nella sua cucina spaziale. Era difficile credere che avrebbe trascorso la sua vita leggendo riviste di moda su una sdraio al bordo di una piscina.

Ci sarebbero state due macchine come la mia piccola Peugeot nel buco lasciato dalla sua auto sportiva. La Mercedes decapottabile color luna piena, la sua prima bara, era un ammasso di rottami accartocciati quando arrivarono quelli dell'assicurazione. Ci dissero che l'uomo che occupava il posto del copilota uscì all'istante, ma Elsa rimase bloccata sul suo sedile. Dovettero usare una sega elettrica e ci misero ore a tirarla fuori da lì. A quel punto ci avevano già avvisati e

Jaime ed io aspettavamo sul ciglio della strada che lei facesse quella che sarebbe stata la sua ultima apparizione da diva. Da una distanza prudente osservai come uno dei poliziotti si sporgeva verso l'interno dell'auto e la prendeva in braccio con una delicatezza infinita, senza dubbio addolorandosi per la tragica morte di una così bella ragazza. In quel momento sembravano i protagonisti di una di quelle catastrofi da film americani. I capelli insanguinati coprivano il viso di Elsa con una drammaticità che sembrava studiata. Jaime cominciò a singhiozzare. L'agente si chinò per appoggiare il corpo sulla carreggiata ed ebbi il tempo di vedere, prima che la coprissero con un coperta dorata, che portava una delle sue gloriose minigonne e che era scalza. Distinsi i punti rosso scuro delle unghie dei piedi. Guidava sempre senza scarpe.

Nell'ingresso dell'appartamento si sentiva ancora una scia di Guerlain che metteva di solito. Un aroma caldo, incredibilmente reale, che si mescolava con il profumo per ambiente alle rose bianche e non sembrava l'odore di una morta, ma quello invece di una bionda spettinata che in quello stesso istante si trovava ancora lì, seduta sul letto per mettersi in tutta fretta delle costosissime decoltè, scelte quasi a caso da una collezione di più di cento paia ordinate per colore che teneva nella sua cabina armadio. Sul punto di uscire di casa, verso un destino sconosciuto del quale non avrebbe detto nulla a nessuno, prendendo il mazzo di chiavi dal tavolino in entrata mentre passava, tirando fuori dalla borsa il lucidalabbra per metterselo in ascensore. Decisa a trascorrere le sue ultime ore da single in compagnia del suo amante, un intero fine settimana con lui in un qualche hotel di una capitale del centro Europa, a patto che i due si fossero sbrigati e fossero riusciti a giungere all'aeroporto. Se lei avesse premuto a tavoletta l'acceleratore per poter recuperare la mezz'ora di passione improvvisa che li aveva trascinati sul divano bianco quando erano già vestiti.

Se n'erano andati lasciando le luci accese. Il fascio di luce giallo di un dozzina di faretti alogeni inutili continuava ad illuminare il salotto due giorni dopo, scendendo sul tappeto e i mobili bianchi. Spensi uno ad uno tutti gli interruttori. Guardai le copertine vintage di *Vogue* che Elsa aveva fatto incorniciare; ragazze con cappelli di piume, bikini antiquati e sorrisi frivoli, bellezze congelate in un'estate

remota o in un aperitivo elegante che andavano avanti attaccate alle pareti, come se niente fosse.

Adesso prendi il vestito e vai via, mi dissi mentre attraversavo il corridoio. Dovevo solamente trovare il vestito da sposa e uscire da casa sua il prima possibile. Tornare all'obitorio così quelli delle pompe funebri potessero vestirla, perché lei stava ad aspettare, scalza, nuda dentro la sua bara, con l'espressione assorta che hanno i morti. All'ospedale ci avevano consegnato una borsa di plastica trasparente con i suoi vestiti: una camicia in garza di cotone fatta a brandelli, la minigonna nera di pizzo, il delicato reggiseno ricamato inzuppato di sangue. Non portava le mutande, a quanto pare. In un'altra borsa più piccola ci restituirono le sue scarpe, di un rosa metallico, incredibilmente nuove, come se non avessero subito alcun danno. Elsa portava un 40 abbondante, ma era così gracile, così affusolata, che non si notava. Il piede, mi dicevo io scoraggiata, era l'unica cosa che lei aveva più grande.

Forse le avranno già sistemato i capelli. Un'impiegata delle pompe funebri era arrivata all'obitorio sulle sette con una valigetta nera con inserti metallici. La donna, aveva, anche lei, una pettinatura da morta, uno chignon rigido che sembrava poter resistere sulla cima della sua testa per un'eternità. So cosa avrebbe detto mia madre, che Elsa non avrebbe mai permesso che una come quella le toccasse i capelli o il viso, ma adesso se ne sarebbe stata buona buona e la donna con l'aria da suora triste si sarebbe occupata del suo viso, che aveva ricevuto un colpo forte sulla fronte e sullo zigomo sinistro, con frattura del setto nasale e la perdita di qualche dente. *E' meglio che tengano chiuso il feretro, in modo che i suoi familiari e gli amici la ricordino com'era*, consigliò con voce inespressiva la truccatrice dopo aver guardato una foto che Jaime tirò fuori dal portafoglio, *cercherò di prepararla nel modo migliore possibile, ma l'avverto che ha subito un trauma molto grave. La morte è particolarmente crudele in alcuni casi.*

Attraversai la camera da letto, in direzione della cabina armadio. Ho sempre pensato che Elsa fosse riuscita a creare una copia di se stessa in quell'abitazione così bianca, da domenica mattina invernale. La potevo vedere in ogni particolare: nella nappa di frange argentate che abbelliva la maniglia dell'armadio, nella toilette di Laura Ashley e il suo specchio di forma ovale, nel rosso acceso delle tende che

una brezza leggera agitava vicino al balcone aperto. Vidi le sue scarpine rosa col tacco, le lenzuola ammucciate sul bordo del letto ed Elsa, pigra e sensuale, scalza e nuda, sopra il materasso. Non volevo trattenermi, *prendi il vestito ed esci di qui*, ma sul comodino c'era un cestino di plastica pieno di fragole e non potei fare a meno di avvicinarmi. Fragole giganti del Corte Inglés⁴, una dozzina di fragole magnifiche, fuori stagione, che qualcuno con grande cura aveva messo dentro a una piccola cesta di cartone in modo che formassero una piramide. Sorprendentemente incorrotte. Le guardai come fossero un mucchio di cuori di bambino pronti per essere divorati, ma non ebbi il coraggio di toccarle.

Sospirai. Mi sedetti sul materasso e con i piedi sbattei su qualcosa. Una bottiglia di champagne di vetro rosa. Vuota. Champagne rosa, ovvio, pensai, come quello che bevono le coppie che si danno appuntamento all'ultimo piano dell'Empire State Building nelle commedie romantiche degli anni 40. Vicino al letto, attaccate alla testiera come due modelle magre e scontrose, c'erano due coppe di cristallo intagliato a ricordarmi che io a quella festa non ero stata invitata e che stavo attendendo lì senza permesso. D'improvviso mi venne quasi da vomitare, come se avessi trovato tra le mie lenzuola un paio di mutande di qualcun altro. *Prendi quel cazzo di vestito e vattene*, mi ordinai sottovoce.

Mi alzai, disposta ad obbedire. Camminai fino alla porta scorrevole in fondo, che era rimasta socchiusa. Quando mia sorella si trasferì nell'appartamento, decise di trasformare la stanza accanto alla camera da letto nella sua cabina armadio. Una camera dipinta di lilla con il pavimento tappezzato di moquette bianca dove, sapevo, avrebbe riposto il suo vestito, ignorando il consiglio della modista. Madame Chantal le aveva suggerito di conservarlo nel suo laboratorio, nel caso in cui avesse perso un po' di peso per via dello stress durante le settimane che precedevano il matrimonio, *succede a molte spose, chérie*.

Elsa aveva insistito così tanto che alla fine mi sentii dirle che, sì, l'avrei accompagnata certamente all'ultima prova. Madame Chantal in persona venne ad aprirci la porta del suo atelier, sbaciucchiò l'aria che circondava le nostre guance e ci condusse attraverso un lungo corridoio dipinto d'oro. Il corridoio dopo un po'

⁴N.d.t. Corte Inglés: centro commerciale spagnolo.

sbucava nella stanza in cui le sue aiutanti vestivano le spose. Una mezza dozzina di ragazze identiche, pettinate con uno chignon basso, con un vestito nero inamidato, abbottonato dal collo fino alla fine della gonna, si girarono e ci sorrisero allo stesso tempo. Non appena entrammo in quella stanza tappezzata di specchi, Elsa alzò quelle su lunghissime braccia da ballerina, come per stiracchiarsi, e si tolse il suo leggero vestito bianco di cachemire, mentre una delle sarte si avvicinava per raccogliarlo, diligente come una donzella medievale, prima che sfiorasse il pavimento. Mia sorella aveva camminato fino al centro della stanza, in biancheria intima e con ancora addosso i suoi stivali neri con il tacco alto, consapevole del fatto che tutti la stavano guardando. Me compresa. Non riuscivo a distogliere lo sguardo dalla colonna vertebrale affusolata che traspariva dalla sua schiena di seta, dalla sua luminosa coda di cavallo, dalle gambe coperte dalle calze autoreggenti color rosa chiaro e dalle mutandine bianche e intonse, così piccole. In quella sala degli specchi che ripeteva la sua magrezza e il suo elegante modo di esibirsi io, a confronto, mi sentivo troppo grande, oscena per colpa di un corpo che non aveva smesso di espandersi in tutte le direzioni da quando compii quindici anni. Con un disgusto sempre maggiore notai che anche i lineamenti del mio viso cambiavano, scolpendo il volto di un'altra donna, con i denti da cavallo e gli occhi troppo grandi. Ai tempi del liceo, Elsa mi osservava divertita attraverso lo specchio del bagno mentre ci sistemavamo i capelli per uscire, soffermandosi sulla differenza tra i nostri visi: il mio tragico, ormai rassegnato di fronte a quella trasformazione che lo colpiva giorno dopo giorno; il suo delicato e felino, sempre più bello.

No, non poteva esserci alcuna consolazione. No mi aiutava pensare che Elsa indossasse un numero in più di me. A che cosa importava, pensai, quando la vidi rifiutare l'aiuto della ragazza che l'aspettava alla base dello sgabello, prendendo slancio e salendo da sola sul piedistallo, mentre un coro di donne vestite da lutto con i loro portaspilli e cominciavano ad avvolgere il suo corpo in un bocciolo di tulle bianco strappato.

Da quell'altezza, sorrideva come una contessa attorniata dai suoi lussuosi gatti neri, e di tanto in tanto cercava i miei occhi attraverso gli specchi. Ad un certo punto fece segno a madame Chantal di avvicinarsi e le sussurrò qualcosa nell'orecchio.

Vidi quella donna grassa e profumata annuire con un enorme sorriso e rivolgersi verso di me, muovendo il suo corpo tondo con tanta vivacità da far svolazzare le perle nere della collana, come uno stormo di anatre spaventate. *Accompagnami, cara, anche lei dev'essere bella per il gran giorno, sua sorella vuole che che proviamo del velo cinese nei toni del verde bottiglia. Ha un gusto eccellente, sono sicura che sia il suo colore...*

No, non lo era, ma non dissi nulla. Mi lasciai trascinare in una sala attigua, sprovvista di specchi in cui un'apprendista stizzita mi prese le misure e stese davanti a me un enorme cilindro di tela verde, con palese insofferenza, come se non le sembrasse giusto che mi facessero il vestito con quella stoffa. E fu così che mi trasformai in un'enorme spinacio con il petto informe. *Per-fet-ta* sillabò Elsa quando venne a vedermi con un luccichio trionfale negli occhi, *ti mancano soltanto le scarpe.*

Fu lei che mi convinse a entrare in quel negozio del centro con il pavimento di marmo. Mi indicò delle scarpette della vetrina. *Perfette*, disse, facendo in modo che quella parola suonasse come se fosse stata scritta in corsivo. E io, come una sciocca, dissi di sì, nonostante non avessi nulla a che vedere con quelle scarpe dorate, tacco nove, con il tallone scoperto e la punta stretta sembravano fissarmi con sguardo accusatore, come un paio di aquilotti ostili, non appena la commessa li tirò fuori dal loro nido di carta velina per mostrarmeli.

Perfetto. La parola preferita di Elsa. La usava ormai da anni, quando eravamo adolescenti e mi suggerì di abbreviare il mio nome perché si abbinasse al suo, *ce ne sono tante di Margarita... Margot, Margot è perfetto*, e lo stesso fece quando cominciò a parlarmi di Luis, *devo presentarti a un amico di Jaime. È un medico, un ginecologo. Poverino, non ha ancora potuto mettersi in proprio e lavora ancora per la sanità pubblica, ma è molto carino, un ragazzo perfetto per te.*

Era lì, appeso all'imposta della finestra accanto ad una cappelliera. Impassibile, nascosto da una busta di satin grigia. Mi rifiutai di abbassare la zip per guardarlo, non volevo trovarmi ancora una volta di fronte alla bellezza di Elsa, anche in assenza del suo corpo. Mi faceva soffrire pensare a lei, dall'alto dello sgabello, mentre faceva segno sorridendo di abbassare ancora di un centimetro lo

scollo a vu. Ricordai i miei passi goffi dentro il negozio di scarpe, le due volte che inciampai e fui sul punto di cadere bocconi prima di arrivare allo specchio nel quale mi vidi più grassa e brutta che mai, sopra questi ciabatte che non facevano per me, ma che comprai senza controbattere, perché Elsa aveva pronunciato la parola magica.

Per-fet-te.

Staccai la busta e presi in braccio il vestito e la cappelliera con le iniziali di Madame Chantal che immaginavo contenessero il velo di tulle e il diadema. Non mi soffermai a cercare la scatola bianca con i sandali incrociati color marmo di Manolo Blahnik che Elsa aveva comprato da Serrano. Mentre si apriva la porta dell'ascensore sentii la vibrazione del cellulare dalla tasca della giacca. Era mia mamma, con la voce intontita dal sonno. Mi fece una serie di domande sconnesse alle quali provai a rispondere con il cellulare tra il mento e la spalla, mentre sistemavo il vestito da sposa al poggiatesta del sedile posteriore, come se fosse un passeggero. *Sì mami, passo subito per di là, con il vestito. Certo che vengo a trovarti più tardi, non ti preoccupare. Sì, sì, domani stesso mi occuperò di chiudere i conti correnti e di avvisare l'impiegata perché venga a dare una pulita generale alla casa. Non piangere, mami. La vestirò io personalmente, non c'è bisogno che la faccia tu questa cosa spiacevole. Elsa sarà la sposa più bella di tutte. Sarà perfetta, come sempre. Riposa un po', dai.*

Mi sedetti al volante. Diedi un'occhiata all'orologio e girai la chiave dell'accensione. Dovevo sbrigarmi se volevo passare per casa per prendere dalla parte alta dell'armadio le scarpe dorate che Elsa voleva che sfoggiassi il giorno del suo matrimonio.

Sessantamila

FLASH-FLASH. FANNO COSÌ LE MIE PALPEBRE di povero infermo quando fanno fuori qualcuno, flash-flash. Flash, una volta, lenta, che come un radar localizza nello spazio la vittima, e poi un'altra, un altro flash, quello definitivo, quello che nel giro di alcuni secondi lascia senza aria la persona o l'animale che ho deciso di levare di mezzo. Perché ogni tanto mi va così. So che non è bene, ma uccidere è così facile per me, così semplice che posso farlo proprio da qui, disteso nel letto matrimoniale dei miei defunti genitori, che si è trasformato in un vizio vero e proprio. Sento un miagolio angosciante attraverso il giardino interno, poi un rumore secco. Il gatto era nero, una piccola pantera dal pelo lucido e dagli occhi ostili che ogni tanto mi spiava dal balcone di fronte, semi nascosto tra i vasi di gerani rossi. A dire la verità, ci spiavamo l'un l'altro, come due vecchi nemici che da un po' di tempo avevano smesso di giocare a scacchi per via di un malinteso e che si guardavano ancora con incomprensibile risentimento. Scacco matto, mi dico, chiudendo gli occhi immaginandomi la figura di un re nero caduto sulla scacchiera.

A quel punto, nella stanza arriva mia sorella. Flash. Lucila non presta molta attenzione al grido acuto di Doña Águeda, né al nugolo di vicine accorse alla finestra per capire cos'è stato di preciso a cadere con tale strepito, avido, animate, perché oggi è martedì, e il martedì non succede mai niente, ma proprio niente, nemmeno una brutta litigata coniugale, niente, per le scale. Lucila entra, con il suo passo maldestro e lascia sul comodino il piatto di cristallo con il bicchiere di latte tremolante e la pastiglia delle sei. Poi si avvicina al balcone, abbassa la persiana verde per cancellare dalla mappa la morte del gatto e mi guarda, "come sta il mio

fratellino stasera”. Non le rispondo nemmeno. È da anni che non mi disturbo nemmeno a girare la testa quando mi chiama il mio fratellino, perché dovrei, se continuerà a fare così, giorno dopo giorno, nel momento in cui entrerà nella stanza alle sei meno cinque, trascinando i piedi, sempre più ingobbita, con i capelli sempre più bianchi, il mio fratellino, il mio fratellino, un fratellino di quarant’anni suonati con il pannolone e le gambe piene di pelo che lei insapona con una spugna prima di spegnere la luce della lampada alle nove e mezza e uscire in punta di piedi con il catino in mano. Flash. Soltanto uno, chi si prenderà cura di me, se lei non ci sarà.

Lucila è contenta così, lei, che svampita com’era, non ha mai avuto fortuna con i suoi fidanzati, che tornava dalle *verbenas*⁵ quasi sempre con le calze strappate e in lacrime perché il soldato che le piaceva aveva invitato a ballare una delle sue amiche, si accontenta di stare con me, un bambolotto, un pupazzo, che muove soltanto gli occhi, e nemmeno più il collo, solo gli occhi, flash, che si irrita se una donna grida troppo mentre chiama i figli perché la cena si fredda, flash-flash se non controlla il tono della sua voce la volta dopo. Muoiono tante vicine nel quartiere ultimamente, casalinghe trasformate prematuramente in donne di mezza età che lasciano i classici figli e vedovi che non sanno nemmeno fare una lavatrice. Che peccato, cadono fulminate sul pavimento della cucina tenendo in mano una forchetta sporca di uovo, con un ommioddio perso dentro gli occhi sbarrati. Flash-flash, a volte anche i bambini più piccoli, quelli che immagino siano vestiti con quei pigiamini color pastello e che tanto sentono la loro mancanza, se ne vanno presto, fanno cadere il ciuccio nel pieno dei loro piagnistei disperati e il loro pianto si interrompe, si ferma improvvisamente. Il vedovo e i figli più grandi diventano di colpo taciturni, un susseguirsi di disgrazie in così poco tempo, e imparano a sopravvivere leggendo le istruzioni di come si fa a lavare della biancheria violentemente sporca o come si cucinano i ceci. Flash. Soltanto uno, non me la prendo con quelli pacifici, con i rassegnati. Con le persone d’animo buono, come mia sorella Lucila, che con docile un gesto raccolse le due urne di metallo che contenevano i resti dei nostri genitori nelle pompe funebri, e anche i miei, all’uscita

⁵N.d.t. *Verbena*: festa popolare con musiche e balli che si celebrano all’aria aperta la sera, generalmente, alla vigilia di alcune festività estive.

dall'ospedale, in seguito all'incidente d'auto. A volte me la faccio addosso dalla rabbia se penso a tutto quello che ho smesso di essere quella domenica, mentre ritornavamo dal paese, io mezzo sbronzo a causa del *pacharán*⁶ che avevo bevuto al bar prendendo il caffè, senza la benché minima idea, senza sospettare che dopo aver sbattuto la testa sul sedile posteriore della Seat 124 mi avrebbero atteso solamente un letto di vecchi vegliato da un crocifisso, la spugna ruvida, una pastiglia amara alle sei di ogni sera e un vicinato rumoroso che col passare del tempo e col mio odio senza fine avrei imparato a sterminare.

Flash-flash. Doña Águeda piange attraverso le fessure, gridando il nome del suo gatto. A quanto pare, si chiamava Silvestre. Lucila mescola il latte nel bicchiere facendo girare il cucchiaino. Me lo avvicina alle labbra perché io beva, ne prendo un sorso. Con un sorriso idiota sulla sua faccia paffuta, si mette la pastiglia bianca sul dito indice. Allungo la lingua, catturo la capsula come un'iguana. Lucila ride, "ah, il mio fratellino". E, mentre modella il cuscino e mi sistema il colletto stropicciato del pigiama, inizia chiacchierare. Non del tempo o del prezzo delle pere confra, come fa tutti i giorni. Oggi mi dice che mi vuole così tanto bene che, dopo averci pensato su, alla fine si è decisa. "Sì, fratellino, sì, una invecchia e potrebbe venirti un colpo in qualsiasi momento, oggi la gente muore sempre più giovane, hanno detto al mercato che è per via delle antenne delle compagnie telefoniche e dei computer che rilasciano onde nocive e ci fanno marcire dentro. Io so soltanto che, guarda la povera Dorita del numero 15, o Teresa, non avevano ancora compiuto 45 anni... Sono mesi che ci rimuginano sopra, non vorrei che mi accadesse qualcosa e tu rimanessi qui solo, non ci voglio nemmeno pensare. E così, niente, mi sono fatta un'assicurazione sulla vita, perché non ti manchi niente e si prendano cura di te se non dovessi esserci, non si sa mai. 60.000 euro, non un soldo di meno, 60.000 euro vale tua sorella, è questo che riceveresti dalla banca, fratellino, e così ti verrebbero ad assistere due belle infermiere, una bionda e una mora, proprio come al re di Spagna, saresti servito e riverito. Ma non essere triste, tesoro mio, che a Lucila rimangono ancora molti giorni da stare con te, è solo perché non si può mai sapere,

⁶ N.d.t. Pacharán: liquore dolce e molto forte a base di susine, tipico della Comunità Autonoma della Navarra.

sai, non ti arrabbiare, non ti mettere a piangere, non fare così con quegli occhioni, dai, che mi fai star male”.

Lucila si sporge per darmi un bacio sulla fronte. Posso sentire sul collo il tocco dei suoi seni senza forma, attraverso la barriera rigida del suo reggiseno color carne. Certe mattine viene in camera con una camicia non del tutto abbottonata o la vestaglia aperta. “Fratellino mio, non guardare, non è bene”, ma io non distolgo lo sguardo dal pizzo a fiori che decora il suo reggiseno, una specie di trifoglio a tre foglie. “Dopo torno, fratellino, adesso inizia la telenovela”. Lucila esce dalla mia visuale, si allontana e chiude la porta dietro di sé. La sento canticchiare “Aquellos ojos verdes⁷” nel corridoio, finché la sua voce non si spegne in lontananza.

Flash. Doña Águeda non smette di piangere, le faceva tanta compagnia il suo gatto.

⁷ N.d.t. “Aquellos Ojos Verdes” (Quegli occhi verdi) canzone di Juan Diego Florez.

La stampa di questo libro si è conclusa il 10 Febbraio 2010, anniversario della festa del 1917, giorno in cui lo Zar Nicola II regalò a sua moglie la Zarina Alessandra una coppia di gatti blu di Russia chiamati Kniaz Oleg e Dama Petrovna.

COMENTARIO TRADUCTOLÓGICO

LA AUTORA Y SU OBRA

PATRICIA ESTEBAN ERLÉS

Patricia Esteban Erlés (Zaragoza, 1972), Licenciada en Filología Hispánica, ha publicado hasta el momento tres libros de cuentos. El primero de ellos, *Manderley en venta* (2008) obtuvo el Premio de Narración Breve de la Universidad de Zaragoza en 2007 y fue seleccionado en el V Premio Setenil como uno de los diez mejores libros de relatos publicados en España en el año 2008. Su segundo libro, *Abietro para fantoches* (2008), ganó el XXII Premio de Narrativa Santa Isabel de Aragón, Reina de Portugal. Su tercer libro de cuentos, *Azul Ruso* (Páginas de Espuma, 2010), también estuvo seleccionado como uno de los candidatos al premio Setenil. *Casas de muñecas*, su cuarto libro, se publicó en septiembre de 2012 y nace de una colaboración con la dibujadora Sara Morante. Varios de sus cuentos han sido antologados en volúmenes temáticos como *Vivo o muerto* (2008), *Perturbaciones* (2009), o *22 escarabajos* (Páginas de Espuma, 2009), y en antologías como *Pequeñas Resistencias 5. Antología del nuevo cuento español* (Páginas de Espuma, 2010).

AZUL RUSO

En un artículo que apareció en el Heraldo de Aragón, José Domingo Dueñas afirma que en los relatos “*la fantasía irrumpe en lo cotidiano sin estridencias, los animales se convierten en metáfora de estado de ánimo, de situaciones que viven a desvelar algo de la parte oscura del ser humano*”. Sobre la autora dice que ha dado “*un nuevo paso adelante como narradora de empaque, nos descubre nuevas facetas de un mundo rico en matices, sobrecogedor y reconfortante a un tiempo*”⁸.

Durante una entrevista con Antón Castro, Patricia Esteban Erlés dijo “*para mí el cuento es el instante, la densidad, la fotografía de la que hablaba Cortázar. Siempre que la mires, encontrarás un detalle nuevo, algo que te intrigue o te haga pensar. Es una píldora pequeña, pero matona, que puede encerrar el sentido más profundo de la vida y que te*

⁸ DUEÑAS, J. D. (2010), artículo publicado en el *Heraldo de Aragón*, febrero 2010.

acompañan para siempre, una vez los has leído”⁹. Como afirma la misma autora el nombre de la protagonista del relato *Azul Ruso*, Emma Zunz, es un “*homenaje, claro, humilde y sentido*”¹⁰ al personaje del escritor argentino Jorge Luis Borges.

Rasgos característicos del estilo

En *Azul Ruso* podemos analizar algunos rasgos peculiares del estilo de la escritora. En primer lugar, cabe decir que se trata de textos caracterizados por una gran riqueza léxica, sobre todo aparecen muchísimos adjetivos, locuciones adjetivales y los periodos dedicado a la descripción son muchos y muy a menudo largos.

Por otra parte, en muchos casos la narración es en primera persona y, por tanto, la autora utiliza un lenguaje menos formal para describir el flujo de los pensamientos. Además, las oraciones largas con una gran presencia de subordinadas, se alternan a oraciones muy breves que confieren a los relatos un ritmo más rápido y nunca monótono.

Las narraciones se parecen a escenas de películas porque muy a menudo se inspiran al cine como dijo Patricia Esteban Erlés “*el cine marcó mi infancia, es una bonita cicatriz que [...] ha dejado una enorme impronta, porque no concibo la literatura sino como una forma de plasmar lo que veo, las imágenes, de interpretarlas a través de la palabra*”¹¹.

⁹ Cfr. CASTRO, A. (2010) artículo publicado en el *Heraldo de Aragón*, el día 24/02/2010.

¹⁰ Cfr. Op. Cit. CASTRO

¹¹ Cfr. Op. Cit. CASTRO

I. ASPECTOS LÉXICOS:

Newmark afirma que:

Las principales dificultades, sin embargo, a la hora de traducir, se hallan en el léxico y no en la gramática, o sea, en las palabras, colocaciones y locuciones o modismos estereotipados¹².

En este apartado se analizarán los aspectos léxicos sobresalientes contenidos en la obra *Azul Ruso*, con el fin de señalar las peculiaridades más interesantes desde el punto de vista de la traducción, motivar su traducción italiana y destacar los obstáculos y las problemáticas de este trabajo.

1. Los extranjerismos: el uso de préstamos y calcos entre español e italiano

En este estudio, intentaremos evaluar la presencia de extranjerismos en los relatos del libro *Azul Ruso* y trataremos de motivar su traducción al italiano, a través de ejemplos concretos.

En determinadas ocasiones es necesario recurrir al uso de alguna palabra proveniente de otra lengua sin traducirla, como ocurre, por ejemplo, cuando es necesario hacer referencia a alguna técnica o a algún concepto nuevos.

¹² NEWMARK, Paul (1992): *Manual de Traducción*, Madrid, Ed. Cátedra, p. 52.

En algunos casos, la palabra extranjera permanece inalterada; en otros, en cambio, es sometida a una adaptación fonológica, ortográfica o morfosintáctica¹³. Por consiguiente, se destacarán todos los casos en que en la lengua de partida se encuentran calcos o préstamos, con qué frecuencia aparecen, en cuáles contextos específicos y si el término correspondiente italiano que se ha elegido mantiene el calco o el préstamo.

1.1 Los contextos

Los contextos más productivos en materia de extranjerismos son los que contienen vocablos que pertenecen a algunos ámbitos específicos: los cómics, los muebles y el diseño interior, la moda y la ropa en general. En la mayoría de los casos, estos términos procedían del inglés, del francés y del italiano. Por lo que concierne a la traducción, notamos que muchas veces el español prefiere adaptar las palabras extranjeras que han entrado en el habla común y suele adaptarla a las estructuras de su lengua, mientras que en italiano es más frecuente encontrar palabras extranjeras, sobre todo procedentes del inglés, tal y como son en su lengua original.

1.2 Los extranjerismos puros

Veremos y analizaremos algunos ejemplos de extranjerismos puros, es decir, palabras o expresiones extranjeras que no han sido adaptadas de alguna manera y que mantienen su morfología original.

Tu hermana no se hubiera puesto en la vida ese traje de dependienta de **boutique** de barrio [...]

*Tua sorella non si sarebbe mai messa quel vestito da commessa di **boutique** di quartiere [...]*

¹³ GARCÍA NEGRONI M^a M., PÉRGOLA L. y STERN M. (2004), *El arte de escribir bien en español: manual de corrección de estilo*, Santiago Arcos, Buenos Aires.

En el primer ejemplo, tanto el español como el italiano mantienen el galicismo porque se trata de un término ya difundido en el habla y que es internacionalmente reconocido y indica una “tienda de modas”¹⁴ o también una “tienda de productos selectos”¹⁵.

[...] chicas con sombreros y **bikinis** anticuados [...]

[...] *ragazze con cappelli di piume, **bikini** antiquati [...]*

En cambio, en el segundo ejemplo notamos que, si bien en ambas lenguas se mantenga la morfología del término *bikini* originario del Atolón de las Islas Marshall, el italiano no modifica la palabra, mientras que el español añade la “s” característica de la formación del plural.

[...] les pasa a muchas novias, **chérie**.

[...] *succede a molte spose, **chérie**.*

En el tercer ejemplo, se ha decidido mantener la expresión *chérie* también en italiano para no perder las características peculiares del personaje que la autora está describiendo, en este caso a través de su manera de hablar. La mujer utiliza el apelativo francés para aparecer más sofisticada; además, Francia tiene como estereotipo lo de ser conocida como la patria de la alta costura, y, por tanto, los profesionales de este mundo, utilizan en su léxico sectorial muchas palabras y expresiones procedentes del francés.

Mi hucha de escayola en forma de **geisha** japonesa, ataviada con **kimono** rojo [...]

*Il mio salvadanaio di gesso a forma di **geisha** giapponese, decorata con un **chimono** rosso [...]*

¹⁴ MOLINER M., Diccionario de uso del español, Gredos, Madrid, segunda edición 2008, p.247.

¹⁵ Diccionario de la Real Academia Española, vigésima segunda edición.

En el caso de *geisha* y *kimono*, el español no modifica los términos de origen japonés según sus propias reglas de morfología, mientras que en italiano solemos encontrar *geisha* y *chimono*.

Como explica María Isabel Montoya Ramírez en su artículo sobre el léxico del vestido: la moda supone constantes cambios en la ropa generados la mayoría de las veces por cambios sociales profundos, de ahí que su léxico acuse esas variaciones y, más que en otros campos, acepte elementos ajenos, palabras de otras lenguas, algunas de las cuales tras adaptarse a la morfología y a la fonética de la lengua de acogida bien puede permanecer con o sin variación semántica o, por el contrario, desaparecer al ser sustituida por otras nuevas una vez que aquellas dejan de ser necesarias a la sociedad¹⁶.

Con referencia a otro campo semántico, es decir, el léxico que se refiere a la vivienda y a los muebles, se han observado otros ejemplos de extranjerismos puros:

Luis seguía acostado en el **sofá** del salón.

*Luis stava ancora disteso sul **divano** del salotto.*

Dejé el coche en el **parking** del moderno edificio de apartamentos donde mi hermana había vivido los últimos dos años.

*Lasciai l'auto nel **parcheggio** del moderno complesso di appartamenti in cui mia sorella aveva vissuto durante gli ultimi due anni.*

En cambio, estos dos ejemplos difieren de los ejemplos anteriores por su traducción italiana. En ambos casos, se ha decidido no mantener el extranjerismo existente en español en italiano. Esto es debido al hecho de que en italiano, aunque si el galicismo *sofà* existe, es menos frecuente. Además, la palabra inglesa *parking* se utiliza con referencia a aparcamientos públicos o de edificios comerciales y se encuentra escrita en los carteles para que todo el mundo entienda. Inclusive, los diccionarios demuestran que lo que es un

¹⁶ MONTOYA RAMÍREZ M. I., (2002): Moda y Sociedad. En Montoya Ramírez, M. I. (ed.): Moda y Sociedad. La indumentaria: estética y poder. Granada, Universidad de Granada, págs. 368-373.

sofá para un español, no es la misma idea que tiene un italiano cuando oye la palabra *sofà*. Y lo mismo pasa con el término *parking*.

sofá:

m. Asiento mullido, con respaldo y brazos, en que cabe más de una persona¹⁷.

sofà:

s. m. Mobile letto provvisto di cuscini, adibito a divano¹⁸.

parking:

m. aparcamiento¹⁹.

El término no aparece en los diccionarios italianos.

El contraste entre diccionarios nos demuestra que aunque estas palabras de origen ajena han entrado a formar parte del habla común, no han evolucionado de la misma manera a nivel semántico y de uso.

1.3 Los préstamos

El préstamo consiste en una importación o transferencia y no en una traducción o calco. En suma, al préstamo por transferencia directa de significante y significado se le considera el préstamo por antonomasia, y para designar el otro gran tipo de fenómeno interlingüístico se emplean términos más específicos como calco o sustitución²⁰. Por lo que concierne a los préstamos presente en la obra *Azul Ruso*, cabe destacar que las lenguas prestadoras son en la mayoría de los casos el inglés y el francés.

¹⁷ MOLINER M., *Diccionario de uso del español*, Gredos, Madrid, segunda edición 2008, p. 1560.

¹⁸ DEVOTO G. e OLI G. C., *Il dizionario della lingua italiana*, Ed. Le Monnier, 2000-2011, p. 1970.

¹⁹ MOLINER M., *Diccionario de uso del español*, Gredos, Madrid, segunda edición 2008, p. 1247.

²⁰ GÓMEZ CAPUZ, Juan (1998): *El préstamo lingüístico (conceptos, problemas y métodos)*, Valencia, Universidad.

Ejemplos:

Impasible, oculto bajo la funda de **satén** gris.

*Impassibile, nascosto da una fodera di **satin** grigia.*

En el ejemplo arriba notamos un cambio de tipo morfológico, que transfiere la pronunciación francesa del término originario satin. En cambio en italiano no hay cambios de ningún tipo.

[...] acostumbrados a alimentarse con **sándwiches** de pavo y soledad de laboratorio
[...]

*[...] abituati a nutrirsi di **sandwich** di tacchino e solitudine da laboratorio [...]*

La variación es de tipo morfológico y fonológico, porque la “a” lleva acento en español; el italiano, en este caso, no solo no cambia la morfología del prestamo, sino también no marca el plural.

Una botella de **champán**, de vidrio rosado.

*Una bottiglia di **champagne**, di vetro rosato.*

El último ejemplo, (9), el español cambia totalmente la grafía de la palabra *champagne* y la modifica para reproducir el sonido de la pronunciación francesa según su propias reglas morfológicas.

2. Los nombres propios y su traducción

A lo largo de los años se adoptaron diferentes técnicas y se siguieron tendencias bastante contrastantes para traducir los nombres propios. Tal hecho depende de que antiguamente se solía traducir nombres propios para proporcionar una comprensión más directa e inmediata del nombre de una ciudad o de una persona, por ejemplo, para buscar un correspondiente en la lengua de llegada.

En el siguiente apartado no evaluaremos todas las posibilidades traductivas que se pueden emplear a la hora de traducir un nombre propio de cualquier naturaleza, sino que solo justificaremos las soluciones adoptadas en la traducción de los nombres propios que aparecen en libro Azul Ruso.

2.1 Nombres de personajes de ficción

Como se trata de relatos breves de ficción, encontramos muy a menudo nombres de personajes inventados. En algunos casos se trata de nombres sin una aparente carga semántica, en otros casos algunos nombres abarcaban un significación muy concreta y inherente al texto de partida.

Según la opinión de Moya: “aun suponiendo que en literatura todo nombre propio sea cratílico, o lo que es lo mismo, que esté puesto por su autor por representar mejor al personaje que lo lleva, se podrían distinguir dos grupo: aquellos con una carga de significación imperceptible en su signo y los que presentan una traducción transparente²¹”.

Por lo que concierne al primer grupo, encontramos varios ejemplo dentro del texto de partida. La mayoría de ellos son nombres de personas, como *Elsa*, *Margot*, *Luis*, *Jaime*, *Lucila*, que se dejaron tal y cuales porque no contenían un significado relevante para necesitar traducción.

²¹ MOYA, V. (1993): *Nombres propios: su traducción*, en Revista de Filología de la Universidad de la Laguna, n. 12, pp. 237-238.

Un caso peculiar se configuró con los nombres extranjeros. Aparecen en el texto algunos nombres que proceden del inglés o que están formados por palabras inglesas, francesas o alemanas.

Cada caso tiene su propia traducción según sus características.

2.2 Transcripción de los nombres propios:

Para los casos de traducción de los nombres propios que siguen, estamos de acuerdo con Moya cuando dice “yo me inclinaría por transcribirlos simplemente, o sea, por dejarlos como están en el texto original²²”, aun si el lector italiano podría encontrar mayores dificultades para entender el simbolismo fonético y gráfico del nombre. En todos los casos “adaptarlo a la lengua meta sería atentar contra las motivaciones fonéticas y naturales que llevaron al autor a ponerlo²³”. Analizamos los ejemplos más destacados.

Emma Zunz

Emma Zunz es la protagonista del relato *Azul Ruso*. Su nombre no tiene que traducirse y además es un “*homenaje, claro, humilde y sentido*²⁴” al personaje del relato “Emma Zunz” Jorge Luis Borges, escritor argentino de cuentos breves. Tal referencia se desprende también de la dedicatoria con la que empieza el libro (véase p.).

Gretel Katzenbeisen

Gretel Katzenbeisen es un personaje secundario del relato *Azul Ruso*. La señora trabaja en una tienda para animales que tiene en su trastienda también un ambulatorio veterinario. Como parece evidente, también a un lector cualquiera, el nombre que lleva dicho personaje procede de palabras alemanas. Buscando los dos lemas que forman la palabra compuesta del apellido descubrimos que:

²² Ibid.

²³ Ibid.

²⁴ Op. cit. Castro: 2010

Katze: n., gatto, micio²⁵

Beißen: (biss, gebissen) mordere, morsicare²⁶

Por tanto, el apellido quiere decir “mordiscos de gato”. Pero no se ha traducido al italiano porque también en el texto de partida se encuentra en alemán. Se decidió, por esa razón, respetar la intención de la autora y la ambientación del relato. Si el lector, tanto español como italiano, entiende alemán puede comprender autonomamente el significado, pero como no aparecen una nota explicativa en el texto original, tampoco se adoptó esta solución en la traducción.

Madame Chantal

Madame Chantal es la dueña de un atelier de trajes de novias. Encontramos este personaje en el relato *Los Zapatos de Margot*. No se tradujo este nombre por dos razones diferentes: En primer lugar, en el texto de partida aparece en francés; en segundo lugar el nombre en francés denota unos rasgos específicos del personaje, es decir, forma parte del mundo de la moda, es una mujer sofisticada y elegante. Además, el lema francés madame, como ya comentamos en el apartado dedicado a los extranjerismos (véase p.), no es difícil de comprender por el lector de la lengua de llegada como forma parte del léxico común.

Carygrant

En este caso, *Carygrant* es el nombre de un gato. También este nombre tiene su precisa carga de significación, en efecto, se trata del nombre de un famoso actor. Como se trata de un actor conocido a nivel internacional, y, como no hay una nota explicativa en el texto de partida se adoptó la misma solución de la de *Gretel Katzenbeisen*.

²⁵ DIT il dizionario tedesco-italiano italiano- tedesco, Milano, Paravia, p. 492.

²⁶ Ibid. DIT, pp. 119-120

Superwind, Stargirl y Stormlady

Estos tres, son los protagonistas del relato Superwind, un breve relato que cuenta de manera irónica la historia de tres superheróes en decadencia. Mientras encontramos en el texto otros superheróes muy famosos en nuestra cultura occidental como Catwoman o Iron Man, debido a la difusión de los comics y del cinema estadounidense, aparecen también estos tres personajes desconocidos, inventados por la autora. Como se trata de poderes por su naturaleza desgraciados y poco útiles, los tres tienen nombres que describen sus superpoderes de manera velata e irónica:

- Superwind, “super-viento” (wind=viento → ventosidad, pedo), la metáfora implícita con el viento se refiere a la capacidad del protagonista de lanzar pedos extraordinarios;
- Stargirl “chica-estrella” por su superpoder de lanzar pequeña bujías;
- Stormlady “señora-tormenta” por su capacidad de eructar de manera muy fuerte.

Estos onomásticos se encuentran ya en una lengua que no es ni la lengua de partida ni la de llegada, es decir, el inglés, porque siguen la tendencia de los nombres de los personaje de comics. Nombres de superheróes como Catwoman (“mujer-gato”) o Iron Man (“hombre de hierro”) no se traducen en ninguna lengua, y, por tanto, decidimos no traducir tampoco los nombres de los personajes inventado por la autora. De tal manera, se respeta el texto: de hecho, en la narración se presume que superheróes como Superwind y Stargirl sean contemporáneos de Iron Man y Catwoman.

Serrano, Zara y El Corte Inglés

En la obra que traducimos encontramos algunos nombres de tiendas y de empresas de moda como Serrano, Zara y El Corte Inglés. Si bien se trata de empresas bastante conocidas, puede que el lector destinatario no conozca estos nombres. De todas maneras, el contexto ayuda al lector a entender de que se trata y no fueron necesarias explicaciones o notas por parte del traductor. Por consiguiente estamos de acuerdo con la regla formulada por Newmark, que dice que “Gli unici nomi propri applicati a categorie di oggetti sono le

marche, i marchi di fabbrica e i nomi esclusivi. Non devono essere tradotti a meno che non siano diventati eponimi e siano in senso generico²⁷”.

2.3 Adaptaciones de nombres propios:

En el cuento aparecen otros nombres propios que por razones diferentes decidimos traducir. Analizamos los ejemplos que siguen.

Grandísimo Hijo de Puta

Grandísimo Hijo de Puta es el nominativo con el que la protagonista del cuento *Criptonita*, llama a un hombre que la sedujo y luego la traicionó. Este nombre, sin lugar a duda, es una expresión de un nivel muy bajo del habla, que expresa un gran enfado y reproche, y estas características no mantendrían la misma fuerza comunicativa si no tradujéramos el nombre en italiano. Afortunadamente, el correspondiente en italiano es muy similar fonéticamente y gráficamente: Esto nos permitió encontrar fácilmente una solución válida para la traducción de dicho término. Como afirma Moya, “a mayor carga simbólica del signo del nombre mayor es la obligación de traducirlo²⁸”.

Superbarato Curski

En el relato *Criptonita*, se habla de un supermercado, es decir, el Superbarato Curski. Para traducir el nombre de este supermercado, adoptamos el método propuesto por Newmark que indica traducir el término si connotaciones como la transparencia de los nombres, son relevantes. En este caso, el nombre nos habla de que tipo de lugar se trata. La traducción final es *Superdiscount Curski*, para transmitir también en italiano la idea de una tienda económica.

²⁷ NEWMARK, P. (1988): *La traduzione: problemi e metodi*, Milano, Ed. Garzanti, p. 132.

²⁸ Cfr. Moya: 239, 246.

En conclusión, generalmente hemos decidido no traducir los nombres propios, a menos que no tuvieran una carga simbólica y de significación fundamental para la comprensión del texto y para el respeto de la intención comunicativa de la narración. En este caso adaptamos los términos a la lengua de llegada. Se dedicó una atención y un estudio específicos de los nombres transparentes o también dicho nombres hablantes, como forman parte de uno de los rasgos más peculiares de los relatos breves:

L'impiego dei nomi parlanti in letteratura, in special modo nei generi realistici e nella narrazione breve, dove luoghi e personaggi devono essere ricondotti in maniera immediata a una funzione informativa univoca o muniti di tratti iperbolici e caricaturali, presenta alcune dinamiche affini al fenomeno più generale dell'affermazione di categorie onomastiche descrittive²⁹.

²⁹ ZACCARELLO, M. (2003): *Primi appunti tipologici sui nomi parlanti*, Bologna, il Mulino Editore, Rivista Lingua e Stile, Numero XXXVIII giugno 2003, p. 59.

3. Traducir los “falsos amigos”

Por lo general, traducir de una lengua a otra requiere mucha atención y el conocimiento de ambos idiomas, sobre todo si tienen la misma origen y las mismas raíces etimológicas, como en el caso del español y del italiano que son dos lenguas de origen romance.

En este caso, se encuentran muchos “falsos amigos”, en otros términos, son palabras que pueden ser similares desde el punto de vista de la forma pero pueden diferir por su significado³⁰.

Matte Bon les llama *falsos amigos evidentes*, cuando se trata de palabras idénticas o casi idénticas (como por ejemplo aceite=olio vs aceto=vineagre o burro=asino vs burro=mantequilla) que tienen significados completamente diferentes. Mientras llama *falsos amigos parciales* las expresiones o las palabras que son casi iguales en las dos lenguas y que pero tienen un uso diferente en los dos idiomas³¹. Es el caso de los términos compromiso vs compomesso, por ejemplo.

A la hora de traducir, es fundamental saber reconocer estos términos para no caer en una trampa que puede llevar a errores muy groseros.

Consideramos algunos ejemplos que aparecen en los relatos del libro Azul Ruso para analizar las técnicas traductivas adoptadas a lo largo del proceso traductivo.

Aquella vieja bata tan delicada, con sus mangas de farol y su cinturón lívido de raso, **contrastaba** con la belleza temible de la desconocida.

Quella vecchia vestaglia così delicata, con le maniche a sbuffo e la cintura scura in raso, non si sposava con la temibile bellezza della sconosciuta.

³⁰ LADO, R. (1981): *Linguistic Across Cultures*, Ann Arbor, Michigan, pp. 82.

³¹ MATTE BON, F. (2004): *Análisis de la lengua y enseñanza del español en Italia*, en red ELE, n. 0, p.3.

El binomio *contrastar/sposarsi* puede considerarse como un caso de falsos amigos parciales, porque, si bien existe en italiano el verbo *contrastare*, en este caso en español el sentido es menos marcado y sugiere la idea de que la bata y la belleza no tenía mucho que ver la una con la otra, más que indicar una fuerte discrepancia y contraste.

[...] ella esperaba en la puerta del **ático** con los brazos cruzados, falsadamente interesada en el balance de los daños.

[...] lei lo aspettava sulla porta dell'ultimo appartamento con le braccia conserte fingendo di interessarsi alla constatazione dei danni.

En este segundo caso se trata de falsos amigos evidentes, desde que la palabra *attico* en italiano tiene un sentido muy diferente con respecto a *ático* en español. Al consultar dos diccionarios monolingües, los términos parecen ser equivalentes:

attico: nell'edilizia odierna, ultimo piano abitabile di un edificio costruito al di sopra del cornicione come la prosecuzione (per lo più arretrata) della facciata sottostante³².

ático: piso último de un edificio, más bajo de techo que los inferiores³³.

Sin embargo, tenemos que evaluar otro factor muy importante, es decir, el uso. En efecto, mientras en italiano, en la mayoría de los casos, se utiliza *attico* para indicar un tipo de vivienda privilegiada por su posición y se considera de lujo, en español *ático* no tiene necesariamente esta connotación. Por tanto, se optó por la traducción *ultimo appartamento*.

Acabamos este apartado tomando en consideración el término *bello*.

Generalmente, el adjetivo *bello* en italiano se utiliza con mayor frecuencia con respecto a su omólogo español. Esto ocurre porque en italiano, el término *bello*, pertenece

³² Cfr. DEVOTO OLI, p.172

³³ Cfr. MOLINER, p. 171

no solamente a la esfera de la belleza, sino también a la esfera de la buena calidad de una cosa (ej. comprati un bel quaderno; còmprate un buen cuaderno). Por otra parte, en cambio, pasa que la esfera del adjetivo *bueno* corresponde a los dos adjetivos italianos *buono* y *bravo* (ej. Es un buen médico; è un bravo medico)³⁴.

Sin embargo, aunque tenemos que evaluar estas consideraciones, no debemos olvidar que a veces, aun si raramente, los dos términos se corresponden, es decir, cuando expresan la idea de belleza.

La luna del armario le devolió la imagen de un rostro triangular, monstruosamente pequeño y **bello**.

Il lungo specchio dell'armadio gli restituì l'immagine di un volto triangolare, mostruosamente piccolo e bello.

Además del término *bello*, en el ejemplo anterior encontramos otro tipo de falsos amigos *luna/lungo specchio*. En este caso *luna* en español tiene dos significados, uno, más común, es el satélite, el otro corresponde a un tipo de “espejo cuyo tamaño permite ver a la personas de cuerpo entero”³⁵. En italiano no existe una palabra con el mismo significado, por tanto, se decidió sustituir la palabra con una expresión que explicase la forma del objeto.

Por tanto, estamos de acuerdo con las sugerencias que da Newmark cuando habla de los “faux amis”:

il traduttore troverà, nella LP e nella LA, altrettanti termini affini con lo stesso significato, come con significato diverso e non deve esitare a usare quelli appropriati nella LA. Tuttavia non deve mai tradurre una parola che non ha incontrato precedentemente senza controllarla: è in questi casi che gli affini possono trarre in inganno³⁶.

³⁴ FRANCESCONI, A (2008): *I falsi amici, un confronto contrastivo spagnolo/italiano*, Chieti, Solfanelli, pp. 51-52.

³⁵ Cfr. DRAE.

³⁶ Cfr. Newmark 1988, p. 190.

La variación es de tipo morfológico y fonológico, porque la “a” lleva acento en español; el italiano, en este caso, no solo no cambia la morfología del préstamo, sino también no marca el plural.

II. ASPECTOS SINTÁCTICOS

Desde el punto de vista de la sintaxis, señalamos ahora los contrastes entre español e italiano más significativos que se han encontrado durante el proceso de traducción. Los que se citarán posteriormente son los ejemplos más frecuentes y interesante a nivel traductológico, pero no son los únicos. Nos limitaremos a analizar algunos aspectos y a comentarlos para explicar las razones que han llevado a la elección final.

Los marcadores del discurso y su traducción

En cada lengua existen partículas invariables, generalmente, se trata de conjunciones, adverbios, preposiciones y otros elementos gramaticalizados, que han perdido su función sintáctica y que desarrollan un papel fundamental en los mecanismos inferenciales en el proceso de comunicación. Según Portolés:

“Los marcadores del discurso son unidades lingüísticas invariables, no ejercen una función sintáctica en el marco de la predicación oracional y poseen un cometido coincidente en el discurso: el de guiar, de acuerdo con sus distintas propiedades morfosintácticas, semánticas y pragmáticas, las inferencias que se realizan en la comunicación³⁷”.

Los marcadores del discurso, por tanto, son elemento lingüísticos que pueden llegar a ser un obstáculo para la comprensión de un texto en la lengua extranjera y para su

³⁷ PORTOLÉS J., *Marcadores del Discurso*, Ariel, Barcelona, 1998, (p. 25-26).

traducción en la lengua materna y, en ocasiones, ni siquiera el diccionario bilingüe [...] puede ser un apoyo válido³⁸.

Portolés, hablando de los marcadores del discurso afirma que éstos provienen principalmente de dos categorías gramaticales, es decir, los adverbios y las conjunciones. Pero, más adelante incluye otros vocablos como *bueno* y *hombre* o *mujer*, que son adjetivo y sustantivos desde el punto de vista gramatical, dentro de la categoría pragmática de los marcadores³⁹.

En el presente estudio, nos proponemos enfocar la traducción las de los marcadores más frecuentes y relevantes que aparecen en la obra *Azul Ruso*, señalando a través de algunos ejemplos los contrastes más significativos entre español e italiano.

Anda

El uso de este marcador en su proceso de subjetivización lleva implícitas las ideas de “no importar” y “querer que” que caracterizan semánticamente a los verbos que rigen subjuntivo en su construcción al aludir a la actitud del hablante en el desarrollo de la acción [...]⁴⁰.

Además, tiene un valor argumentativo que expresa rechazo personal de la acción por parte del hablante o puede expresar también un hábito o reiteración.

Observamos los siguientes ejemplos, que aparecen en los relatos de Patricia Esteban Erlés y su propuesta de traducción al italiano.

³⁸ CALVI M.V. e MAPELLI G., *Los marcadores del discurso bueno, pues, en fin, en los diccionarios de español e italiano*, *Artifara*, n. 4, (gennaio - giugno 2004), sezione Monographica, <http://www.artifara.com/rivista4/testi/marcadores.asp>

³⁹ Ibid PORTOLÉS 1998

⁴⁰ LUQUE TORO L., *Aspectos pragmáticos y cognitivos de los marcadores discursivos de las formas verbales de “andar”, “ir” y “venir”*, Art. de Léxico Español Actual, Ed. Cafoscarina, 2007.

Estará perfecta, como siempre. Descansa un poco, **anda**.

Sarà perfetta, come sempre. Riposa un po', dai.

[...] no me vayas a llorar, no hagas eso con los ojitos, **anda**, que me da mucho duelo.

[...] non ti mettere a piangere, non far così con quegli occhioni, su dai, che mi fai star male.

Las dos traducciones, aunque se encuentren en dos contextos diferentes, son semejantes. En el segundo ejemplo se ha añadido “*su*” para señalar una mayor énfasis en el discurso. En ambos casos *anda*, no solo expresa la voluntad del hablante de no querer seguir el mismo tema, sino también encontramos un valor de súplica del hablante al oyente de hacer lo que se dice. También el contexto nos sugiere esta hipótesis y, por consiguiente, la traducción “*dai*”/ “*su dai*” nos permite entender el mismo mensaje tanto en la lengua de partida como en la de llegada.

Pues

¿Que cómo descubrí que la criptonita existía? Pues de la forma más tonta y americana que uno pueda figurarse, la verdad.

E come ho fatto a scoprire che esisteva la Kryptonite? Bè, nel modo più stupido e americano che uno possa immaginare, a dire il vero.

¿Debo dar detalles de lo que ocurrió luego? Pues espero que no, porque en realidad, no podría hacerlo.

Devo descrivere quel che successe dopo? Bè, spero di no, perché, dire il vero, non saprei farlo.

Mejor dicho, quiero decir

Habíamos decidido enterrarla con él, mejor dicho, lo habían decidido Jaime, su doliente novio, y mi madre [...]

Avevamo deciso di seppellirla con quello, o meglio, lo avevano deciso Jaime, il suo fidanzato affranto, e mia madre [...]

Puede parecer una tontería pero quiero que suene si llama, cuando llame, quiero decir, es un detalle, ¿no?

Può sembrare una stupidaggine ma voglio che se chiama si senta, nel caso in cui chiami, voglio dire, è un dettaglio, no?

Seguro, claro

El adjetivo “seguro”, cuando se utiliza como adverbio afirmativo, indica que no hay dudas, mientras que “claro” quiere decir que algo se da por sentado y, por tanto, sirve de afirmación⁴¹.

Ejemplos con “seguro”:

Todo va a arreglarse, **seguro**, porque él llamará, aunque dijo que no, yo sé que al final llamará.

Tutto si sistemerà, è certo, perché lui mi chiamerà, anche se ha detto di no, io so che alla fine chiamerà.

Seguro que cuando me llame le gustará saber lo bien que nos llevamos su jodido Gato y yo desde el accidente, **seguro que sí**.

⁴¹ CARRERA DÍAZ (1997): Grammatica spagnola, Roma, Laterza, p. 168.

È certo che quando mi chiamerà voglia sapere quanto bene ce la passiamo io e il suo maledetto Gatto dall'incidente; non c'è dubbio.

En italiano, intentamos buscar expresiones equivalentes que se utilizan en el registro coloquial del habla. En el primer ejemplo, fue necesario añadir un verbo de soporte en italiano. En el segundo, *seguro que sí* se tradujo *non c'è dubbio* porque dentro de ese contexto resultaba más natural en la lengua de llegada.

Ejemplos con “claro”:

Es mentira, **claro**.

È ovvio che si tratta di una bugia.

Champán rosa, **claro**, pensé, del que beben en las comedias [...]

Champagne rosa, ovvio, pensai, come quello che bevono le coppie [...]

Decidimos que en ambos casos la palabra italiana *ovvio* podía ser adecuada para dar la idea de algo sentado. Notamos, sin embargo, que en el primer ejemplo, fue necesario reformular totalmente la oración.

Ves

“Ves” procede de la segunda persona singular del presente de indicativo del verbo *ver*; pero cuando se utiliza como marcador está desemantizado y sirve para llamar la atención del interlocutor. En italiano, se utiliza con más frecuencia el verbo *sapere*, pero se utiliza también el verbo *vedere*, pero no en este contexto. Además, tanto en italiano como en español, se utilizan cada vez más las formas “veo”/ “vedo/lo vedo”, por influjo del intercalar inglés “I see”.

Le diré, **ves**, el Gato ya no me tiene miedo [...]

Gli dirò, sai, il Gatto non ha più paura di me [...]

La partícula “ya”

De momento que la partícula *ya* aparece con gran frecuencia en la obra, y, dado que tiene diferentes traducciones posibles en italiano, es oportuno tratar el tema de manera profundizada para que toda traducción resulte adecuada al contexto y que el texto parezca al lector destinatario lo más natural posible.

Desde el punto de vista de la sintaxis, la Real Academia Española clasifica la partícula *ya* entre los adverbios de tiempo, porque expresa una idea de tiempo presente, pasado o futuro según los caso⁴². También según Leonardo Gómez Torrego, *ya* es un adverbio de tiempo⁴³. En cambio, en la Gramática Descriptiva del Español, de Ignacio Bosque⁴⁴, encontramos la partícula *ya* en el capítulo dedicado a los marcadores del discurso, que explica su función peculiar dentro de la oración, dependiendo de la posición que ocupa, de la intonación y, por supuesto, del contexto.

Además, cabe señalar, desde el principio, que *ya* no siempre puede traducirse en italiano con la partícula *già*, y por tanto, forma parte de unos de los más de diez mil falsos amigos que existen entre italiano y español.

Durante la traducción de los relatos de Azul Ruso, dado que *ya* aparecía numerosas veces dentro del texto, su traducción se ha revelado un verdadero desafío, sobre todo en algunos casos, también debido al hecho de que todavía no hay mucha literatura sobre este tema.

Ayudándonos con los siguientes ejemplos procedentes de la obra Azul Ruso y sus propuestas traductiva, estudiamos en los próximos párrafos la semántica y la función de esa partícula, junto a los obstáculos a nivel interpretativo y traductológico que se han encontrado.

Ya/Già

⁴² RAE (2004): Diccionario de la Real Academia Española, Planeta Publishing Corporation.

⁴³ GÓMEZ TORREGO (2002): Didáctica del Español, Madrid, Ed. SM, (208-209)

⁴⁴ BOSQUE I. y DEMONTE V. (1999): Gramática descriptiva de la lengua española, Vol. III, Madrid, Espasa Calpe.

Una de las propuestas es la de traducir *ya* con *già*. Aunque las dos partículas tengan la misma procedencia etimológica de la palabra latina *iam*, a lo largo del tiempo, han evolucionado de manera diferente, no solo desde el punto de vista de la morfología, sino también de la semántica.

Por tanto, para no confundir los dos términos y considerarlos de manera automática equivalentes, el traductor tiene que individualizar los matices a nivel semántico.

Vamos, entonces, a analizar algunos ejemplos:

Para entonces **ya** nos habían avisado [...]

*A quel punto ci avevano **già** avvisati [...]*

En este caso *ya* está marcando el tiempo en que se ha desarrollado la acción, es decir, en la acción presente se hace referencia al pasado. Lo mismo ocurre en el siguiente ejemplo, donde hay también un matiz que denota que la acción se ha acabado y que sus consecuencias en el presente no se pueden modificar.

[...] **ya** te habían tapado con una manta.

*[...] ti avevano **già** coperta con un telo.*

[...] que los había arrastrado al sofá blanco cuando **ya** estaban vestidos.

*[...] che li aveva trascinati sul divano bianco quando erano **già** vestiti.*

Ya/Più

En los ejemplos siguientes *ya* aparece en una oración negativa, y, por esta razón refuerza el significado negativo general de la frase. Subraya también el hecho de que la acción no se va a repetir en futuro.

[...] se conforma conmigo, un muñeco, un pepón, que sólo mueve los ojos, **ya** ni el cuello, [...]

*[...] si accontenta di stare con me, un bambolotto, un pupazzo, che muove soltanto gli occhi, e nemmeno **più** il collo, [...]*

Oh, Dios, él no sabe que ahora **ya** no castigo al Gato. **Ya** no lo dejo sin comer.

*Oh Dio, lui non sa che ora non maltratto **più** il Gatto. E non lo lascio **più** senza cibo.*

Ya no me importa que la gente me mire por la calle [...]

*Non m'importa **più** che per strada la gente mi fissi [...]*

El adverbio *ya* en una oración negativa, indica que lo expresado con el verbo se ha hecho imposible por alguna circunstancia⁴⁵.

[...] Elsa **ya** no podía opinar acerca de cuestiones de vestuario y le aseguré que yo me encargaría de todo.

*[...] Elsa non poteva **più** pensare a problemi di vestiario e le assicurai che mi sarei occupata di tutto io.*

En este caso, la idea de imposibilidad la corrobora también el contexto, desde que se habla de las voluntades de una persona que está muerta.

Ya/Ormai

También la propuesta traductiva *ormai* admite una referencia a una acción del pasado que todavía tiene consecuencias en el presente. Se subraya en este caso la idea de reiteración y de duración en el tiempo.

La palabra favorita de Elsa. **Ya** la usaba hace años, cuando éramos adolescentes y me sugirió abreviar [...]

⁴⁵ MOLINER M., Diccionario de uso del español, Gredos, Madrid, segunda edición 2008, (1747).

La parola preferita di Elsa. La usava ormai da anni, quando eravamo adolescenti e mi suggerì di abbreviare [...]

En el ejemplo siguiente la oración expresa el hecho de que no hay remedio para solucionar algo trágico que ha ocurrido en el pasado. El contexto también explica que se ha modificado la realidad de manera permanente.

[...] cuando llegué **ya** era tarde, Carol [...]

[...] *quando sono arrivato era ormai troppo tardi, Carol [...]*

Otros casos

En los ejemplos siguientes veremos que significados adquiere *ya*, dependiendo del contexto y de las palabras que acompaña.

[...] silabeó Elsa cuando se asomó a verme, con un brillo triunfal en sus ojos, **ya** sólo te faltan los zapatos.

[...] *sillabò Elsa quando venne a vedermi con un luccichio trionfale negli occhi, ti mancano soltanto le scarpe.*

En el primer ejemplo, aparentemente no está traducido. En este caso traducirlo podría dar pesadez a la oración en la lengua de llegada. Si algún elemento aparece en una lengua de manera natural y espontánea, esto no significa que pase lo mismo en otras lenguas⁴⁶. No siempre se puede traducir todo lo que aparece en el texto de partida, porque, a veces, este elemento falta en la lengua a la que se traduce. En este caso específico se correría el riesgo de una información superflua, que el lector no necesita y por eso, caer en la redundancia.

⁴⁶ Newmark, P. (1988): *La traduzione: problemi e metodi*, Milano, Garzanti.

Abajo, encontramos otro ejemplo en el que *ya* ha sido sustituido en italiano por un pronombre: se trata de una cuestión de uso, que depende del habla cotidiano que presenta características diferentes en las dos lenguas.

Sí, **ya** sé que el día de la última llamada dijo que nunca más.

Sì, lo so che nell'ultima telefonata mi ha detto che non mi avrebbe più chiamata.

En el caso de la siguiente construcción, *venga + ya*, en que la frase de partida se ha modificado a través de una modulación para que resultara más natural en italiano en un contexto de habla coloquial. En el capítulo de Portolés y Zorraquino sobre los marcadores del discurso, que aparece en la Gramática descriptiva de la lengua española de Bosque y Demonte, se dice que *ya* es desde el punto de vista significativo una partícula neutra, que puede convertirse en síntoma de falta de cooperación o de disinterés en participar en la conversación por parte del receptor⁴⁷.

Venga ya, yo no te dejé a ti porque tuvieras la boca deforme [...]

Ma smettila, io mica ti ho mollato perché avevi la bocca deforme [...]

En el siguiente ejemplo *ya* va junto al verbo *ver* en presente de indicativo y el conjunto funciona de elemento intercalar. La misma construcción no resulta natural en italiano, por

tanto, otra vez, se ha preferido sustituir la expresión entera por otra equivalente y más usada en italiano, en este caso, el mismo verbo *vedere* en futuro semplice. La idea comunicativa del hablante que se tiene que transmitir es la de afirmar con certeza su opinión y asegurar el destinatario.

«**ya** ves, te voy a querer siempre, por mucho que me joda».

“vedrai, ti amerò per sempre, per quanto tu mi faccia incazzare”.

⁴⁷ BOSQUE I. y DEMONTE V. (1999): Gramática descriptiva de la lengua española, Vol. III, Madrid, Espasa Calpe, (4192-4193).

Ya puede también adquirir un significado de inmediatez con respecto a la acción denotada por el verbo⁴⁸; se trata, también en este caso, de una característica típica del habla coloquial.

Dios, haz que llame **ya**, que llame de una jodida vez.

*Dio, fai che mi chiami **subito**, che mi chiami una volta per tutte cazzo.*

Otro ejemplo interesante es el siguiente: *ya* no tiene un valor temporal sino modal, es decir, comunica la manera en la que el sujeto de la acción no pudo evitar hacer algo. Podemos decir que funciona de elemento intensificador. Por consiguiente, su traducción consiste en un modificador del italiano, propio; todavía su utilización no ha permitido no modificar la sintaxis a nivel de puntuación y también *poder + inf. + algo* ha sido sustituido por otra expresión *esser(ne) + capace*, para evitar el calco.

Yo al menos **ya** no pude hacerlo [...]

*Io, per lo meno, non ne fui **proprio** capace [...]*

Algo semejante ocurre en el siguiente ejemplo.

Necesito nuevos aires, tú **ya** me entiendes.

Ho bisogno di cambiare aria, so che mi capirai.

Gracias a este breve estudio, notamos que la partícula *ya*, además de tener un primer sentido relacionado a la idea de tiempo, puede tener diferentes otras acepciones y, por tanto, posibles traducciones en italiano, según el contexto en el que se encuentra, el registro del habla y la palabras con las que aparece. Los casos más frecuentes y productivos son los de *ya* como equivalente de los adverbios italianos *più/già/ormai*, pero también destacamos otros ejemplos significativos. Además, es muy importante no dar por sentada la idea de que *ya* corresponda en la mayoría de los casos a *già*. A la hora de

⁴⁸ MARTÍN ZORRAQUINO M. A. (1998): Los marcadores del discurso: Teoría y Análisis, Arcos Libros.

traducir es precisa una evaluación previa de la intención comunicativa, del contexto y de como ya se relaciona con los demás elementos de la oración.

Las interjecciones

En el diccionario de María Moliner encontramos la siguiente definición de interrección:

Palabra o expresión que, pronunciada en tono exclamativo, expresa por sí sola un estado de ánimo, una impresión, un aviso, una orden, etc⁴⁹.

Según la opinión de López Bobo, las interjecciones “son fijaciones convencionales, que si bien se acompañan frecuentemente de gestos faciales o manuales, no son formas exclusivamente orales”.⁵⁰

Cueto Vallverdú subraya la función de este elemento, diciendo que “sirve al fenómeno de énfasis. [...] es mero *refuerzo expresivo* y, como tal, *enfaticador*”⁵¹. La interjección, que coincide con los adverbios y con las palabras de enlace en no estar sometida a ninguna concordancia, se distingue de ellos porque no pertenecer al entramado de la oración: es un enunciado de término único, que destaca por su relevancia expresiva; tiene entonación independiente de la de esta y normalmente se separa con comas del resto de la frase.

Poggi destaca la gran importancia de estos términos afirmando que son “l’única voce nel meccanismo di proiezione del linguaggio verbale che utilizza un sistema comunicativo di tipo olofrastico”, en otras palabras, que sobrentiende una información, y añade también que “l’interiezione rappresenta l’operare, all’interno del linguaggio verbale”⁵².

⁴⁹ Cfr MOLINER, M., (2008): *Diccionario de uso del español*, Gredos, Madrid, segunda edición, p. 468.

⁵⁰ Cfr LÓPEZ BOBO, M. J., (2002): *La interjección: aspectos gramaticales*, Madrid, Arco/Libros. p. 11

⁵¹ Cfr CUETO VALLVERDÚ, N., LÓPEZ BOBO, M. J., (2003): *La interjección: semántica y pragmática*, Madrid, Arco/Libros. p.76

⁵² Cfr POGGI, I., (1981): *Le interiezioni: studio del linguaggio e analisi della mente*, Torino, Ed. Boringhieri, p. 46-47.

Cabe decir, por tanto, que la interjección, aunque no desempeña ningún papel en la oración, está agregada a ella y le añade sus contenidos expresivos, típicos del habla coloquial.

Ejemplos de interjecciones:

Entre los ejemplos presentes en nuestro texto, destacamos:

Ay

La RAE afirma que *ay* sirve “para expresar muchos y muy diversos movimientos del ánimo, y más ordinariamente aflicción o dolor”⁵³. Gómez Torrego coloca esta interjección entre las expresivas, es decir, las “que el hablante utiliza para exteriorizar algún tipo de sentimiento: dolor, admiración, sorpresa, indignación, alegría, rechazo etc.”⁵⁴. En ejemplo siguiente la intención comunicativa es la de transmitir un sentimiento de alegría; en italiano, se ha traducido con *ah*.

Lucila se ríe, «**ay**, mi niño, cuánto quiero yo a mi niño».

*Lucila ride, “**ah**, il mio bambino, quanto bene voglio al mio bambino”.*

Núcleo “DIOS”

Destacaremos este núcleo de momento que se ha revelado muy productivo dentro del relato “Los Zapatos de Margot”.

Dios

⁵³ <http://lema.rae.es/drae/?val=oye>

⁵⁴ Cfr GÓMEZ TORREGO, L. (2002): *Gramática didáctica del español*, Madrid, Ed. SM, p. 248.

Normalmente se utiliza Dios “para expresar admiración, asombro u horror”⁵⁵. En este caso, cabe decir que también se trata de una manera de dar énfasis a la comunicación, dado que se trata de un monólogo interior de la protagonista.

Me apetece un trago, cómo me apetece **Dios**, pero no voy a beber.

*Avrei voglia di bere, **Dio** come mi piacerebbe, ma non ho intenzione di bere.*

Dios mío

Similmente, se emplea la locución interjectiva formada por Sust+Adj “para significar admiración, extrañeza, dolor o sobresalto”⁵⁶. En italiano se ha eliminado el adjetivo para que la frase resultara más natural para el receptor de destino. Cabe señalar también que, con el mismo objetivo de conferir naturalidad al texto, el orden de las palabras ha cambiado,

POR FAVOR, DIOS MÍO, haz que me telefonee ahora.

***DIO**, TI PREGO, fa che mi chiami adesso.*

Oh, Dios

Se utiliza la locución interjectiva “para expresar asombro y horror”⁵⁷. Para que el texto del llegada resultara lo más natural posible se ha decidido sustituir el *oh* que aparece en español con un adjetivo, es decir, *mio*. En este ejemplo podemos ver como cambia la puntuación de una lengua a otra, debido al tipo de texto muy específico: el monólogo interior.

Oh, Dios, haz que llame ya, que llame de una jodida vez.

***Dio mio**, fai che mi chiami adesso, che mi chiami una volta per tutte cazzo.*

⁵⁵ Ibid DRAE.

⁵⁶ Ibid DRAE.

⁵⁷ Ibid DRAE.

Oye

Según la RAE oye tiene la función de “establecer contacto o captar la atención del interlocutor”⁵⁸. Hemos traducido *oye* con *sentì* se trata de un verbo que se refiere a la vista y hemos añadido la interjección italiana *ehi* para conferir una mayor énfasis.

Oye, no puedes hacerme algo así.

Ehi senti, non mi puoi fare questo.

Qué va

También esta frase interjetiva pertenece a la función expresiva, como afirma Gómez Torrego⁵⁹. Esta interjección se encuentra en el habla coloquial y marca una negación o un rechazo fuerte con respecto a lo dicho antes. Por consiguiente se ha elegido la interjección italiana *macché* que “esprime opposizione o negazione recisa”⁶⁰

Lewinston y Bowles, acostumbrados a alimentarse con sándwiches de pavo y soledad de laboratorio, no echaron de menos su casi total ausencia de contacto con otros seres humanos durante el periodo que pasaron dinamitando el suelo como dos nibelungos febriles. **Qué va.**

*Lewinston e Bowles, abituati a nutrirsi di sandwich di tacchino e solitudine di laboratorio, non sentirono la mancanza la loro quasi totale assenza di contatto con altri essere umani durante quel periodo che passarono facendo scoppiare dinamite come due nibelunghi inquieti. **Macché.***

En suma, analizando las interjecciones, hemos notado que casi nunca son iguales en idiomas diferentes, tampoco en dos idiomas considerados erróneamente muy semejantes

⁵⁸ <http://lema.rae.es/drae/?val=oye>

⁵⁹ *ibid* GÓMEZ TORREGO.

⁶⁰ DEVOTO G. e OLI G. C., *Il dizionario della lingua italiana*, Ed. Le Monnier, 2000-2011, p.1186.

como italiano y español. El traductor, ante todo, tiene que evaluar el contexto pragmático que es lo que nos indica cuál es la traducción más adecuada de estos términos.

El orden de las palabras: contraste entre español e italiano

Cada lengua tiene sus propias reglas para ordenar las palabras dentro de la oración.

Como afirma García Yebra:

“En todas las lenguas hay normas obligatorias para ordenar las palabras en la frase. El conjunto de estas normas constituye la sintaxis de cada lengua. Pero su número y el rigor de su aplicación no son iguales en todas⁶¹”.

Estas normas resultan ser más estrictas cuando la función gramatical de una palabra depende exclusivamente del lugar que ocupa dentro de una frase. Por tanto, se puede decir que la libertad de ordenar las palabras aumenta o disminuye dependiendo del mayor o menor número de variaciones formales o morfológicas de los elementos lexicales⁶². Por ejemplo, en español, gracias al elemento funcional “a” que selecciona un complemento objeto +humano y +animado, podríamos decir tanto “Una chica saluda a Manuel” como “A Manuel saluda una chica”, mientras que en italiano “Una ragazza saluta Manuel” y “Manuel saluta una ragazza” tienen dos significados diferentes.

“Lo spagnolo ha una chiarezza strutturale ed una notevole agilità espressiva, a differenza dell’italiano che è più grammaticalizzato ed è quasi obbligato a seguire un certo ordine sintattico⁶³”.

Por tanto, italiano y español no siguen el mismo orden lógico para formar y coordenar las frases

⁶¹ GARCÍA YEBRA, V. (1997): *Teoría y Práctica de la Traducción*, Madrid, Ed. Gredos, p.424.

⁶² FRANCESCONI, A (2008): *I falsi amici, un confronto contrastivo spagnolo/italiano*, Chieti, Solfanelli, p.195.

⁶³ Ibid. FRANCESCONI 2008: P.196.

En este estudio analizaremos algunos ejemplos procedente del libro Azul Ruso y su propuesta de traducción, con el objetivo de confrontar las dos versiones y de destacar las diferencias más evidentes, justificando cada vez las razones que llevaron al resultado final.

Ejemplos:

Le diré, **ves**, el Gato ya no me tiene miedo, ahora me mira tan tranquilo mientras doy vueltas alrededor de la mesa, **hablándole al teléfono**, a veces hasta tengo la sensación de que soy su mascota y estoy aquí sólo para divertirlo.

*Gli dirò, **mentre siamo al telefono, sai**, il Gatto non ha più paura di me, adesso mi guarda tranquillo mentre cammino attorno al tavolo, ogni tanto ho perfino la sensazione che sono io il suo animaletto e che sono qui per farlo divertire.*

En este caso, cambiamos la posición tanto del marcador “ves” como del inciso “hablándole al teléfono” para respetar la naturalidad de la lengua italiana, sin perder material léxico.

Alzó la vista hacia el hueco de la escalera, pero **sólo** encontró un ojo vacío que también la observaba, **sin inmutarse**.

*Alzò lo sguardo verso la tromba delle scale, ma incontrò **solamente** un occhio vuoto che, **immobile**, ricambiava lo sguardo.*

En este ejemplo, notamos dos aspectos interesantes al hablar del diferente orden de las palabras entre italiano y español: en primer lugar, el adverbio “sólo” en español puede aparecer tanto en posición preverbal como postverbal, en italiano, en cambio no es posible que “solo/solamente” aparezca en posición preverbal. En segundo lugar, cambiamos la posición del sintagma “sin moverse” y lo sustituimos con un adjetivo, es decir, “immobile”.

¿Es porque no quedé bien, **me dejas por eso**, estúpido?

È perché sono messa male, è per questo che mi lasci, cretino?

Además, para expresar el reproche de manera marcada, “la orden es otro de los actos ilocutivos en el que la intencionalidad se presenta con más frecuencia como recurso lingüístico⁶⁴”. Por ejemplo, se utiliza tal recurso en la interrogación.

En conclusión, tenemos que subrayar la importancia del orden de las palabras en la traducción para alcanzar resultado satisfactorio para el texto de llegada que resulte natural tanto al lector destinatario como al lector de la lengua de partida.

⁶⁴ LUQUE TORO, L (): *Mitología verbal cotidiana: italiano y español en contraste*,

La puntuación

Durante el proceso traductivo de la obra Azul Ruso, nos dimos cuenta de la presencia, sobre todo en algunos relatos, de periodos muy largos y complejos con mucha subordinación y cohordenación de oraciones. En estos periodos, también abundaban los adjetivos y los nombres. Toda esta abundancia de información resultaba difícil que transferir al italiano, conservando la misma carga expresiva del texto original.

En línea general, decidimos respetar la elección estilística de la autora para no modificar demasiado la forma original del texto de partida. No obstante, en algunos casos, tuvimos que aportar algunas modificaciones con el fin de render la lectura del texto de llegada más fluente y natural.

Por tanto, tales modificaciones no conciernen solamente el cambio de tiempos verbales o del orden de las palabras, sino también de la puntuación.

Ejemplos:

EMMA ZUNZ FUE CONVIRTIENDO EN GATOS a todos los hombres que cruzaron la puerta del viejo edificio con aires de teatro cerrado donde vivía, en la parte antigua de cierta ciudad de cúpulas afiladas que tenía por costumbre reflejarse a cada paso en charcos y capós mojados de automóvil, como una dama en ruinas que no pudiera terminar de creerse los signos externos de su decadencia.

*EMMA ZUNZ AVEVA TRASFORMATO IN GATTI tutti gli uomini che avevano attraversato la soglia del vecchio edificio in cui viveva, che sembrava un teatro abbandonato e stava nella parte antica di una certa città dalle cupole affilate. **Quella città** aveva l'abitudine di specchiarsi in ogni pozzanghera o cofano bagnato, come una dama decaduta che non poteva smettere di ritenersi il segnale stesso della propria rovina.*

Como podemos notar, el periodo español es muy largo y complejo: el verbo principal rige varias oraciones subordinadas y cohordenadas. Conservar la misma estructura en italiano resultaba ser tanto innatural como ineficaz para lograr la misma intención comunicativa del texto original. Por tanto, decidimos poner un punto y crear dos oraciones en lugar de una, conectando la primera con la segunda añadiendo “quella città” en principio de la oración. Esta estrategia nos permitió alcanzar un resultado que respetara la naturalidad de la lengua de llegada, sin perder demasiada información.

Analizamos otro caso:

Ellos todavía no podían saberlo, pero unos minutos más tarde, cuando hubieran alcanzado ya el último tramo de los cuatro pisos que subirían andando, y estuvieran aguardando a que alguien abriera la única puerta cuyo timbre se dignó a funcionar, con su sonido de campanillas lentas reverberando aún en el hueco interior, se girarían hacia la escalera y apreciarían de lejos la sombra rizada de la claraboya en la cuadrícula de baldosas rojizas, constatando por primera vez la vaga semejanza que había entre la espiral de peldaños y el reloj astronómico de la torre más célebre de la ciudad.

*Quelli non lo potevano ancora sapere, **ma**, nel giro di qualche minuto, dopo aver ormai raggiunto a piedi l'ultimo tratto dei quattro piani, mentre attendevano che qualcuno aprisse l'unica porta il cui campanello si era degnato di funzionare echeggiando nel foro interno con un lento suono di campanelline, si sarebbero girati e avrebbero ammirato l'ombra arzigogolata del lucernario nel reticolato di piastrelle rossicce, notando per la prima volta una certa somiglianza tra la spirale di scalini e l'orologio astronomico più famoso della città.*

En este segundo ejemplo, logramos no dividir la oración para respetar el estilo de la autora y la forma original del texto de pérdida. Alcanzamos este resultado a través de un cambio de puntuación junto a un cambio de formas verbales y de conectores temporales. De todos modos, en este caso dividir la frase en dos oraciones no sería posible sin implicar un residuo traductivo significativo.

Emma Zunz dejó caer la bolsa con las provisiones cuando vio el rastro de sangre que indicaba cómo **tras la violenta caída** el animal había intentado arrastrarse unos pasos en dirección a la puerta por donde ella habría de entrar.

*Emma Zunz lasciò cadere la borsa con le provviste quando vide la scia di sangue che dimostrava come, **dopo la violenta caduta**, l'animale avesse cercato di trascinarsi per alcuni passi verso la porta dalla quale lei sarebbe entrata.*

En este caso, fue necesario añadir dos comas para separar la subordinada temporal “dopo la violenta caduta”, para facilitar la lectura en italiano. Cabe decir que la falta de un inciso en español depende también de una elección estilística de la autora.

Los tiempos verbales

El verbo expresa la acción y, por esa razón, desempeña un papel fundamental dentro de la oración: sin verbo la oración no existiría.

Desde un estudio contrastivo entre español e italiano notamos un diferente uso de los tiempos verbales.

En el siguiente capítulo analizaremos a través de algunos ejemplos, los cambios entre español e italiano por lo que concierne a los tiempos verbales. En particular, este contraste se focaliza en el análisis de los tiempos pasados, es decir *pretérito indefinido* versus *passato prossimo/passato remoto*.

Cabe decir que en italiano, la diferencia en el uso del *passato prossimo* o del *passato remoto* depende no solo del estilo del texto o del autor, sino también de un factor diatópico, como afirma Osimo:

“Nella scelta tra i due perfetti, occorre tenere presente che il remoto, per quanto ancora molto in uso nell’Italia centromeridionale, sta perdendo progressivamente terreno⁶⁵”.

Por tanto, el traductor tendría que considerar este aspecto cuando traduce diálogos:

“In un testo contemporaneo in cui sia riportato un dialogo, all’interno del dialogo il passato remoto sa sempre più di libresco, in contrapposizione al passato prossimo più realistico”⁶⁶.

Según lo que dice la Accademia della Crusca: *“La scelta del passato prossimo e del passato remoto non dipende dalla distanza temporale degli avvenimenti; dipende dalla collocazione che diamo a questi rispetto al momento in cui ne parliamo e dal "punto di vista" dal quale li consideriamo, cioè dall’atteggiamento con cui percepiamo il passato. Usiamo il passato prossimo per esprimere un’azione compiuta o un accadimento che*

⁶⁵ OSIMO; B. (1998): Manuale del traduttore, Hoepli, 1998, p.75.

⁶⁶ Ibid, OSIMO 1998: 75.

“lasciano tracce” (come diceva Giacomo Devoto) nel presente. Usiamo il passato remoto per manifestare il distacco, e quindi la lontananza, di tali avvenimenti dal momento in cui ne parliamo. Dobbiamo perciò intendere remoto nel suo significato etimologico di “separato”, “staccato”, “rimosso”; e prossimo come indicante vicinanza o attualità psicologica.⁶⁷”

Comentaremos las soluciones traductivas adoptadas, considerando algunos ejemplos.

En algunos casos, en presencia de marcadores temporales como “hace ... años” en español es obligatorio utilizar el pretérito indefinido, mientras que en italiano es más frecuente el uso del passato prossimo.

HACE UNOS AÑOS COMPRÉ POR INTERNET un fragmento de criptonita.

ALCUNI ANNI FA HO COMPRATO SU INTERNET un frammento di kryptonite.

De todos modos, cuando el estilo del relato y la colocación temporal de la narración lo permitían, se elijo utilizar el passato remoto, que indica una mayor distancia temporal y es típico de la narración de cuentos.

Emma Zunz notò che il gatto non faceva le fusa.

Emma Zunz reparó en que el animal no ronroneaba.

En línea general, la elección entre passato prossimo y passato remoto para traducir los relatos del libro *Azul Ruso* se basó tanto en el estilo de la narración como en el respeto de la *consecutio temporum* que en italiano se expresa con el uso de ambos tiempos verbales.

⁶⁷ www.accademiadellacrusca.it

III. ASPECTOS EXTRALINGÜÍSTICOS

A la hora de traducir, sobre todo si se traduce un texto de literatura, es fundamental comprender y tener una cierta familiaridad con la cultura de partida para poder interpretar el texto y transmitirlo en la lengua de llegada de manera que el lector entienda y pueda apreciar la obra, casi como si estuviera leyendo el texto original.

El factor intercultural depende mucho del contexto en el que se sitúa la obra, y, por tanto, se tiene que evaluar el tipo de distancia diacrónica, las diferencias diatópicas y un tercer valor, es decir, el cronotopo cultural. Este último aspecto puede variar independientemente del tiempo y del espacio en los que se sitúa el acontecimiento⁶⁸. Según la opinión de Osimo:

“Il contesto della cultura emittente si manifesta soprattutto nel tema, nei realia naturali e sociali, nel colorito storico e locale, nelle abitudini culturali e nelle tradizioni, nei rapporti sociali e negli archetipi culturali. In traduzione si ha lo scontro di due sistemi culturali sia a livello comunicativo sia a livello di testo⁶⁹”.

En el caso de Azul Ruso, se evaluaron los tres niveles según el relato que se iba traduciendo. Considerando que cada relato constituía un obra autónoma con respecto a las demás, se adoptaron técnicas y soluciones diferentes en cada caso.

En los siguientes párrafos destacaremos los argumentos de discusión más importantes y las dificultades que encontramos durante la traducción.

Los Realias y su traducción

Los realias, llamados también culturemas, son palabras que, al remitir a un referente específico de un determinado espacio cultural, no tienen correspondiente en otras lenguas a

⁶⁸ OSIMO, Bruno (2004): *Manuale del traduttore*, Milano, Hoepli, p. 14.

⁶⁹ POPOVIČ, Anton (2006): *La scienza della traduzione*, Milano, Hoepli, p. 107.

menos que se hayan difundido a través de préstamo⁷⁰. Los estudiosos búlgaros Vlahov y Florin, definen los realias como:

[...] palabras (o locuciones complejas) de la lengua popular que nombran objetos, conceptos, fenómenos típicos de una zona geográfica, de una cultura, de la vida concreta o de características históricas o sociales de un pueblo, de una nación, de un país, de una tribu, y que, por tanto, aportan unos matices nacionales, locales e históricos; estas palabras no tienen correspondencias precisas en otras lenguas⁷¹.

Se trata de nociones específico-culturales de un país o de un ámbito cultural y muchos de ellos poseen una estructura semántica y pragmática compleja. Como es sabido, uno de los escollos importantes de la traducción son los realias, y mediante un estudio comparativo se estará en disposición de encontrar soluciones adecuadas en cada caso. Es decir, se podrá sustituir los culturemas específicos de la lengua fuente por paráfrasis suficientemente informativas o por otro culturema aproximado en la lengua de meta. Naturalmente, dada la complejidad de muchos culturemas, tal sustitución no siempre será posible. Los culturemas suponen también un escollo en la comprensión total de textos de cultura en cualquier lengua extranjera.

Analizaremos algunos ejemplos con respecto a los realias presentes en la obra *Azul Ruso* y sus propuestas traductivas.

[...] volvía casi siempre de la **verbenas** con las medias caídas y llorando [...]

*[...] tornava dalle **verbenas** quasi sempre con le calze strappate e in lacrime [...]*

En este caso, se ha elegido no traducir el culturema y explicitar su significado en una nota a pie de página. Se ha tomado este tipo de solución para preservar aquellas características que la palabra *verbenas* posee, con la intención de respetar la voluntad de la autora de indicar no una fiesta cualquiera, sino una fiesta popular de un período específico del año.

⁷⁰ Cfr. CALVI, M. V. (2007): “Los términos culturales en los diccionarios bilingües de español e italiano: el caso de autonomía y sus derivados”, en *Léxico Español Actual*, Venezia, Ed. Cafoscarina, p. 49-69.

⁷¹ Vlahov S. Florin S., Neperovodimoe v perevode. Realii, in *Masterstvo perevoda*, n. 6, Moskvà, Sovetskij pisatel’, 1970, p 432-436.

Las definiciones que se han encontrado en algunos diccionarios monolingües son las siguientes:

- “Fiesta popular que se celebra en los días de alrededor del de algunos santos, como San Antonio, San Juan, San Pedro o la Virgen del Carmen, con bailes callejeros, puestos de baratijas, chirros, buñuelos y otras golosinas y, a veces, instalaciones propias de feria.”⁷².

- “Fiesta popular nocturna que se celebra al aire libre la víspera de algunas festividades”⁷³.

- “Fiesta popular con baile que se celebra por la noche al aire libre y normalmente con motivo de alguna festividad”⁷⁴.

Es importante destacar que este término no aparece en el diccionario bilingüe Tam. Tampoco aparece, con este significado de fiesta, en diccionarios monolingüe italianos, como por ejemplo en Zingarelli, Niccoli, de Mauro y Garzanti. En todos, verbena es el nombre de un tipo de vegetal, como aparece en Zanichelli:

- “Erba molto ramosa delle Verbenacee, perenne, con piccoli fiori a spiga, coltivata con molte varietà (Verbena officinalis)”⁷⁵

Para el lector español, esta palabra sugiere una serie de ideas, una visión del mundo familiar o, por lo menos, no desconocida del todo. El lector italiano, en cambio, no posee este tipo de conocimiento enciclopédico porque no pertenece a su propia cultura. Sin embargo, traducir el término con una palabra de significado más amplio, como por ejemplo, “fiestas”, si por un lado facilitaría la comprensión inmediata del concepto general, por otro lado dañaría la imagen global y descripción del personaje de que se está hablando. La solución final trata de respetar el contexto y la poética que caracteriza el relato y intenta ofrecer la propuesta más adecuada en favor del lector italiano.

Fijámonos ahora en otro caso:

⁷² MOLINER

⁷³ CLAVE

⁷⁴ DRAE

⁷⁵ ZINGARELLI, N. (2004): *Vocabolario della lingua italiana*, Bologna, Zanichelli Editore, p. 1998.

[...] yo medio achispado por el **pacharán** que había bebido en el bar a la hora del café [...]

[...] *mezzo sbronzato a causa del **pacharán** che avevo bevuto al bar prendendo il caffè [...]*

En este caso, explicar el término *pacharán* a través de una traducción aproximada “liquore di susine”, o sustituir el culturema con un realia de la cultura de llegada, como, por ejemplo, *alchermes*, *nocino* o *maraschino*, producirían un residuo traductológico significativo. Estas propuestas llevarían a dos tipos problemas: en primer lugar, la oración resultaría muy pesada; en segundo lugar, se comprometería la semántica y el aspecto tópico del término. Al analizar las definiciones que aparecen en algunos diccionarios monolingües, se desprenden cuáles son los aspectos peculiares intrínsecos del término *pacharán* que se corre el riesgo de perder durante el proceso traductivo:

- “Licor originario de Navarra obtenido por maceración de endrinas en anís”⁷⁶.
- “Licor de origen Navarro que se elabora con endrinas”⁷⁷.
- “Licor obtenido por maceración de endrinas en aguardiente anisado”⁷⁸.

Frente a estas definiciones, la definición que propone el diccionario bilingüe Tam “distillato di susine”, no solo proporciona una información incompleta sobre el término, sino resulta equivocada, de momento que un licor no es propiamente una destilación, tanto en español como en italiano.

Tras consultar los diccionarios monolingües de la lengua italiana, notamos que la palabra *pacharán* no aparece en estos diccionarios. Este estudio demuestra una vez más que, a la hora de traducir, es fundamental para el traductor, utilizar principalmente los diccionarios monolingües o enciclopedias de la lengua de partida para poder analizar el texto con precisión.

⁷⁶ MOLINER

⁷⁷ CLAVE

⁷⁸ DRAE

Por tanto, al final, se ha preferido dejar el término cultural tal y cual para no perder la semántica de la palabra *pacharán* y también para no introducir una traducción aproximada, parcial o, incluso, equivocada. El lector encontrará una explicación más completa en una nota a pie de página. Cabe decir también que, es el contexto el que ayuda al lector italiano a extraer del texto las informaciones precisas para comprender mejor lo de que se está hablando; de hecho, palabras como “sbronzò” y “avevo bevuto” sugieren que se trata de una bebida alcohólica.

El término que fue más difícil que traducir entre los demás realias fue el término azulejo. Según el DRAE *azulejo* significa: *Ladrillo vidriado, de varios colores, usado para revestir paredes, suelos, etc., o para decorar*⁷⁹.

Por tanto, según la definición que proporciona el diccionario, se desprende que el término tiene una fuerte connotación cultural, procedente del arte española, más específicamente, de Andalucía.

Tras consultar los diccionarios monolingües de la lengua italiana, no encontramos definiciones con respecto a la palabra *azulejo*. Por consiguiente, podemos concluir que este término aún no forma parte el léxico de la lengua italiana.

Consideramos los contextos en el que se ha encontrado dicho término y las sendas propuestas traductivas:

Emma Zunz colocaba entonces las seis escudillas en hilera sobre los **azulejos** desleídos de su balcón.

*Allora Emma Zunz posizionava le sei scodelline nella fila di **azulejos** sbiaditi del suo davanzale.*

[...] veían a Emma Zunz entrar de nuevo en la cocina de **azulejos** blancos y tomar de la encimera [...]

*[...] vedevano Emma Zunz di nuovo nella cucina ornata di **azulejos** bianchi prendere dal banco di lavoro [...]*

⁷⁹ DRAE

[...] y la gelidez proyectada por cada uno de los **azulejos** trepando por la sombra de sus patas.

*[...] la freddezza proiettata da ognuno degli **azulejos** che si arrampicavano attraverso l'ombra delle sue zampe.*

Acertó a levantar unos centímetros el rostro y distinguió ante ella el entramado de **azulejos**, su policromía borrosa.

*Riuscì ad alzare il viso di alcuni centimetri e scorse davanti a lei un incrocio di **azulejos**, in una policromia confusa.*

Como se puede notar, la palabra *azulejo* se repite cuatro veces dentro del mismo relato. Si bien la narración se sitúa en un lugar muy lejo de España, de donde procede originariamente ese producto de artesanía, la intención de la autora era la de describir un lugar polícromo y decorado por esas baldosas muy peculiares.

Aunque en italiano se encuentren otras tipologías de baldosas, como por ejemplo, la *maiolica* o el *mosaico*, ningunos de estos puede parecerse a los *azulejos*. Por tanto optamos por no considerar válida la estrategia draductiva de sustituir el realia español por otro realia italiano. La solución que adoptamos fue la de señalar en una nota a pie de página la definición del término la primera vez que aparece en el texto y dejarlo tal y cual en las siguientes oraciones.

Como los realias son palabras muy delicadas y ricas a nivel semántico-cultural, nuestra técnica traductiva general para todos los casos fue la de transcribir el realia y explicarlo, con el fin de no modificar demasiado la carga semántica del texto de partida.

Traducción del las unidades fraseológicas

El siguiente estudio propone analizar las unidades fraseológicas más llamativas dentro de la obra Azul Ruso y proporcionar un análisis de su traducción italiana.

En adelante, se ha decidido utilizar la expresión “unidades fraseológicas” según la definición de Corpas:

[...] unidades léxicas formadas por más de dos palabras gráficas en su límite inferior, cuyo límite superior se sitúa en el nivel de la oración compuesta. Dichas unidades se caracterizan por su alta frecuencia de uso, y de coaparición de sus elementos integrantes; por su institucionalización entendida en términos de fijación y especialización semántica; por su especificidad idiomática y variación potenciales; así como por el grado en el cual se dan todos estos aspectos en los distintos tipos⁸⁰

Debido a su naturaleza prevalentemente cultural y a las referencias a aspectos y realidades idiosincrásicos, que contienen, se suele afirmar que las unidades fraseológicas son casi imposibles de traducir, porque sus rasgos intrínsecos impiden trasladar a otra lengua toda la información proporcionada por tal expresión en el idioma de origen. Era creencia común entre los estudiosos, que las unidades fraseológicas no se podían traducir sin que ello comportara unas pérdidas o modificaciones más o menos significativas en el resultado final. Además, se ha llegado a afirmar la intraducibilidad de algunas de ellas, a causas de sus referencias históricas e/o socioculturales idiosincrásicas que poseen. A veces, incluso la actitud del mismo traductor “ante lo que considera como más idiosincrásico y particular de la comunidad de origen, y, por tanto, de difícil o imposible traducción a a comunidad meta”⁸¹, puede impedir una traslación fluida de los contenidos fraseológicos de una lengua a otra.

⁸⁰ CORPAS PASTOR, G. (1996): *Manual de fraseología española*, Madrid, Gredos, p. 20.

⁸¹ CORPAS PASTOR, G. (1996): *Manual de fraseología española*, Madrid, Gredos, p. 213.

El foco de la problemática traductiva de las unidades fraseológicas consta en la comprensión de las dos culturas que el traductor tiene que enfrentar: la cultura del texto de partida y la cultura del texto de llegada.

Durante los años ochenta, se ha desarrollado una perspectiva investigadora innovadora en este ámbito, así nombrada *top-down* (arriba-abajo), porque modela el proceso de traducción tradicional, proporcionando una mayor importancia al texto de la cultura de destino. Por consiguiente, se plantea la traducción en términos de adaptación del texto original a las circunstancias culturales de destino. Y esta teoría se aplica también a la hora de traducir fraseología.

Nida, traductor de textos bíblicos y uno de los mayores impulsores de la traductología en Occidente, afirma que una buena traducción debe producir en el receptor la misma reacción que produjo el texto original en los receptores originales⁸². Una consideración similar la encontramos también en Nida y Tabler:

“Dynamic equivalence is therefore to be defined in terms of degree to which the receptors of the message in the receptor language respond to it in substantially the same manner as the receptors in the source language⁸³”.

En consecuencia, el traductor delante al reto que una expresión fraseológica plantea, tiene que fijarse en el lector del texto de llegada y operar para que pueda recibir el mismo mensaje comunicativo. Las expresiones idiomáticas, en particular, representan la esfera cultural del mundo del autor y caracterizan. Un traductor fiel al texto fuente, opera una recodificación interpretativa, en otras palabras, busca la expresión fraseológica en la lengua de llegada que sepa reproducir el mismo sentido. Estamos, por tanto, de acuerdo con lo que afirma García Yebra:

⁸² cfr. NIDA, E. A. (1964): *Towards a Science of Translating*, Leiden, Brill.

⁸³ NIDA, E. A. y TABLER Ch. (1969): *La traducción: teoría y práctica*, Madrid, Cristianidad.

"La regla de oro para toda traducción es, a mi juicio, decir todo lo que dice el original, no decir nada que el original no diga, y decirlo todo con la corrección y naturalidad que permita la lengua a la que se traduce."⁸⁴

Analizamos algunos ejemplos:

- **llevar en palmitas:** según el diccionario combinatorio REDES, esta expresión significa "llevar con mucho mimo o consideración"⁸⁵. En el diccionario de Moliner encontramos una definición parecida "tratar una persona con mucho miramiento o consideraciones"⁸⁶.

[...] te iban a llevar en palmitas.

[...] *saresti servito e riverito.*

La traducción italiana non tiene mucho a que ver con la expresión española, pero se ha intentado buscar una expresión lo más cercano posible desde el punto de vista semántico, para que el receptor comprenda el mensaje sin pérdidas de significado.

- **llover a cántaros:** en Moliner, se define como "llover mucho"⁸⁷, bajo la definición del lema *cántaro* "recipiente, generalmente de barro, panzudo y de boca y fondo estrecho, que se emplea, particularmente en los pueblos, para transportar y tener el agua".

Llovía a cántaros cuando la extraña mujer de la boina violeta entró en la tienda de animales de Gretel Katzenbeisen.

Pioveva a catinelle quando la strana donna con la baschetto viola, entrò nel negozio per animali di Gretel Katzenbeisen.

En italiano hemos encontrado una expresión que casi corresponde totalmente, es decir, *piovere a catinelle*, que en el diccionario Devoto Oli se define como "in gran

⁸⁴ Cfr. GARCÍA YEBRA, V. (1997): Teoría y práctica de la traducción, vol. 1, Madrid, Gredos, p. 45.

⁸⁵ BOSQUE, I. (2004): *Diccionario REDES: Diccionario combinatorio del español contemporáneo*, Ed. SM, p. 727.

⁸⁶ MOLINER, M., *Diccionario de uso del español*, Gredos, Madrid, segunda edición 2008, p. 1230.

⁸⁷ MOLINER, M., *Diccionario de uso del español*, Gredos, Madrid, segunda edición 2008, p. 299.

quantità”⁸⁸. Otras traducciones posibles en italiano, podrían ser “piovere a diretto” o “piovere a secchi rovesci”. Ambas confieren una idea de gran cantidad de lluvia pero, a catinelle, tiene el nivel más alto de correspondencia con la lengua de partida, dado que catinella significa “recipiente circolare poco profondo, accentuatamente svasato verso il bordo”.

- **meterse de cabeza en el infierno:** la palabra *cabeza* resulta ser una de las palabras más productivas en la creación de expresiones idiomáticas. Es suficiente pensar en expresiones como *írsele la cabeza*, *perder la cabeza*, *meter una cosa en la cabeza* y un largo etcétera. Muchas de ellas comparten la idea general que la cabeza es un sitio donde reside la razón y el pensamiento; por eso encontramos también en italiano expresiones parecidas como *andare via di testa*, *perdere la testa*, *mettersi qualcosa in testa*. Cabe decir que *meterse de cabeza en el infierno* no tiene la misma frecuencia de las anteriores expresiones y que tampoco se ha podido traducir de manera parecida en el idioma de llegada, de momento que no existe algo semejante en italiano.

[...] dispuesto a salir disparado hacia cualquier hospital, a meterse de cabeza en el infierno para encontrarme.

[...] *disposto a uscire e fiondarsi in qualsiasi ospedale, facendo i salti mortali per trovarmi.*

Fare i salti mortali significa “fare l’impossibile per raggiungere uno scopo”⁸⁹, por ende, la idea de gran esfuerzo y de acción desesperada. Se ha decidido utilizar el núcleo fraseológico *salto*, también porque, como *cabeza*, es muy productivo. En esta ocasión, traducir sin aportar una pérdida no ha sido posible; de todos modos, se ha intentado proporcionar una imagen comunicativa lo más cercano posible al original.

En algunos casos, no fue posible encontrar en los diccionarios monolingüe italianos expresiones fraseológicas correspondientes al español. Un ejemplo es:

[...] su llanto se interrumpe, **se para en seco**.

⁸⁸ DEVOTO G. e OLI G. C., *Il dizionario della lingua italiana*, Ed. Le Monnier, 2000-2011, p. 373.

⁸⁹ DEVOTO G. e OLI G. C., *Il dizionario della lingua italiana*, Ed. Le Monnier, 2000-2011, p. 1826.

[...] *il loro pianto si interrompe, si ferma improvvisamente.*

-*pararse en seco*: empezar o interrumpirse una cosa bruscamente⁹⁰.

En este caso, para la traducción italiano no tuvimos más remedio que añadir el adverbio *improvvisamente* para marcar el matiz que indica la expresión española.

⁹⁰ MOLINER, p. 1519.

Análisis de algunos factores peculiares de la cultura española

En conclusión, analizaremos algunos términos y expresiones que resultaron ser unos verdaderos obstáculos durante la traducción de *Azul Ruso*.

Se trata de palabras que requisieron más tiempo, búsqueda y trabajo porque están muy relacionados a los hábitos y la cultura española y no tienen correspondientes exactos en italiano.

En este apartado comentaremos las elecciones traductivas que conciernen a estos términos tan peculiares.

Las tallas

En el libro *Azul Ruso*, y en particular, en el relato *Los Zapatos de Margot*, se habla muy a menudo de la ropa de vestir y de moda, por consiguiente, tenemos muchos términos que se relacionan a este ámbito (véase glosario sobre la moda y la ropa, p.). En este contexto se nombran dos tipos de tallas: el número de los zapatos y la talla de la ropa de vestir.

En el caso del número que se utiliza para indicar el tamaño de un par de zapatos, no tuvimos problemas de traducción porque el español y el italiano utilizan el mismo sistema numérico.

Elsa calzaba un 40 largo, pero era tan grácil, tan espigada, que no se advertía.

Elsa portava un 40 abbondante, ma era così gracile, così affusolata, che non si notava.

En cambio, tuvimos que prestar mucha atención a la hora de traducir la talla de un vestido.

Un enorme saco oscuro, de manga larga, sin escote, la única prenda que podía permitirse una mujer con la talla 46.

Un enorme sacco scuro, con le maniche lunghe, senza scollatura, l'unico indumento che poteva permettersi una donna con la taglia 50.

En este caso italiano y español utilizan un sistema de clasificación que puede parecer lo mismo porque cataloga las tallas entre la misma franja de números, pero estos números corresponden a tallas diferentes. Por tanto, con las tallas se tendría que comprobar siempre la correspondencia entre los países en que se venden. Además, en este contexto una traducción correcta es fundamental para que el relato exprese su intención comunicativa: en efecto, mientras para un lector italiano la talla 46 se atribuye a una mujer quizás no muy delgada, pero no demasiado gorda, una mujer que viste una 50, en cambio, se considera una mujer con sobrepeso.

Departamento de Bajas

[...] llama del departamento de Bajas para hacer una comprobación [...]

[...] chiama dal servizio clienti per fare un controllo [...]

El “departamento de Baja”, en este caso de una compañía telefónica, es el servicio que se ocupa de las prácticas que sirven para acabar un contrato existente entre una compañía y un cliente, con otras palabras podríamos decir que nos referimos al “departamento de Baja” cuando queremos dar de baja un contrato. En las compañías telefónicas italianas no existe este tipo de departamento y su función, junto a otras, la realiza el “servizio clienti”.

Los de Atestados

El Mercedes descapotable color luna llena, su primer ataúd, era un amasijo de hierros empotrado contra la mediana cuando llegaron los de Atestados.

La Mercedes decappottabile color luna piena, la sua prima bara, era un ammasso di rottami accartocciati quando vennero a fare la perizia assicurativa.

En el texto de partida se utiliza una forma aproximativa para indicar las personas que llegaron a dónde se produjo el accidente y se ocuparon de los atestados. Según la RAE, un atestado es:

- Instrumento oficial en que una autoridad o sus delegados hacen constar como cierto algo. Se aplica especialmente a las diligencias de averiguación de un delito, instruidas por la autoridad gubernativa o Policía judicial como preliminares de un sumario⁹¹.

En italiano, se mantuvo la idea de impersonalidad a través de un sujeto sobrentendido en la tercera persona del plural, pero se adaptó el término *atestado* al procedimiento oficial que se suele adoptar en Italia en caso de accidentes.

⁹¹ www.rae.es

IV. ASPECTOS FONOLÓGICOS

Además de analizar los factores lexicales, gramaticales y extralingüísticos que aparecen en la obra que traducimos, acabamos con señalar algunos factores fonológicos que resultaron problemáticos a la hora de traducir. Trataremos entonces la cuestión de las onomatopeyas y de las rimas, con el fin de discutir sobre la traducción final del texto de partida para motivar las soluciones adoptadas.

1. Las onomatopeyas

Las onomatopeyas constituyen un tipo de palabra de características muy particulares que a menudo representan un reto para los traductores. Según la definición que aparece en el diccionario de Moliner, el sustantivo *onomatopeya* significa “imitación de un sonido para designarlo o referirse a él” o “palabra formada por este procedimiento”⁹².

La onomatopeya aparece en solo un relato, es decir *Sesentamil*, pero se trata de una palabra fundamental dentro de este relato. La palabra de la que estamos hablando es *flas*.

Flas es el sonido que producen los ojos del protagonista cuando se cierran: “*Flasflas. Así hacen mis pestañas de pobre tullido cuando se cargan a alguien, flasflas.*” El protagonista tras un accidente de auto, no puede moverse y solo comunica a través del movimiento de sus ojos y el abrir y cerrar de las pestañas. Con este movimiento él puede matar a las personas que no le gusten.

La palabra que la autora utiliza, procede del inglés *flash* y según el diccionario Collins puede significar *destello, instante, repentino*, es decir algo muy rápido. La morfología está adaptada al español y reproduce el sonido de las pestañas.

Para mantener este tipo de sonido y este tipo de idea, se elige adoptar la solución de mantener la palabra inglesa porque existe y se utiliza también en italiano con el valor de algo rápido y de velocidad. Además la pronunciación en italiano es muy parecida y puede adaptarse a la acción de aquel contexto.

⁹² MOLINER, Maria, *Diccionario de uso del español*, Gredos, Madrid, segunda edición 2008, p. 1204.

2. La rima

Hablamos del tema de las rimas analizando un eslogan que aparece en el relato Superwind. Superwind es un superhéroe en paro, espera que lo llamen por una misión pero su superpoder de producir “ventosidades huracanadas, capaces de narcotizar a un elefante” no parece ser algo que interesa al mundo. Se cita entonces un eslogan que el protagonista no supo escribir en el cielo:

Condomes Tropicana, noches de gozo sin pozo.

Para traducir el eslogan se decidió modificar la estructura de la frase y encontrar palabras que hicieran rima en italiano y que tuvieran el mismo significado de *gozo* y *sin pozo*. La solución final fue:

Preservativi Tropicana, notti di passione a profusione.

Si bien existe locuciones adverbiales que corresponden a *sin pozo* en italiano, como por ejemplo, *senza fine/senza fondo*, no era posible utilizarlas y encontrar una rima eficaz. Teníamos que considerar que los eslóganes se utilizan sobre todo en el lenguaje de la publicidad y, como en este caso, tienen la función de llamar a la atención y ser fáciles de recordar gracias a la rima y a la elección de las palabras. Por tanto, si queríamos transmitir la función conativa y fática del eslogan no se podía evitar la rima. Utilizar *a profusione* para traducir *sin pozo*, no significa perfectamente lo mismo porque adopta una litote, pero permite dar el mismo sentido general a la oración y es posible utilizar el término *passione* en lugar de *gozo* para producir la rima.

En este caso, la traducción final es, como la definiría Eco una “*negoziazione*” que procede de una interpretación del texto, una evaluación y una mediación entre culturas y material léxico disponible. Y como no existe una traducción perfecta o una solución única,

estamos de acuerdo con la afirmación de Eco que dice: *traducendo, non si dice mai la stessa cosa*⁹³.

⁹³ Cfr. ECO, U. (2003): *Dire quasi la stessa cosa*, Milano, Bompiani, p. 93-94.

CONCLUSIONES

En este último apartado queremos recapitular el estado de la cuestión en materia de traductología, en particular en relación a la traducción de relatos breves, con el objetivo de presentar las líneas fundamentales que constituirán nuestra propia propuesta.

Como sabemos, el estado actual de la traductología, se caracteriza por ser una práctica altamente multidisciplinaria que ha empezado a estudiarse recientemente. Por tanto, a lo largo de su evolución, se impuso la necesidad de profundizar e indagar los diversos factores que componen esta disciplina. Estos avances llevaron a abandonar la idea de traducción concebida como arte, una actividad libre y creativa, sin la necesidad de un estudio teórico del tema. En tiempos modernos, de hecho, si bien no se rechaza la concepción artística del proceso de traducción, se ha afirmado su carácter científico que justifica la necesidad de estudiar e investigar tal proceso.

Por lo que concierne la traducción de narraciones breves, no basta con considerarla simplemente un tipo de traducción literaria, sino que hay que evaluar desde el principio ese tipología de producción artística. Primamente, cabe decir que el relato literario, a diferencia de la novela, tiene una limitación muy significativa: Su espacio reducido. El relato, por definición, debe ser un concentrado de literatura, no puede tener nada de superfluo, mientras que la novela puede contar toda una historia e incluso divagar. Según Cortázar, en este tipo de texto literario no deben faltar los siguientes rasgos: la intensidad, como es una narración breve, debe tener todo lo necesario y nada prescindible; la tensión, es decir, debe ser leído "de un tirón", atrapar al lector y mantener su atención, gracias a la tensión "el autor nos va acercando lentamente a lo contado. Todavía estamos muy lejos de saber lo que va a ocurrir en el cuento, y sin embargo no podemos sustraernos a su atmósfera"; en final, la significación, en otras palabras, "lograr ese clima propio de todo gran cuento, que obliga a seguir leyendo, que atrapa la atención, que aísla al lector de todo

lo que lo rodea para después, terminado el cuento, volver a conectarlo con sus circunstancias de una manera nueva, enriquecida, más honda o más hermosa"⁹⁴.

A la hora de traducir, el traductor tiene que evaluar todas estas características para poder restituir al lector destinatario la misma intención comunicativa, el mismo ritmo, la misma suspenso y acercarse lo más posible al estilo propio del autor.

Es necesario también considerar que se trata de un tipo de texto literario bastante antiguo y que también durante las últimas décadas se ha difundido mucho y apasiona a muchos lectores. Entre los escritores ispanohablantes más conocidos recordamos Jorge Luis Borges, Horacio Quiroga, Julio Cortázar, mientras entre los italianos cabe destacar algunos nombres importantes como Antonio Tabucchi, Italo Calvino, Dino Buzzati y muchos más. *Azul Ruso*, por ejemplo, es una obra que se sitúa en un contexto literario que durante la última década se ha desarrollado mucho y tiene bastante éxito entre los lectores españoles. La editorial que publica *Azul Ruso*, *Páginas de Espuma*, se ocupa casi exclusivamente de narraciones breves de autores españoles. Por tanto, tener una cultura amplia sobre este género literario o, por lo menos, conocer sus rasgos principales ayudaría al traductor en su trabajo. En este ámbito, parece necesario señalar que, debido a las tendencias de las editoriales italianas, son pocos los que traducen cuentos del español al italiano, mientras en las estanterías de las tiendas encontramos siempre con mayor frecuencia las novelas de autores españoles. Por esa razón, podríamos decir que por el momento la narración breve se sitúa todavía en un marco de nicho.

Como todas las obras literarias, también el cuento presenta entre sus páginas muchos rasgos culturales. En la tarea del traductor es imprescindible la individuación y valoración de tales rasgos. De manera equivocada, se suele considerar el italiano y el español lenguas muy afines, pero, es a la hora de considerar lo cultural presente en un texto que se manifiestan las diferencias más destacantes. “Cuando las lenguas de origen y de llegada pertenecen a ámbitos culturales diferentes, el primer problema al que habitualmente debe enfrentarse el traductor es el de encontrar en su propia lengua términos que expresen con el mayor grado de fidelidad posible el significado de algunas palabras, por ejemplo, aquellas

⁹⁴ CORTÁZAR, J. (1970): *Algunos aspectos del cuento*, en la revista “Casa de las Américas”, n. 60, julio 1970, la Habana.

relacionadas con tejidos típicos, especialidades culinarias u oficios, propios de la cultura en la que se hallan tanto el autor como los lectores a quienes va dirigido el texto original⁹⁵.

Además de enfrentarse a lo cultural, hoy en día los traductores profesionales tienen que trabajar en un contexto muy competitivo y ponerse al día con las nuevas tecnologías y los que se improvisan traductores sin tener competencias ni experiencia en este ámbito profesional. Su trabajo debe confrontarse muy a menudo con nuevos expedientes tecnológicos que se han creado con el fin de automatizar la traducción para obtener un resultado inmediato y económico. Lo que ocurre es que no solo se trata de soluciones muy limitadas desde el punto de vista de la calidad del producto final, sino también dañan la profesión del traductor y, a nivel social, proporcionan una idea equivocada de lo que significa traducir. Desafortunadamente, hoy son muchos los que deciden realizar una traducción con la ayuda de programas que se buscan fácilmente por internet, como el muy noto Google Translate. Está probado que, aun si se trata de textos con términos biunívocos, como por ejemplo textos científicos o muy técnicos, estas “máquinas” no pueden considerarse totalmente fiables. Por otro lado, resultan inútiles y dañosas a la hora de traducir textos literarios, periodísticos, o, de todos modos, textos que contienen un lenguaje coloquial, metáforas, referencias a lo cultural o que expresan ironía. No obstante, los traductores automáticos se utilizan muy a menudo y, con sus traducciones groseras y muy poco precisas, desminuyen el trabajo de un profesional de la traducción. Esto es lo que pasa también cuando, para realizar traducciones, se contratan a personas que no tienen ninguna experiencia de traducción ni saben de traductología, porque resulta económicamente conveniente para el cliente. En un contexto de este tipo, un traductor tendría que adaptarse a la realidad, en primer lugar, aprendiendo utilizar los traductores automáticos de manera crítica y atenta como ulterior instrumento de trabajo.

Si nos centramos en lo específico en la tarea de la traducción de la combinación lingüística español-italiano, parece evidente que las fuentes y la literatura sobre este tema que se han producido a lo largo de los últimos años son escasas y, por esta razón, no proporcionan toda la información necesaria para poder disponer de un cuadro completo sobre los temas de traductología. En cuanto a la fraseología, por ejemplo, notamos que son más numerosas los artículos y los libros de autores españoles con respecto a las obras de autores italianos.

⁹⁵ RAMOS CALVO, A. (2005): “*Teoría y práctica de la traducción literaria*”, consultado en <http://www.hottopos.com/mirand8/anaramo.htm>

Cabe señalar, por tanto, los límites de nuestro trabajo. Algunos de estos límites proceden de cuestiones prácticas, como la falta de tiempo para realizar un trabajo más completo y correcto, o el número reducido de páginas que traducir. Si dispusiéramos de más tiempo para concluir el trabajo, habríamos podido profundizar también algunos argumentos que decidimos no tratar por falta de tiempo para buscar el material y redactar un comentario adecuado. Concretamente, nos referimos al hecho de que tuvimos que elegir los temas más importantes que tratar en el comentario con respecto al tipo de texto y al contraste con el italiano, si bien quedaban mucho más por comentar. De igual manera, ya que teníamos que respetar un número exacto de páginas analizamos solo un número reducido de relatos y temas de traductología. Por ejemplo, explicamos la dimensión extralingüística del trabajo, a través un muestrario limitado de ejemplos con el fin de justificar las soluciones traductológicas y estilísticas adoptadas.

Además, durante la realización de nuestra propuesta traductiva y del comentario, nos damos cuenta de que algunos temas de traductología aún no se produjeron. Tal hecho ha obligado a formular nuestras consideraciones disponiendo de fuentes limitadas.

Últimamente, la realización de dicho trabajo, tanto por lo que concierne la parte de traducción como la del comentario, no habría sido posible sin el aporte de los estudios llevados a cabo por los teóricos de la traducción, los cuales nos han permitido ampliar y corroborar nuestro conocimiento.

Por consiguiente, realizar esta tesis confirmó que ningún trabajo puede considerarse perfecto, a causas de factores inalienables como la intraducibilidad lingüística y cultural de algunos elementos y los límites propios del traductor.

Por otra parte, nuestra propuesta de traducción es la prueba de la veracidad de las palabras de Umberto Eco, que dijo que “toda traducción es un falso”, es decir, que por más que el traductor intente mejorar su traducción buscando las palabras más adecuadas, al final, los equivalentes perfectos no existen, y se tiene que negociar⁹⁶, también entre dos lenguas afines como italiano y español. En sus tiempos Cervantes hizo un interesante paragón cerca de la traducción, con el cual nos encontramos muy de acuerdo: “me parece que traducir [...] es como quien mira los tapices flamencos por el revés, que aunque se ven las figuras, son llenas de hilos que las escurecen, y no se ven con la lizura y tez de la haz”⁹⁷.

⁹⁶ ECO, U. (2003): *Dire quasi la stessa cosa*, Milano, Bompiani, p. 93-94.

⁹⁷ CERVANTES, M. (1615), *Don Quijote de la Mancha*, 2nda parte, cap. LXII, Bur.

Si fuera posible, profundizaríamos mayormente esta tesis desde el punto de vista de la búsqueda terminológica, utilizando recursos diversos y consultando thesaurus. Igualmente, sería muy útil tener la ocasión de discutir en persona con la misma autora de las soluciones posibles para traducir su obra, dado que sería la manera más directa y exhaustiva para obtener un resultado satisfactorio, tanto para el traductor como para la autora. Por otra parte, si pudiéramos empezar este trabajo de cero, intentaríamos completar el comentario considerando también los factores que se ha decidido dejar al lado por razones espacio-temporales y por falta de documentación.

Consideramos, por tanto, nuestra propuesta no como la única traducción de Azul Ruso, sino como nuestro intento personal de proporcionar una solución traductiva respetosa y adecuada para tal obra.

La realización de nuestra tesis se ha revelado muy útil para nuestro aprendizaje y formación didáctica, nos ha enriquecido a nivel cultural y desde el punto de vista de nuestra preparación para un futuro en el mundo laboral y, por último, nos ha enseñado qué quiere decir aplicarse para llevar a cabo un trabajo de este tamaño, cuáles dificultades comporta y cómo superar algunos obstáculos.

En conclusión, esperamos sinceramente que este trabajo pueda fomentar la búsqueda científica sobre algunos temas de la traductología y ser un impulso para animar un debate constructivo sobre la traducción de obras literarias como la narración breve y sobre la traductología en general en obras actuales como Azul Ruso, de momento que creemos que tanto el debate como la condisión de opiniones y conocimientos sea la clave para poder alcanzar resultados cada vez mejores en cualquier ámbito de la vida se apliquen.

GLOSARIOS

MODA Y ROPA

Español	Italiano	English
abotonado	abbottonato	buttoned
abrigo	giacca	jacket
acerico	puntaspilli	pincushion
atelier	atelier	atelier
bata	vestaglia	dressing-gown
bikini	bikini	bikini
blusa -de gasa	camicetta di velo	gauze blouse
bolsillo	tasca	pocket
bolso	borsa	bag
bota	stivale	boot
bragas	mutande	panties
brillo labial	lucidalabbra	lip gloss
calzar un 40 largo	vestire un 40 abbondante	to wear a 9.5 size
capa	cappuccio	hood
chinela	ciabatta	slipper
corbata	cravatta	tie
costura	cucitura	seam
costurera	sarta	seamstress
cremallera	cerniera	zip
de manga larga	a manica lunga	long-sleeved
de tacón nueve centímetros	-tacco nove (centimetri)	nine centimetres heels

dos piezas	completo	suit
enlutar	vestire a lutto, di nero	to put crêpe on
escarpín	scarpa con il tacco alto, decoltè	pump
escote en uve	scollo a v	v-neckline
estiletto	decoltè	stiletto heel
estrenar	sfoggiare, portare per la prima volta	to wear for the first time
funda	fodera	case
gasa china	velo	gauze
malla de licra	calzamaglia di licra	stockings
maquilladora	truccatrice	make up artist
medias -de liga	calze autoreggenti	stockings
melena de caballo	coda di cavallo	ponytail
minifalda -de vuelo	minigonna a sbuffo	miniskirt
modelo	modello/modella	model
modista	modista	dressmaker
moño	chignon	bun
perlas -oscuras	perle nere	black pearls
satén	satin	satin
satinado	satinato	satin
sombrerera	cappelliera	hatbox
sombrero de plumas	cappello di piume	hat with feathers
sujetador -de encaje	reggiseno in pizzo	lace bra
tiara	diadema	tiara
tocador	toiletta	dressing table
traje de charol	vestito di vernice	varnish dress
traje sastre	vestito di sartoria	tailor-made dres

velo de tul	velo di tulle	tulle dress
vestido	vestito	dress
vestidor	cabina armadio	dress room
vestuario	guardaroba	wardrobe
abotonado	vetrina	store window
zapatillas de tacón	scarpe con il tacco alto	high heels shoes

PALABRAS MALSONANTES

Español	Italiano	English
asqueroso	schifoso	sucking
cabrón	stronzo	asshole
estúpido	cretino	idiot
hijo de puta	figlio di puttana	son of a bitch
jodido/a + sust. + gato + vez + traje	fottuto/a + sost.	fucking + noun
polvo	Sesso	sex
puto + bosque + gato	sost. + del cazzo/di merda	bloody + noun
zorra	puttana, troia	whore

HABLA COLOQUIAL

Español	Italiano	English
achispado	sbronzato	drunk
apocada	svampita	timid
avemáripurísima	omioddio	mother of god

bicho	bestia	vermin
bobo	tonto	silly
chaval	amico	pall, dude
correrse	venire (avere un'orgasmo)	to come
dar a uno igual	fregarsene, non importare	do not mind
escupir	spiattellare	to spit
fofo	floscio	flabby
forrarse	fare un sacco di soldi	to make lots of money
jaleo	casino	fuss
macarra	magnaccia	pimp
nieve	coca	cocaine
tío,a	amico, a	pall, dude
yanqui	nerd	nerd

EXPRESIONES FRASEOLÓGICAS Y LOCUCIONES

Español	Italiano	English
dar de baja	recedere un contratto	
de vez en cuando	di tanto in tanto	from time to time
meterse de cabeza en el infierno	fare i salti mortali	to drive somebody crazy
ponerse mocho	mettersi a piangere	to start crying
por si acaso	non si sa mai	just in case
quedar hecho polvo	essere uno straccio	to be a mess
suspirar hondo	fare un respiro profondo	to take a deep breath

a coro	in coro	in a chorus
a oscuras	al buio	in the dark
con pinta de	con la faccia da	to look like
hasta las tantas	fino a tardi	till late
por completo	completamente, del tutto	totally
rumbo a	incontro a	to go off course

BIBLIOGRAFÍA

Obras citadas:

GARCÍA YEBRA, V. (1997): *Teoría y práctica de la traducción*, Madrid, Ed. Gredos.

CALVI, M. V. (2007): *Los términos culturales en los diccionarios bilingües de español e italiano: el caso de autonomía y sus derivados*, en *Léxico Español Actual*, Ed. Cafoscarina, pp. 49-69.

CALVI, M. V., BORDONABA ZABALZA, C., MAPELLI, G., SANTOS LÓPEZ, J. (2011): *Las lenguas de especialidad en español*, Roma, Carocci Editore.

CARRERA DÍAZ, M. (2001): *Grammatica Spagnola*, Bari, Ed. Laterza.

FRANCESCONI, A (2008): *I falsi amici, un confronto contrastivo spagnolo/italiano*, Chieti, Solfanelli.

GÓMEZ TORREGO, L. (1997): *Gramática didáctica del español*, Madrid, Ediciones SM.

LADO, R. (1981): *Linguistic Across Cultures*, Ann Arbor, Michigan.

LÛDSKANOV, A. (2008): *Un approccio semiotico alla traduzione*, Milano, Hoepli.

LUQUE TORO, L. (2005): *Verbi con preposizione in italiano e in spagnolo*, Modena, Logos.

MATTE BON, F. (2004): *Análisis de la lengua y enseñanza del español en Italia*, en *red ELE*, n. 0.

MOYA, V. (1993): *Nombres propios: su traducción*, en *Revista de Filología de la Universidad de la Laguna*, n. 12, pp. 233-247.

NEWMARK, P. (1988): *La traduzione: problemi e metodi*, Milano, Ed. Garzanti.

OSIMO, B. (2001): *Propedeutica della traduzione*, Milano, Hoepli.

OSIMO, B. (2004): *Manuale del traduttore*, Milano, Hoepli.

POPOVIČ, A. (2006): *La scienza della traduzione*, Milano, Hoepli.

LUQUE TORO, L. (2009): "Mitología verbal cotidiana: italiano y español en contraste", en *Language design: journal of theoretical and experimental linguistics*, Vol. 11, Núm. 2009, p. 67-77.

ZORRAQUINO, M. y PORTOLÉS J. (1999), *Los marcadores de discurso*, en Bosque, Ignacio y Demonte, Violeta, Gramática descriptiva de la lengua Española, Madrid, Espasa Calpe, pp. 4051- 4214.

MONTOLÍO, E. (1998), *La teoría de la relevancia y el estudio de los marcadores del discurso* en: Martín Zorraquino, M. y Montolío, E. (coords.) *Los Marcadores del discurso*, Madrid, Arco Libros, pp. 93- 120.

NIDA, E., A. y TABER, C., R. (1986): *La traducción. Teoría y práctica*, Madrid, Ediciones Cristiandad.

ORTEGA y GASSET, J. (1961): "Miseria y esplendor de la traducción", en Alianza (ed.), *Obras completas*, Tome V, Madrid, Revista de Occidente.

Obras consultadas:

AA. VV. (2002): *Zanichelli, El nuevo Vox Mayor, Diccionario de la Lengua Española*, Milano, Zanichelli Editore.

BRIZ GÓMEZ, A. (1996): *El español coloquial*, Madrid, Arco.

FLORES, M^a J. (2008): *Los marcadores del discurso en el Español peninsular y sus equivalencias en Italiano*, Vol. 1, Aracne.

GANDOLFO SANTONJA, M^a T. (2008): *El sociolecto marginal de Filth: estudio traductológico*, Publicaciones Universidad de Alicante.

MARCHANTE CHUECA, M^a P. (2008): *Los marcadores del discurso*, Ed. SGEL, Madrid.

MARTÍN ZORRAQUINO, M^a A. (1998): *Los marcadores del discurso: Teoría y Análisis*, Arcos Libros.

MOLINA MARTÍNEZ, L (2006): *El otoño del pingüino: análisis descriptivo de la traducción de los culturemas*, Vol. 13, Univesitat Jaume I.

PORTOLÉS, J. (2008): *Los marcadores del discurso*, Ariel Letras.

BASSNETT McGUIRE, S. (2003): *La traduzione: teoria e pratica*, Milano, Bompiani.

NIDA, E., A. y TABER, C., R. (1964): *The Theory and Practice of Translation*, Brill, Leiden.

BENJAMIN, W. (1996): "Tarea del traductor", en López García, D. (ed.), *Teorías de la traducción: antología de textos*, Castilla la Mancha, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Castilla la Mancha.

MAPELLI, G. (2009): "El lenguaje de los medios de comunicación", en Calvi, M. V., Bordonaba Zabalza, C., Mapelli, G. y Santos López, J. (eds.), *Las lenguas de especialidad en español*, Roma, Carocci.

Diccionarios

ZINGARELLI, N. (2004): *Vocabolario della lingua italiana*, Bologna, Zanichelli Editore, p. 1998.

BOSQUE, I. (2004): REDES, *Diccionario combinatorio del español contemporáneo*, Madrid, Ediciones SM.

COROMINAS, J. y PASCUAL, J., A. (1989): *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, Vol. III, Madrid, Editorial Gredos.

EDIGEO (2007): *Lo Spagnolo minore, Dizionario spagnolo-italiano italiano-spagnolo*, Bologna, Zanichelli.

MANNI, D., M. (1729-1738): *Vocabolario degli accademici della Crusca*, 4a edizione, Firenze.

MALDONADO, C., G. (2006): *Clave: Diccionario de uso del español actual*, Milano, Hoepli Editore.

MOLINER, M. (2007): *Diccionario de Uso del Español*, Madrid, Gredos.

QUARTU, B., M. (2010): *Dizionario dei modi di dire della lingua italiana*, Milano, Hoepli Editore.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (2001): *Diccionario de la Lengua Española*, Madrid, Espasa-Calpe.

SECO, M. (1999): *Diccionario del español actual*, vol. 1, Madrid, Grupo Santillana de Ediciones, S.A.

SECO, M., ANDRÉS, O., RAMOS, G. (2005): *Diccionario fraseológico documentado del español actual*, Madrid, Santillana Ediciones Generales.

TRECCANI, G. (1970): *Dizionario enciclopedico italiano*, Roma, Istituto Poligrafico dello Stato.

SITOGRAFÍA

<http://garzantilinguistica.sapere.it/>

<http://www.treccani.it/>

www.wordreference.com

www.treccani.it

www.iate.eu

www.garzantilinguistica.it

www.rae.es

www.clave.es

<http://diccionario.reverso.net>

<http://it.bla.la/dizionario>

www.urbandictionary.com

www.thefreedictionary.com

<http://www.lai.com/lai/companion.html>

<http://www.uwasa.fi/comm/termino/collect>

<http://bartleby.com>

<http://europa.eu.int/eurodicautom/>

<http://opac.sbn.it/cgi-bin/lccuForm.pl?form=WebFrame>

<http://iate.europa.eu>

<http://ddd.uab.cat/?ln=es> (depósito digital de documentos de la UAB)

<http://cvc.cervantes.es> (Centro Virtual Cervantes)

